
Simplemente Beverly
Ainoa Kensington
A|K

# Simplemente Beverly

Ainoa Kensington

© Ainoa Kensington, 2023
**E-mail:** ainoakensington@gmail.com
**Instagram:** ainoakensington_escritora

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

**Índice**

Argumento
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

## Argumento

Para Annie Landon es vital tener un trabajo que le permita mantener a su abuela en un lugar seguro, ahora que está teniendo problemas con su memoria. Después de ser despedida o tener que abandonar varios trabajos gracias a sus jefes mujeriegos, estaba desesperada por obtener el puesto como auxiliar de dirección en Perfect Machine. Su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta de lo atractiva que era la dueña de la empresa, Beverly Campbell, y de la cantidad mujeres que la llamaban.

Entre erróneas conclusiones por parte de Annie y las constantes órdenes de Beverly, los sentimientos le darán un giro inesperado a sus vidas.

## Capítulo 1

Annie intentaba concentrarse en la carretera mientras conducía a la entrevista de trabajo que tenía concertada para esa tarde, pero se vio invadida por confusos pensamientos y emociones. En especial, abrigaba la necesidad de conseguir el puesto. Sus esperanzas estaban puestas en eso. No quería darle importancia a que era algo temporal. Era posible que solo la contrataran por un máximo de nueve meses. El salario era muy bueno, así que tendría cierta tranquilidad económica durante un buen tiempo. Necesitaba esa tranquilidad con urgencia.

Según le informaron, el trabajo era como auxiliar. Luego podría ser sustituta como secretaria de dirección, mientras la oficinista oficial se encontraba de baja por maternidad. Eso era, tal vez, lo que explicaba el excelente salario que Beverly Campbell, la dueña de la empresa, ofrecía.

Lo que le preocupaba a Annie era que en el último año tuvo un bache en su carrera. Aunque más bien eran varios baches. Sin embargo, confiaba en que su currículum le diera el empujón final para quedarse con el trabajo, porque estaba segura de que habría muchas candidatas para el puesto.

Ella había obtenido con mucho esfuerzo un diploma de secretaria. Rápido logró obtener un trabajo. Llevaba tres años trabajando en Foster Trading cuando una mañana, al llegar a la oficina, se enteró de que la compañía cerraba, dejando un mar de acreedores.

Ese no fue el único sobresalto de ese mes. Annie todavía no se había recuperado del susto de quedarse en sin trabajo, cuando su padrastro murió. Eso fue mucho peor, pues ella lo quería como si fuese su padre. Su verdadero progenitor, un científico dedicado a su trabajo, había muerto cuando ella tenía diez años.

Annie recordaba lo distinta que era su vida en aquel entonces. Vivía en una casa elegante en Essex, en el condado de Massachusetts. La familia tenía suficiente dinero como para que su madre se dedicara a coleccionar antigüedades. Dos años después de la muerte de su padre, su madre se casó con Andy Wolf. Andy fue muy distinto a su padre. Él era un hombre lleno de vida y alegría al que no le gustaba trabajar.

Pero no fue hasta la muerte de su madre en un tonto accidente en el jardín que Annie comenzó a sospechar que ella y Andy tenían dificultades económicas. Para entonces, ella tenía quince años.

—¿Busco trabajo, Andy? —le preguntó una vez, pensando en trabajar por las tardes y los fines de semana.

—De ninguna manera, cielo —le respondió él—. Venderemos algo.

Cuando Annie tenía dieciocho años y había terminado su formación en la Escuela de Secretarias, ya les quedaba poco por vender. Para entonces, ella ya había aprendido a valorar la seguridad económica por encima de todo. Amaba mucho a su padrastro y no le hubiera gustado si fuese distinto, pero Andy se había gastado todo lo que su esposa, que murió sin hacer un testamento, le dejó.

También vivía con ellos la madre de Andy, quién, a pesar de sus ochenta y dos años, estaba en perfectas condiciones mentales. Annie la llamaba cariñosamente abuela Harriet. La anciana, un personaje poco convencional, tenía su propia pensión, pero como ya le había prestado antes dinero a su hijo y nunca lo recuperó, se negó a seguir dándole más.

—Si están tan escasos de dinero —le dijo Harriet a su hijo—, vende la casa.

Y Andy lo hizo.

Así que se habían mudado a un apartamento de tres dormitorios en una zona muy bonita de

Essex, y entonces Annie comenzó a trabajar para Foster Trading. Los siguientes tres años transcurrieron sin sobresaltos. En ese tiempo, ella se encariñó con Harriet.

Pero luego sobrevino la pérdida de su trabajo y la muerte de Andy. En medio de su esfuerzo por hacerse a la idea de lo que sucedía, Annie se dio cuenta de que Harriet no se encontraba demasiado bien. Al principio, ella se lo atribuyó a que la anciana adoraba a Andy y lo había perdido.

Mientras tanto, Annie comenzó a trabajar en una compañía de seguros, pero a las seis semanas, el mujeriego de su jefe, no contento con tener más de una amante, le hizo una proposición tras insinuársele en su primera semana en la empresa.

Annie no se pudo controlar y le dijo de todo menos bonito, lo que acabó con su continuo acoso, aunque también con su trabajo en la compañía.

Sin embargo, pronto consiguió otro empleo. El problema fue que le llevó solo diez semanas perder ese nuevo trabajo gracias a su impuntualidad. Y era cierto, pero se debía a que Harriet no quería levantarse por la mañana y, aunque no le costaba nada llevarle el desayuno a la cama, Annie no quería irse a trabajar hasta dejarla levantada y vestida.

En el tercer trabajo tuvo el peor salario, aunque tenía una ventaja, quedaba más cerca del edificio donde vivía, lo que le permitía salir de casa más tarde. En ese entonces, parecía que todo marchaba a la perfección hasta que el hijo del jefe volvió de un largo viaje y comenzó a tratar de persuadirla de lo bueno que podría ser con ella si le permitía ciertas… cosas.

Annie reconocía que parte del problema era su ignorancia de qué hacer en esos casos. Comenzaba a preguntarse cuánto más podrías soportarlo cuando un día en el que estaba a punto de explotar, recibió una llamada de la policía. Parecía ser que en la comisaría se encontraba una tal Harriet Wolf que estaba un poco confusa.

—¡Voy para allá! —exclamó Annie antes de levantarse. Controlando el pánico, agarró la llave del auto y salió de detrás del escritorio.

—¡¿A dónde crees que vas?! —le preguntó el hijo de su jefe con un tono alto.

—No puedo explicárselo ahora.

—O me lo explicas, o pierdes tu trabajo —le advirtió con un tono amenazador.

—¡Es todo suyo! —le respondió cuando casi llegaba a la puerta. Quedarse sin empleo era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

Annie llegó a la comisaría en tiempo récord.

—¿La señora Wolf? —le preguntó al policía de la entrada.

El uniformado la miró con cierto desdén. Luego señaló hacia un pasillo.

—Está tomando una taza de té con una de mis compañeras —le respondió. Luego le explicó que habían encontrado a Harriet en pantuflas, perdida en la calle.

—Pobrecita.

—Ya se encuentra bien —la tranquilizó el policía—. Por fortuna, llevaba su bolso. Encontramos su número de teléfono en el estuche de sus anteojos.

Annie respiró aliviada.

—¡Gracias a Dios que se me ocurrió anotárselo allí!

—¿Lleva mucho tiempo con estos olvidos? —le preguntó el policía.

Annie le explicó que solo desde la pérdida de su hijo, hacía poco tiempo. Al enterarse de que ella se encontraba fuera la mayor parte del día, el oficial le dijo que quizá fuese una buena idea buscarle a su abuela un sitio en una residencia de reposo para ancianos.

—¡No podría hacer eso! —fue su reacción inicial—. Se sentiría muy mal fuera de

casa. ¿Estaba muy alterada cuando la encontraron?

—Alterada, confundida, triste y… —añadió con una ligera sonrisa—, un poquito agresiva.

Annie sabía lo afilada que podía llegar a ser la lengua de Harriet cuando se encontraba enfadada. Aun así, ella no estaba dispuesta a instalarla en una residencia. El policía le recordó que no eran cárceles, y que los residentes podían entrar y salir. Además, mientras estos estaban dentro, alguien los cuidaba y se ocupaba de que comiesen durante el día.

De repente, Harriet apareció ante ellos.

—¡Qué lío han montado! —protestó la anciana al verla. Annie se dio cuenta de que era más por vergüenza que por enfado—. ¿Tienes el auto fuera? —preguntó dirigiéndose a la salida de la comisaria.

***

Al día siguiente, cerca del mediodía, Harriet pareció darse cuenta de que Annie no estaba en el trabajo.

—¿Qué haces en casa? —le preguntó de forma directa, como era su costumbre.

—Pensaba buscarme otro trabajo —le respondió al darse cuenta de que la anciana había superado la confusión del día anterior y volvía a hacer la de siempre.

—Fue por culpa mía —declaró con pesar, sin atreverse a mirarla.

Era una afirmación y, aunque Annie le dijo que habría dejado el trabajo aunque no la hubiesen llamado de la comisaría, Harriet no se quedó convencida. Tampoco estaba de acuerdo en convertirse en una carga para su nieta postiza.

Al ver lo inquieta que se estaba poniendo la anciana con el tema, Annie accedió a averiguar, más para que se calmase que otra cosa, sobre sitios donde se pudiese ir a vivir.

Más tarde ella entendió que Harriet no se contentaría con averiguar, así que comenzaron a visitar residencias. La primera que vieron, Heaven House, resultó ser una encantadora sorpresa. Llena de luz y con buena ventilación, tenía un agradable ambiente. La parte negativa del sitio era el precio, pues para pagarlo, no alcanzaba con la pensión que su abuela recibía cada mes.

Harriet no se dio por vencida, así que siguieron visitando otra residencias, pero Annie no estaba dispuesta a permitir que la anciana se fuese a vivir a cualquier sitio. Y tampoco quería dejarla sola en la casa. En especial, después de que tuvo un segundo ataque de demencia temporal, del que salió turbada y confusa. ¿Qué habría hecho la pobrecita si ella hubiese estado trabajando?

¡Tenía que sentirse segura! Annie llamó a la directora de Heaven House para saber cómo iniciar el trámite para ingresar a su abuela a la residencia.

## Capítulo 2

Una semana más tarde, el día anterior a que Annie comenzase a trabajar de nuevo, Harriet se mudó a Heaven House. Por fortuna, gracias a la ilusión de la mudanza, se olvidó del costo de la residencia y firmó todos los papeles que Annie le presentó. Dos semanas más tarde, ella se mudó del bonito piso de tres dormitorios a uno de dos en una zona mucho menos elegante.

Annie hizo caso omiso a la deteriorada pintura de la puerta de entrada y se esforzó por empezar la mudanza de una manera positiva. La casa era antigua. ¿Qué iba a pretender pagando tan poco? Pero haría que las antigüedades que le quedaban lucieran todo su esplendor una vez que pintase y empapelase las paredes. Costaba la mitad que el piso anterior, así que si lograba conservar el trabajo en Scott & Underwood, le sería suficiente para pagar la diferencia necesaria para mantener a Harriet en Heaven House.

Un mes más tarde, a pesar de que el piso quedó precioso después de pintarlo, alfombrarlo y ponerle cortinas, además de amueblarlo con las antigüedades de su madre, el trabajo no funcionaba como ella hubiese deseado.

¿O sería ella? No lo creía. Quizás los tres años en Foster Trading con el señor Duncan de jefe, que la trató siempre como a una hija, no la habían preparado para el tipo de hombres que encontraba en sus nuevos trabajos. Estaba segura de que ella no los provocaba en absoluto. Sabía que era agraciada, aunque no hermosa, como le dijo Andy una vez, lo que la llevó a ir al espejo para cerciorarse. Era delgada, de un metro setenta y dos de estatura. Se miró con detenimiento la perfecta piel, el cabello negro que le llegaba a los hombros y los cálidos ojos castaños. Llegó a la conclusión de que su padrastro era bastante parcial en sus afirmaciones.

Además, a Harriet no le resultó tan fácil adaptarse a la residencia. En varias ocasiones alarmó al personal al salir sin dejar dicho a dónde iba. En otras, Annie tuvo que salir de la oficina a buscarla. Por fortuna, las últimas semanas habían sido tranquilas; hasta el día anterior, cuando llegó una hora más tarde a la oficina porque, después de tener a Harriet en casa el sábado y el domingo, le costó bastante más de lo que calculó tener todo listo para llevarla de vuelta a Heaven House.

Annie siempre hacía horas extras para completar el horario. Pero el día anterior, para su desgracia, también se quedó su jefe.

—Podríamos estar haciendo cosas más interesantes que esto —se le insinuó él, acercándose a ella y obligándola a retroceder a un rincón del despacho—. Ven a tomar una copa conmigo.

Lo que no sabían ninguno de sus anteriores jefes, era que salir con hombres no era precisamente de su gusto. Aunque con todos los líos que había tenido en su vida hasta ese momento, pensar en citas, el amor o en el romance, apenas tenía cabida en su vida.

—No, gracias —respondió seria pero con cortesía.

Ella de inmediato notó cómo a su jefe le cambió la expresión.

—¿Quién te crees que eres? —le dijo el hombre con un tono resentido—. Necesitas que te bajen los humos.

Ella no sabía qué hacer, se sentía acorralada. Esperaba que su jefe se fuera a su casa y lo dejara en paz. Pero para su sorpresa, en lugar de alejarse, él se le fue encima con la intención de besarla. Sus lascivos labios se le aproximaron demasiado, haciendo que ella dejase de pensar para concentrarse en defenderse. Su reacción fue rápida e inmediata. Le pegó con mucha fuerza entre las piernas y luego lo empujó. Su jefe cayó al suelo con el rostro enrojecido. Gruñendo de dolor, se retorció en el piso.

Annie le tuvo que pasar por encima para agarrar el abrigo y su cartera.

—¡Buenas noches! —exclamó, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡No vuelvas! —gruñó él.

Annie salió apresurada y se encaminó por la acera sin mirar atrás ni a nadie en la calle. El corazón le latía a mil por horas. Mientras avanzaba seguía reproduciendo en su cabeza la escena. No tenía idea de cómo tuvo fuerza y valor para defenderse de su jefe, pero no lamentaba haberlo dejado tendido en el piso. Tal vez eso le daría una lección sobre acercarse de forma tan inapropiada a una empleada. Una hora más tarde, ya se había calmado. Aunque sabía que no se arrepentía de haber actuado como lo hizo, reconocía que no se lo podía permitir. No era que pensara volver a esa oficina, pues la sola idea de hacerlo le daba escalofríos; sin embargo, no podía seguir de un trabajo en otro. Necesitaba estabilidad.

El martes por la mañana encontró un e-mail en su bandeja de entrada que casi la hizo echarse para atrás en su resolución. Era de Heaven House. Una de las habitaciones más amplias estaba disponible y Harriet había solicitado trasladarse a ella. ¿Había algún inconveniente? Era evidente que su abuela no tomó en consideración el aumento de precio. Annie no se lo podría permitir, a menos que encontrara un trabajo mucho mejor pagado que el que acababa de perder.

Ella salió a buscar el periódico. Allí encontró el que iba a solicitar en ese momento: auxiliar. Y luego, tal vez, sustituta de una secretaria ejecutiva que iba a tomarse la baja por maternidad. Ese era el único problema, que el trabajo no era permanente. La verdad era que en los últimos doce meses, apenas duró en un empleo cuatro meses. Trabajar en un sitio cubriendo una baja de maternidad le parecía casi permanente. Además, si tenía ese salario, Harriet se podría mudar a la habitación más grande disponible y quizás, al sentirse más cómoda, no le causase más trastornos.

Perfect Machine era una enorme corporación industrial, conocida en el campo de la ingeniería. Annie tenía la esperanza de que, una vez que se acabara su suplencia, podría quedarse en algún otro puesto dentro de la empresa.

Lo primero era conseguir el empleo. Ella cruzó los dedos y marcó el número.

—¿Puede empezar de inmediato? —le preguntó el jefe de Recursos Humanos con quién habló.

—Desde luego —respondió, sin saber todavía qué motivo daría para haber dejado su anterior empleo.

—¿Puede venir esta tarde?

Y ahora descubría, al hacer la entrevista, que el puesto era de secretaria ejecutiva de la señora Beverly Campbell. ¡Nada menos que la dueña de la empresa! El motivo de la urgencia era que Martha Grown, que se encontraba en el quinto mes de embarazo, había comenzado a tener pequeñas complicaciones, lo cual, sumado a los controles normales del embarazo, significaba que tenía que faltar bastante; a veces, sin preaviso.

Annie justificó la poca duración de sus trabajos alegando que había tomado empleos temporales para adquirir experiencia en distintas ramas. Le parecía que su entrevista había ido bien, pero se sintió un poco desilusionada cuando, al terminarla, el entrevistador le dijo que tenía otros dos candidatos que atender.

Annie condujo hasta su casa preocupada. No sabía que el puesto era para trabajar directamente con la presidenta de la empresa. Era seguro que Beverly Campbell querría a alguien de más edad, lo cual era injusto, porque ella era buena en su trabajo, sabía que lo era.

Al llegar, estaba convencida de que no la contratarían. Y aunque sabía que tendría que llamar a Heaven House para dar algún motivo por el que Harriet no se podía cambiar de habitación, al

final, no lo hizo.

Unas horas más tarde, Annie buscaba de nuevo en la sección de ofertas de empleos cuando sonó el teléfono. Temió que fuese de Heaven House para decirle que la Harriet había desaparecido.

—¿Dígame?

Se hizo un corto silencio, pero luego sonó una agradable voz femenina.

—¿Anna Landon?

—Sí, soy yo —respondió ella.

—Habla Beverly Campbell —anunció, haciendo que Annie exclamara por la sorpresa.

—¡Oh! ¿Dí…? ¿Dígame? —estaba tan nerviosa que tartamudeó.

—Me gustaría verla el viernes por la tarde. ¿Está libre? —la mujer fue directo al grano.

—Por supuesto. ¿A qué hora le conviene?

—A las cuatro y media —respondió—. Hasta entonces —añadió antes de colgar, sin darle tiempo a Annie a pronunciar una palabra.

Sin embargo, una enorme sonrisa le iluminó el rostro. Todo había sido tan rápido que el entrevistador de seguro se puso en contacto con la gran jefa en cuanto terminó con las entrevistas, lo cual le indicó dos cosas. La primera, que, a pesar de haber otros candidatos, ella todavía tenía posibilidades y, lo segundo, que Perfect Machine quería llenar la vacante cuanto antes. La espera hasta el viernes se le haría eterna.

Justo el jueves, Thesa Rhodes, su vecina de arriba, una abogada encantadora, la invitó a comer el jueves por la noche. Pero ella declinó la invitación, pues quería estar perfecta el día siguiente para la entrevista. No estaba en sus planes trasnocharse, ni pasarse de tragos.

Annie habló varias veces por teléfono con Harriet, pero esta no le dijo nada de la habitación. Aunque solo fuera por cortesía, tendría que llamar a Heaven House para darles una respuesta. Supuso que era por orgullo que no quería que nadie se enterase de lo mucho que le costaba tener a su abuela en esa residencia.

## Capítulo 3

El viernes Annie llegó pronto a la entrevista. Se quedó un rato en el auto para tranquilizarse. Se había puesto su mejor atuendo; un traje ejecutivo de chaqueta y falda, de color gris oscuro, que acompañaba con una impecable camisa blanca. Salió del auto segura de que tenía todo el aspecto de una eficiente secretaria de dirección y de que nadie adivinaría que sus nervios atenazaban cada fibra de su ser. Caminó hacia la entrada del edificio con pasos firmes.

—Mi nombre es Anna Landon —se anunció en la recepción—. Tengo una entrevista con la señora Campbell.

Mientras subía en el ascensor, Annie rogó que la señora Campbell no fuera una de esas ejecutivas amargadas que le gritaban a todo el mundo, solo porque era la dueña de la empresa. Aunque su voz no le sonó autoritaria al teléfono. Al menos no era hombre, eso ya era una ventaja porque no la acosarían como en sus otros trabajos.

Annie trató de concentrarse en la entrevista. Decidió en ese momento que si su jefa resultaba ser una bruja, trataría de controlarse, por su propia seguridad económica y la tranquilidad de su abuela. Tenía que encontrar el equilibrio, ya que no tenía más familia a quien recurrir.

Annie avanzó por un pasillo siguiendo las instrucciones que le dio la recepcionista hasta que llegó a la puerta que buscaba. Golpeó ligeramente antes de entrar.

Una pálida y embarazada mujer, de unos treinta y tantos años, levantó la vista.

—¿Anna Landon? —le preguntó.

—¿Llegó demasiado pronto?

La secretaria le sonrió.

—En absoluto —respondió Martha y se levantó—. Llamaron de recepción para avisar que subías. La señora Campbell te recibirá ahora —le dijo mientras se dirigía a la puerta de comunicación con el despacho de su jefa. El corazón de Annie se disparó. Había llegado el momento—. La señorita Landon —anunció la secretaria tras abrir una puerta.

Annie no supo cómo se movió. Entró en la oficina procurando no hiperventilar. Martha le sonrió antes de salir, cerrando la puerta.

Detrás del escritorio, Annie se encontró con una imagen que le cortó el aire. Beverly Campbell era la elegancia hecha mujer.

—Adelante. Tome asiento —la invitó Campbell con un tono agradable. Se puso de pie y le estrechó la mano cuando ella se acercó.

“Sobresaliente en modales”, pensó Annie, mientras otra parte de su cerebro registraba que Beverly Campbell no era tan mayor como la imaginó al ser dueña de una empresa tan prestigiosa. La directora debía andar por los treinta y tantos. Era rubia, de pelo ensortijado y ojos verdes de mirada directa, pero… siempre tenía que haber un problema. Beverly era decididamente atractiva. Annie sintió un imán en su interior sacando a flote su sexualidad con la fuerza de un tornado. ¡Oh, mierda!

Annie tomó asiento frente al escritorio y Beverly se volvió a sentar. Tenía el escritorio ordenado, lo que parecía indicar que marcharía en cuanto terminara la entrevista. ¿Sería ella la última candidata?

Ella la miró a través del escritorio y se dio cuenta de que Beverly la estaba observando. Sus grandes ojos castaños se mantuvieron firmes. Deseó poder adivinar lo que ella pensaba.

—Es usted joven —comentó la directora.

¿Eso era malo? Era probable que hubiese revisado a fondo su solicitud.

—Soy buena —respondió, pues no era el momento para hacerse la modesta.

Después de echarle una mirada, Beverly comenzó a hacerle la entrevista. Las preguntas que le formuló sobre su experiencia fueron claras y profesionales.

—¿Cree que tiene habilidad para tratar a la gente?

Annie sabía que se necesitaba de mucho tacto para tratar con ciertas llamadas telefónicas o personas difíciles. No le pareció el momento para mencionar que hacía pocos días su tacto se había ido a la porra al golpear a su anterior jefe, dejándolo en el suelo gruñendo de dolor.

—Mucha —respondió, mirándola a los ojos.

Por lo general, tenía mucha paciencia y tacto. Cualquiera que se comportara como lo hizo su último jefe, se merecía que más que un golpe en sus partes nobles.

Beverly Campbell le hizo algunas otras preguntas sobre sus conocimientos comerciales, que ella creyó haber contestado a la altura y luego esbozó una hermosa sonrisa.

La directora no pareció impresionada. Sus ojos le recorrieron el rostro, antes de preguntarle sobre sus trabajos en el último año. Annie había abrigado la secreta esperanza de que no lo hiciera, pues no creía que fuese una buena idea decirle los verdaderos motivos por los que tuvo que dejar las empresas donde estuvo. No quería que pensara que era una coqueta que luego le traería problemas con los empleados, aunque ella no se buscó ninguno de esos líos.

—Tal como le expliqué a su Gerente de Recursos Humanos —comenzó a mentir sin dudarlo —, me pareció que después de trabajar en la misma empresa durante tres años, me vendría bien ampliar mi experiencia laboral.

Si a Campbell se le ocurría pedir referencias, era mujer muerta. O más bien, sin empleo.

—¿Por eso solicitó este puesto eventual?

¡Caramba con la señora Campbell! ¡No se le escapaba ni una!

—Me interesa mucho ser secretaria de dirección —respondió con firmeza.

—¿Vive con sus padres? —le preguntó de pronto.

Eso tomó a Annie por sorpresa. Durante un momento se le secó la garganta. Miró hacia abajo y tragó antes de responder.

—Mis padres fallecieron hace años.

La expresión de Beverly apenas se le suavizó.

—Eso es duro —dijo con delicadeza, pero un segundo después estaba de nuevo en su papel de directora—. Como estoy segura de que el gerente le informó, mi secretaria lo está pasando bastante mal con su embarazo. En circunstancias normales, ella me acompaña en mis viajes, así que, de ser el caso, esa función recaería en su auxiliar —la miró con severidad—. ¿Tendría algún inconveniente en hacerlo?

—En absoluto —respondió Annie sin dudar. Esperaba que los problemas con Harriet se hubiesen acabado, teniendo en cuenta que ahora recibía mayor cuidado en la residencia.

—A veces podemos regresar de viaje bastante tarde —aclaró Beverly, sin retirar la mirada —. ¿No tiene usted compromisos?

Annie titubeó un segundo. Supuso que se refería a que si vivía con alguien, si tenía una relación. Pero su único compromiso era con Harriet. Si le iba a hablar sobre su abuela, ese era el momento de hacerlo.

—Ninguno —respondió, mirándola a los ojos. Tenía que pensar en su seguridad y si mencionaba los problemas de puntualidad que tuvo gracias a su anciana abuela, adiós a sus posibilidades de conseguir ese empleo.

—¿Tendrá algún inconveniente en hacer horas extras?

El corazón le dio un vuelco de esperanza. Si comenzaba a hacerle ese tipo de preguntas, quería decir que tenía una posibilidad.

—Hacer horas extras, salir tarde, nunca ha sido un problema —respondió con total honestidad y contenta por no tener que seguir mintiendo.

Beverly le hizo otras pocas preguntas.

—¿Cuándo podría comenzar? —le preguntó.

—Inmediatamente —contestó sin dudar.

Beverly asintió sin apartar la vista de ella.

—¿No tiene alguna otra entrevista el lunes?

¿Se precipitó al indicar que no tenía nada más? Annie inspiró profundo para calmarse, luego su sinceridad innata respondió por ella.

—Para serle sincera, tenía esperanza de que esta entrevista saliera bien para no tener que solicitar otro trabajo.

Annie deseó de nuevo poder adivinar qué pensaba Beverly, pero su cara era inescrutable cuando la miró.

—¿Quiere usted el trabajo?

Campbell no se podía imaginar hasta qué extremo.

—Mucho —respondió, y se tragó la palabra “desesperadamente”.

Beverly Campbell la observó unos segundos más, luego esbozó una de las más maravillosas sonrisas que Annie había visto en su vida. Mejores aún fueron las palabras que la siguieron.

—Entonces, ya que va a trabajar con Martha durante un tiempo, será mejor que vayamos a conversar un poco con ella.

—¿Es mío el trabajo? —preguntó, sin atreverse a creérselo.

—Felicidades —le dijo ella y le estrechó la mano.

## Capítulo 4

A finales de febrero parecía que el mal tiempo no iba a acabar nunca. La semana anterior había llovido sin parar todos los días. El miércoles bajó la temperatura y amenazó con nevar. Annie no había dormido bien. Se levantó con un pésimo ánimo esa mañana. ¿Qué le sucedía? Hacía un mes se sintió ilusionada de que le ofrecieran el trabajo de auxiliar de secretaria de dirección. ¿Qué había cambiado?

No era por la situación con Harriet, que parecía que desde que se estableció en su nueva habitación se veía de lo más feliz. Tanto, que estaba recuperando su espíritu de independencia y el mes anterior se quedó en la residencia dos fines de semana seguidos.

Annie se preguntó qué era lo que la tenía tan incómoda entonces. Volvió a pensar en su trabajo y en cómo, sin molestarse en pedir referencias, y basándose en su propio juicio, Beverly Campbell la contrató.

Llevaba más de cuatro semanas en Perfect Machine, y sus funciones le encantaban. Se sentía como un pato en el agua. A veces tenía que trabajar bajo presión, pero lo hacía con gusto. Estaba segura de que su jefa no tenía ninguna queja de ella.

Se llevaba a las mil maravillas con Martha y trataba de ayudarla lo más que le era posible, pues, además de ser una maravillosa persona, lo estaba pasando mal con su embarazo.

—Pensaba que los vómitos eran una cosa de los primeros meses, no ahora —le comentó Martha después de regresar del baño.

—¿Por qué no te vas a casa? Si surge algo, yo lo puedo resolver sin problemas —le sugirió Annie.

—Prefiero quedarme —dijo, haciendo gala de su coraje—. Ya sabes que mañana tengo cita con el médico, así que no vendré. Gracias de todas maneras.

El primer día que comenzó a trabajar allí, Martha le preguntó si Annie era el nombre que usaba normalmente; desde entonces todo el mundo en la oficina la llamaba así. Todo el mundo, menos ella. Beverly Campbell. ¡Eso era lo que la tenía incómoda! Beverly era la única persona en toda la oficina que la llamaba Anna.

Ahora el asunto era, ¿por qué le incomodaba? Su relación con Beverly era profesional; hasta ese momento, no había existido entre ellas un comentario, una palabra, que no fuera referido al trabajo. No había siquiera un mínimo atisbo de amistad. Entonces, ¿por qué le incomodaba? Annie recordó la manera como su jefa la observaba, era como si cada vez que entraba en el despacho, para su jefa no existiese nada más. Apenas quitaba su mirada verde de ella para prestar atención a algún documento o a su agenda. Y a ella, eso la ponía un tanto nerviosa, por no decir muchísimo. En especial, desde que se enteró de que su jefa era lesbiana.

Al principio, Beverly le simpatizó, hasta que comenzaron a llamar un sinfín de mujeres. Durante las siguientes semanas hubo tal cantidad de llamadas, que Annie no sabía cómo lograba hacer su trabajo. Lo que más rabia le daba era que lo hacía, porque teniendo en cuenta todas las interrupciones, era impresionante la cantidad de trabajo que sacaba por día.

—¿No está casada? —le preguntó a Martha, sabiendo que, de estarlo, las llamadas de todas esas mujeres significaban que no era fiel.

—¿Por qué contentarte con un pastel si puedes elegir la bandera entera? —le respondió su compañera, meneando la cabeza.

Annie no lo podía creer. Odiaba a los hombres por mujeriegos, y ahora resultaba que su jefa, también lo era. ¿Ya nadie podía ser fiel? ¿Dónde quedaba el amor? Vaya locura.

Aquello le causaba cierto malestar, pero, obviamente, no podía comentarlo con nadie. Sus sentimientos al respecto se los guardaría para sí.

Más tarde, se encontraba en el despacho de Beverly cuando la llamó una mujer con la que ella no había hablado nunca.

—¡Clara! —exclamó Beverly con verdadero placer.

Ella se entretuvo con Clara bastante tiempo en el teléfono mientras tenía a Annie esperando para que le firmara algunos documentos; además de revisar los compromisos anotados en la agenda de la directora.

—¿Le molestaría firmarme estos documentos? —le pidió con un tono seco en cuanto Beverly terminó la llamada.

Annie decidió no hacerle caso a la ceja levantada que parecía decir, "¿quién diablos te crees que eres?"

—¿Algo más? —le preguntó su jefa, sarcástica, en cuanto firmó los documentos.

—No —respondió con una fría cortesía, luego salió de la oficina y regresó a su puesto.

Al menos sabía que la mayoría de las lesbianas no se comportaban como los hombres. Beverly no la acosaría. Y pobre de ella si lo hacía. No es que lo quisiese, bien sabía Dios que no, aunque le molestaba un poquito que la siguiese llamando Anna cuando ella sabía que todos la llamaban Annie.

***

Al día siguiente, Annie se obligó a sacarse el tema de la cabeza al darse cuenta de que se estaba poniendo nerviosa sin motivo. Se preparó para iniciar el día y se fue a trabajar. Durante la mañana no tuvieron ningún inconveniente y Martha se fue a mediodía a su cita con el médico.

Beverly no estuvo durante las primeras horas de la tarde. A Annie le gustó la responsabilidad de estar a cargo del despacho. Pero, su alegría le duró poco. A las dos y treinta de la tarde recibió una llamada telefónica.

—Despacho de la señora Campbell —respondió.

—Habla Helen Carpenter —se identificó quién llamaba—. Eres Annie, ¿cierto?

Ella rodó los ojos. Hasta las amistades de su jefa sabían cómo llamarla.

—Sí —respondió sonriente. Le gustaba Helen Carpenter, una hermosísima mujer de treinta y pocos años. Annie la conoció una vez que ella fue con su marido, un hombre de casi cincuenta años, al despacho a visitar a su jefa—. Lo lamento, pero la señora Campbell no está.

—¡Oh, vaya! Quería hablar con ella.

—¿Quiere que le diga que la llame? —ofreció.

—No, ¡por Dios! —respondió Helen asustada. Annie sintió que se heló la sangre—. Mi esposo no debe saber que llamé a Beverly. Me parece que ya sospecha algo… —se interrumpió —. Ay, Dios, ¡ahí viene Noah…! No quiero que se entere…

De pronto, la comunicación se cortó. Annie se quedó mirando el auricular, luego colgó, aturdida. No se había equivocado. La llamada significaba lo que ella creía. Noah Carpenter era amigo de Beverly, ¡por el amor de Dios! Por más que Campbell fuese una mujeriega de primer orden, según lo que había visto en esas semanas, eso no quería decir que ni las mujeres casadas estuviesen a salvo de ella.

Pero… ¿la esposa de su amigo? ¡No!

Annie siguió trabajando, pero las palabras de Helen le daban vueltas en la cabeza.

No era de su incumbencia que Beverly tuviese una aventura con la esposa de su amigo,

además salir con la tal Ronna “noséqué” que la llamó la semana anterior. ¡A las mujeres como ella había que darles una lección!

El sonido de la puerta de comunicación con el despacho de Beverly le anunció que la protagonista de sus pensamientos se hallaba de vuelta. ¿Con quién habría almorzado? ¿Ronna? ¿Patricia?

Annie levantó la vista.

—¿Algún mensaje? —le preguntó Beverly.

—Llamó la señora Carpenter. No quiso dejar mensaje.

Beverly torció los labios.

—Supongo que llamará otra vez —dijo.

¡Qué confianza tenía la señora! Claro que ahora no la iba a llamar, sabiendo que su esposo estaba en casa. Annie se concentró en ser una secretaria eficiente, así que le informó de unas indagaciones que le encargó hacer. Luego Beverly se fue a su despacho y cerró la puerta.

Alrededor de las tres y media de la tarde sonó el intercomunicador.

—Venga, por favor, Anna —le pidió su jefa.

¡Desde luego! Annie tomó su cuaderno de apuntes y entró al despacho. Durante la siguiente media hora tomó nota de instrucciones y unas cartas que le pidió redactar para algunos clientes. Ella seguía escribiendo cuando sonó el teléfono. Beverly lo contestó y con un gesto le ordenó a Annie que se quedara.

—¡Helen! ¡Mira que eres astuta! ¿Cómo va todo?

¡Astuta! Annie se sintió mal e hizo gesto de retirarse. Seguro lo decía por su forma de engañar a su marido. Pero Campbell le indicó otra vez que se quedara. Era evidente que le daba igual que ella la escuchara. ¿Por qué no podía dedicarse a sus aventuras fuera del horario de oficina?

Annie no tenía ni idea de cuáles eran las respuestas de Helen, pero lo que Beverly le decía no le dejó muchas dudas, así que pensó que las conclusiones a las que llegó antes eran correctas. Rodó los ojos sin poder evitarlo. Ese gesto lo notó su jefa, que arqueó la ceja, aunque Annie no la miraba.

—¡Te preocupas demasiado! —bromeó Campbell—. Te aseguro que no es probable que se divorcie de ti —¡Pobre diablo! Aunque se enterara de la infidelidad de su esposa, la amaba tanto que nunca se divorciaría de ella. Beverly sabía sacar partido de todo. Annie casi bufó—. Haré lo posible para estar unos minutos contigo mañana por la noche en el teatro —prometió—. No creo que resulte demasiado difícil.

Beverly hizo una pausa mientras Helen respondía, pero, aunque Annie no oyó lo que decía, era evidente que, no contenta con jugar a espaldas de Noah, ella iba a aprovechar la oportunidad en el teatro para darle unos besos frente a la nariz de su esposo, ¡su amigo!

La directora advirtió un segundo gesto. ¿Qué le sucedía a su secretaria auxiliar? La verdad era que ya comenzaba a cansarse por la manera que esta parecía jugarla cada vez que presenciaba algunas conversaciones. ¿Acaso le parecía mal que sus amigas la llamaran?

—No tienes ningún motivo para preocuparte —dijo Beverly, procurando ignorar los gestos despectivos de la secretaria—. Quédate tranquila. Te veré mañana. Todo saldrá bien.

Para Annie era claro que Helen temía que su esposo se diese cuenta de lo que sucedía. Y Beverly, que obviamente tenía experiencia en ese tipo de situaciones, parecía tomárselo con la mayor naturalidad del mundo.

Cuando la llamada por fin acabó, en la oficina se oyó el golpe seco cuando dejó el auricular

en su lugar.

—¿Y ahora qué hice? —el tono de Beverly fue la evidencia del nivel de su impaciencia. Annie levantó la vista. La llamada había acabado y el tono de voz de su jefa era muy distinto al que usaba para hablar con su amante—. Ya estoy harta de su arrogancia. ¿Se puede saber por qué hace esos gestos? —le preguntó mirándola con sus directos ojos verdes—. No crea que no me doy cuenta de la manera como me juzga con su mirada.

Annie supo que no cejaría hasta que le respondiera.

—A mí no me concierne —contestó, sintiendo que si quería conservar el empleo, le tendría que dar alguna explicación.

—¿Qué es lo que no le concierne?

Tal como ella lo imaginó, su jefa no se contentó con su respuesta.

—Cuando la señora Carpenter llamó hace rato, estaba muy ansiosa de que su marido no se enterase.

Los ojos de Beverly se entornaron.

—Con que sí, ¿eh?

Dios mío, ¡Beverly se mantenía impávida!

—Si se lo añadimos a esta conversación, bueno, al menos la parte que acabo de oír…, resulta obvio.

—¿Qué resulta obvio?

—Pues si usted no se da cuenta, no seré yo quien se lo diga —ella sentía que estaba perdiendo la paciencia.

—Así que piensa que… —Beverly se interrumpió mientras sumaba la información que ella le acababa de dar a la que ya tenía—. ¿Cómo se atr…? —estaba enfadada. Pues ya eran dos—. Con que Doña Modestia piensa que tengo una aventura con…

—¡No tiene nada que ver conmigo! —se defendió, perdiendo el control mientras el retintín con que la llamó Doña Modestia seguía en el aire.

—¡Por supuesto que no tiene nada que ver! —ladró Beverly y se puso de pie. Annie también lo hizo—. Lo que yo haga con mi vida, la forma como me conduzca, no tiene nada, ¡pero nada en absoluto que ver con usted! —rugió—. ¿Entendido?

—¡Fue usted quien insistió en saberlo! —explotó ella, lanzando chispas por sus ojos castaños. ¿Quién se creía que era?

—¿Cree que está siendo justa, pequeña Anna? —le preguntó, cambiando súbitamente de tono. Ahora resultaba más bulón que enfadada.

—¿Justa? —no comprendió bien a lo que se refería.

—Yo no la… regaño… por sus relaciones amorosas. Pero, claro, —continuó con cierta frialdad— es que nunca ha tenido una aventura, ¿verdad?

## Capítulo 5

Annie se quedó sin palabras un instante.

—Las relaciones amorosas que yo haya tenido o no, no tiene nada que ver con usted —le dijo con un tono de voz altivo y enfadado.

—¡Por supuesto! —exclamó Beverly haciendo aspavientos—. Se cree con derecho a juzgar mi vida fuera de la oficina, pero en cuanto le pregunto por las suyas, no me concierne.

Annie agarró su cuaderno de notas. "Su vida fuera de la oficina". ¡Bonita manera de llamar sus aventuras! Ya había tenido suficiente por ese día.

—¿Quiere esto para hoy o no? —la desafió enfadada.

Era demasiado tarde. Los relámpagos que hacían refulgir los ojos verdes le indicaban que ella no estaba nada contenta ante su actitud. Beverly bajó la vista hacia ella unos instantes, lo que le dio tiempo a arrepentirse de perder los estribos. En esos segundos consideró la posibilidad de disculparse.

De repente, el enfado de los ojos verdes se convirtió en burla.

—¡Y yo que pensaba que era una mosquita muerta! —dijo Beverly y luego rio.

¡Eso fue el colmo! ¿Disculparse? ¡Prefería verse muerta!

¡¿Mosquita muerta?! ¿Qué mujer con un mínimo de respeto por sí misma aceptaría eso?

Annie tomó aire.

—¡Mejor mosquita muerta que bruja! —masculló por lo bajo antes de salir como una exhalación por la puerta.

Fue directo al perchero a buscar su abrigo. Pero mientras se lo ponía, se arrepintió de haber perdido la compostura. ¿Qué diablos le sucedía? ¡No podía permitirse perder la compostura de esa manera con su jefa!

Abrió el último cajón de su escritorio y sacó su bolso. Sabía que no había vuelta atrás. Beverly jamás le permitiría quedarse después de haberle dicho que era una bruja.

Por lo menos eso era lo que creía, porque al enderezarse con el bolso en la mano, oyó una fría voz.

—¿A dónde cree que va?

Annie se dio vuelta. Beverly se encontraba apoyada en el marco de la puerta de su despacho, mirándola.

A ella le gustaba el trabajo y no se quería irse. ¿Beverly le estaba indicando que, a pesar de que ella se inmiscuyó en su vida privada y la juzgó, no la despediría?

—¿No estoy… despedida? —logró formular. Su gesto de asombro debía ser un poema.

Como toda respuesta, Beverly se enderezó y entró en su despacho.

—Yo le diré cuándo —le respondió con una dulzura que era tan falsa como un billete de medio dólar—. Esta tarde tendrá que quedarse a trabajar —dijo y luego cerró la puerta. No sin antes dedicarle una mirada tan fría como un puñal.

Annie se quedó tan perpleja, que tardó como dos minutos en volver a moverse. Dejó su bolso de vuelta en la gaveta, mientras un profundo alivio le recorría el cuerpo como una oleada, porque seguía teniendo su trabajo bien remunerado y, por qué no decirlo, interesante. Sin embargo, otra parte de ella, el lado orgulloso, tenía deseos de irse sin mirar atrás.

Una guerra fría se declaró durante el resto de la jornada. Cada vez que volvió al despacho de Beverly, apenas cruzaron palabras o se miraron. Había resultado incómodo, pero Annie mantuvo la barbilla en alto con orgullo. E igual lo hizo su jefa.

A ella no le preocupó hacer horas extras. Llegó a su apartamento alrededor de las ocho de la noche. Después de cenar y meterse a la cama para descansar, se sintió asombrada de su actitud con Beverly. Y también de que, a pesar de lo importante que era seguridad económica, le fue imposible mantener la compostura, poniendo en peligro su estabilidad laboral.

¿Qué le había hecho Beverly Campbell para enfadarse tanto? A tal punto, que estuvo dispuesta a olvidarse de su tan apreciada seguridad y marcharse. Y, además, también la sacó de sus casillas a ella, que llegó a pensar que la echaría en cualquier momento de su empresa. Y, para colmo, la llamó bruja.

—Vaya día —murmuró hasta de disponerse a conciliar el sueño.

***

Cuando llegó al despacho al día siguiente, Annie había llegado a la conclusión de que todo fue su culpa. Lo que sucediera en la oficina que no estuviese relacionado con el trabajo, no le concernía. A menos que la aventurera de su jefa le hiciese alguna insinuación. Y podía ser un mueble por la atención que le prestaba. Nadie la mandaba a meter las narices dónde no debía.

—¿Todo bien? —le preguntó Martha después de saludarla.

—Sí, gracias —respondió con una sonrisa—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Toco madera. Por ahora, bastante bien, en comparación con el martes pasado.

Annie sonrió, luego se puso a trabajar. Pero la discusión que tuvo con Beverly la tarde anterior le rondaba por la cabeza. Cuando a las once de la mañana esta la llamó a su despacho, ella supo que la única manera de sentirse mejor era pidiéndole disculpas.

Ella entró al despacho con esa intención, pero su jefa se mostró fría y distante.

—Tengo que viajar —le anunció—. Esté lista a las doce.

Ni por favor, ni gracias. ¿Así que la guerra fría no tendría tregua?

—¿Necesita algún documento en particular? —le preguntó con cortesía. Ya que sabía que en el lugar al que viajarían estaban desarrollando un producto nuevo.

—Solo los contratos con Rancom Union. Tendrá que tomar apuntes en la reunión. Prepárese bien, puede llegar a ser larga y compleja.

Annie tragó saliva. Esa sería la mayor prueba de fuego desde que ocupaba el puesto de auxiliar. Martha no estaría para decirle qué hacer, así que tendría que arreglárselas sola, porque sabía que no contaba con Doña Guerra Fría.

Ella regresó a su escritorio contenta por haber elegido el bonito traje gris oscuro que se había puesto para la entrevista, semanas atrás. Sabía que lucía elegante; además, era un punto a su favor ir con la presidenta de la empresa a una reunión tan importante. Si Campbell no la creyera preparada para tales circunstancias, podría haber elegido a alguien más.

***

Cuando llegaron a la sede de la reunión los recibió el gerente general de Rancom Union, David Jones, un apuesto y agradable hombre, de unos treinta y dos años. David se conducía muy profesional cuando se dirigía a Beverly, pero miraba con frecuencia a Annie, mientras recorrían los alrededores, evaluando el desarrollo del proyecto.

—Me niego a creer que trabajes con Campbell —comentó David, mientras Beverly hablaba con el gerente de producción.

Annie notó que su jefa los observaba.

—Llevo unas pocas semanas en la empresa —le dijo, dedicándole una sonrisa.

En ese momento, Beverly apartó la vista. David le sonrió con un aire seductor, pero ella no estaba allí para coquetear, sino para trabajar, así que se concentró en la conversación que su jefa mantenía con el otro gerente. Una hora después, ella se preguntaba si la tendría todo el día sin comer.

—Annie, ordené que te sirvieran el almuerzo en el comedor de los ejecutivos —le informó David—. Espero que no te moleste que coma contigo.

Annie se percató de que Beverly se dio vuelta al oír el comentario, y le dirigió una mirada ácida, que interpretó como una acusación. Era obvio que pensaba que ella no había perdido tiempo en permitirle a David que la tuteara.

La comida fue rápida, porque enseguida continuó la reunión. Las horas de la tarde parecieron volar. Annie sabía que era buena, pero en esa reunión tuvo que hacer uso de todas sus habilidades para salir airosa. Cuando por fin la reunión concluyó, se sentía como si en unas horas hubiese hecho el trabajo de una semana.

David Jones se acercó a ella mientras Beverly se despedía de algunos de los miembros de la Junta Directiva de Rancom Union.

—Voy a Essex con bastante frecuencia —comentó David con una seductora sonrisa—. ¿Me darías tu número de teléfono para llamarte?

Antes de que Annie pudiera pronunciar una palabra, Beverly apareció ante ellos.

—¿Ya acabaste los trámites de tu divorcio, David? —le preguntó, dedicándole una enorme sonrisa al gerente. Una sonrisa que de sincera no tenía nada.

Annie entornó los ojos cuando ella la miró.

—En cualquier momento —fue la respuesta de David, que borró lo seductor de su sonrisa.

—Habla con mi secretaria cuando tengas la sentencia —Beverly sonrió—. No le gusta salir con hombres casados —ella lo miró de arriba abajo—. Aunque creo que no eres su tipo —añadió.

A Annie le dieron ganas de pegarle. Aunque lo que decía era verdad, el tono le recordó la forma como la llamó “Doña Modestia”. ¡Todavía le dolía!

Llegaron a la oficina cerca de las siete y media de la noche. Para entonces, Annie se había calmado. Sentía de nuevo deseos de disculparse. En cuanto entraron, ella dejó el bolso y el cuaderno de notas sobre el escritorio. Siguiendo un impulso, se dirigió al despacho de su jefa. El problema fue que se quedó paralizada bajo el umbral de la puerta. Cuando Beverly notó su presencia, levantó la vista hacia ella. De pronto, a Annie las palabras no le salían. En su pecho, el corazón parecía el motor de un auto de carreras. ¿Qué le sucedía?

La directora esperó en silencio. Su mirada recorrió su brillante cabello negro y el traje que cubría su esbelta figura. Luego su mirada verde se dirigió a su rostro, se detuvieron en sus ojos y bajaron a su boca. Annie advirtió cuando ella tragó saliva. Casi cae al piso cuando vio la punta de su lengua de su jefa asomarse para humedecerse los labios. ¿Qué rayos sucedía? Entonces su mirada regresó a sus ojos. Para entonces ella no sabía dónde se encontraba, solo era consciente de que Beverly la miraba.

Annie sabía que si no hablaba, perdería la dignidad y se sentiría como una idiota.

—Quiero… —tuvo que carraspear—. Me gustaría disculparme por mi comportamiento de ayer —dijo y deseó no haberlo hecho cuando ella la miró con frialdad.

Beverly se cruzó de brazos.

—¿Piensa lo mismo que ayer? —le preguntó con un tono seco.

¿Que creía que ella era una mujeriega porque tenía una aventura con la esposa de Noah

Carpenter mientras simulaba ser su amiga? Por supuesto que pensaba lo mismo. ¿Por qué no podía aceptar sus disculpas y listo?

Annie descubrió que aunque hubiera sido más sencillo mentir, no podía hacerlo.

—Sí —respondió en voz baja, enfrentando a la fría mirada verde—. Mi punto de vista no ha cambiado.

—Entonces, su disculpa carece de valor —sentenció Beverly.

## Capítulo 6

Annie se dio la vuelta y salió con ímpetu de la oficina. ¡Ajá! Ahora resultaba que la muy digna solo aceptaba disculpas sinceras.

¡Ella, la sinceridad personificada, quien apuñalaba por la espalda a su amigo Noah al acostarse con su esposa!

Annie se dirigió, furiosa, a su escritorio y guardó las facturas y las notas de la reunión con llave en una de las gavetas.

—Puede actualizar las modificaciones de las facturas mañana, Anna —le dijo Beverly desde la puerta de su despacho.

A Annie le dieron deseos de lanzarle la engrapadora a la cabeza. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad ella creía que actualizaría las facturas esa noche? ¡En esa gaveta había trabajo para un día! Dominó las ganas de sacarle la lengua. Agarró su cartera y se dirigió a la puerta de salida. Por temor a decir algo que le echaría más leña al fuego si abría la boca, no le deseó buenas noches, sino que apagó la luz de su oficina para indicar que se iba. Esa noche Beverly se encontraría con Helen en el teatro. Seguro que llegaba tarde. Ojalá que no la dejasen entrar.

***

Ya en su pequeño piso, a Annie le costó conciliar el sueño esa noche porque, en cuanto cerraba los ojos, comenzaba a preguntarse si Beverly se habría reunido con la esposa de su amigo. Solo pensarlo la hacía sentirse mal. Le dio unos golpes a la almohada, deseando que fuera la cabeza de su jefa.

El día siguiente se levantó cansada tras una noche agitada. Después de ducharse se puso un traje de lana azul marino y una blusa de seda blanca. Estaba a punto de ponerse el abrigo cuando sonó el teléfono. ¿Sería Harriet? A veces se olvidaba que ella tenía que trabajar.

La llamada era de Heaven House, pero no era su abuela, sino de la directora de la residencia. Harriet no aparecía por ningún lado; después de hacer algunas indagaciones, descubrieron que otro de los residentes la había visto salir hacía una hora. Harriet no le informó a nadie a dónde iba.

Annie miró por la ventana, intentando no ser presa del pánico. Era un día gris y amenazaba con nevar.

—¿Llevaba abrigo? —preguntó enseguida.

—Parece ser que sí.

—Seguro que fue a nuestro antiguo piso —dijo, preocupada porque la anciana repitiera su errático comportamiento de semanas atrás—. Iré allí de inmediato.

Annie no perdió un segundo más. Al salir se dio cuenta de que olvidó ponerse el abrigo, pero en ese instante tenía mayores preocupaciones que esa. Entraría en calor con la calefacción del auto. Tenía que encontrar a Harriet y llevarla de vuelta a la residencia. Tenía que ponerse a trabajar enseguida en las dichosas facturas, que le llevarían el día entero. Beverly Campbell se pondría furiosa, pero sería la primera vez que llegaría tarde en cinco semanas de trabajo.

Annie trató de no pensar en ello. Se concentró en el problema más urgente. Se dirigió hacia donde vivían antes, pensando que pronto tendría a la pobre anciana en el auto, pero estuvo veinte minutos en un atasco de tráfico. Luego perdió otra hora en la zona, sin encontrar señales de su querida Harriet. Llamó por teléfono a la residencia, pero esta no había regresado. Para entonces, ella estaba seriamente preocupada. Pensó en llamar a Martha a la oficina cuando recordó que

Beverly le preguntó en la entrevista si tenía algún compromiso.

Suficientes problemas tendría al llegar tarde al trabajo sin necesidad de confesar también que mintió en la entrevista. Mientras daba una segunda vuelta por la zona, se dio cuenta de que si no confesaba la verdad respecto a Harriet, no tendría excusa para llegar tarde.

Pero todo eso se le olvidó cuando se acercaba de nuevo a su antiguo hogar. Un camión de reparto se detuvo frente al edificio y de él descendió Harriet.

—¡Abuela Harriet! —la llamó, lo bastante alto para que la oyera, aunque no tanto como para asustarla.

La anciana se dio vuelta. Al ver a Annie, sonrió.

—¿Hoy no trabajas? Esperé una eternidad que viniera el autobús hasta que ese conductor se detuvo y… —se interrumpió cuando por su cabeza cruzó algo más importante—. ¿Sabes que mi esposo también tenía una Cyclone V-Twin?

Annie sonrió, aliviada de haberla encontrado. A Harriet la volvían locas las motos; en su juventud había tenido varias.

—¿Cómo estás? —le preguntó, antes de hacer que subiera al auto para llevarla a la residencia.

—¡Oh!, muy bien. El chofer me estuvo hablando del museo de la motocicleta que está a una hora de aquí. Está abierto todos los días —insinuó.

Annie sonrió con cariño.

—Ya iremos —prometió—. Hoy no, pero pronto. Ya debe ser tu hora de comer. ¿Volvemos a la residencia?

***

Cuando Annie llegó a la oficina, era casi la una de la tarde. Al entrar, notó que Martha no se encontraba. Se alegró de que la puerta de comunicación con el despacho de su jefa estuviese cerrada.

Pero la alegría no le duró demasiado. Beverly la oyó entrar. La puerta del despacho se abrió y su jefa entró. Dio un profundo suspiro, como si lo necesitara para controlarse.

—Ya que es evidente que no la hospitalizaron para operarla de apendicitis —comenzó con una engañosa suavidad que no duró dos segundos—, ¡¿le importaría decirme dónde diablos estaba?!

Annie tragó saliva.

—Tu… Tuve un problema doméstico —respondió, con la esperanza de que ella pensara que se le había roto la lavadora.

—¡No me diga que por fin tuvo una aventura! —exclamó, al parecer, con una idea muy distinta a la de ella sobre lo que se consideraba doméstico—. ¿Qué pasó? ¿No se quería ir?

Annie entornó los ojos. Beverly la miraba también.

—¡No me jugué por su propio criterio! —le contestó, sin poder contenerse. ¿Qué le pasaba? Casi se quedó sin empleo el día anterior y seguía sin aprender la lección. Quizás no tuviese la misma suerte esta vez y de verdad necesitaba el trabajo—. ¿Martha se fue a comer temprano? —preguntó, en un intento por cambiar el tema y que los ánimos de los dos se calmasen. ¡Ojalá no hubiese abierto la boca!

—¡Le di el día libre! —farfulló Beverly—. Porque ella, a pesar de sentirse mal, llamó por teléfono para avisar.

¡Bruja sarcástica! Como aún no le había dicho que se marchara, Annie supuso que se seguía

trabajando para ella.

—Recuperaré las horas que he perdido. Me quedaré tarde esta noche y…

—¡Por supuesto que sí! Quiero todas las facturas y sus informes en mis manos antes de que acabe el día.

Annie se lo quedó mirando. El orgullo le impidió decirle que no podía, que tenía que cocinar porque había invitado a cenar a Thesa esa noche.

—¿Usted también se quedará? —le preguntó, tan calmada como pudo.

—De ninguna manera. Llegué antes de las siete esta mañana. Me iré a pasar el fin de semana fuera. Además, tengo una fiesta esta noche —explicó, con toda la dulzura del mundo.

Annie, que no había odiado a nadie en su vida, sintió en ese momento que aborrecía a su jefa.

—¿Quiere decir que me hará cancelar mi cita y trabajar hasta las tantas para pasar unas facturas que terminarán en una gaveta hasta que usted se digne a mirarlas el lunes?

Beverly no sonrió, pero conservó el tono agradable mientras la recriminaba.

—No me oyó bien, Anna. Le dije que quiero esas facturas en mis manos mano hoy. Como no tengo ninguna duda de que la fiesta durará hasta después de la medianoche —dijo, tomando una hoja de papel y apuntando una dirección—, espero que no le cause demasiada molestia llevármelas de camino a su casa.

Annie agarró el papel y lo miró. La casa, que era de los Carpenter, quedaba en el otro extremo de la ciudad. Miró por la ventana. Se veían caer copos de nieve. Beverly siguió la dirección de su mirada y luego le sonrió. Sabía que ella estaría trabajando hasta las ocho de la noche por lo menos y que después le llevaría una hora llegar a la casa de su amante.

Annie abrió la boca para protestar, pero se percató a tiempo de que eso era justamente lo que ella quería, así que se tragó lo que le iba a decir.

—¿Algo más? —preguntó dejando asomar una impertinente sonrisa.

A Annie le pareció ver un relámpago de admiración en los ojos verdes. Un destello que desapareció en un instante, lo que le hizo pensar que fue su imaginación.

Beverly se dio la vuelta y regresó a su despacho, dejándola con una montaña de trabajo por delante.

## Capítulo 7

Annie logró completar el trabajo pasadas las ocho de la noche. Después de quedarse sin cenar y trabajar lo más rápido que le fue posible, se sentía agotada, pero también triunfante. Sin embargo, a esa hora, su antipatía por la bruja de su jefa se incrementó proporcionalmente al nivel de su cansancio. ¿Cómo era capaz de pasar el fin de semana en casa del esposo de su amante?

Tras recoger sus cosas y asegurarse de llevarse las facturas y los informes, salió de la oficina. Al llegar al estacionamiento del edificio, tuvo que correr al auto porque seguía sin abrigo. Notó que no había demasiada nieve, así que eso le haría las cosas más fáciles.

Mientras conducía a la casa de los Carpenter se repitió que lo que Beverly hiciera en su tiempo libre no era de su incumbencia y que debía considerarse afortunada de conservar todavía su trabajo. Pero su pensamiento cambió tras recorrer algunos kilómetros y encontrarse con más mal tiempo. Comenzó a nevar. Para colmo, su estómago protestó porque desde el desayuno no había comido nada. ¡Nada! Sintió ganas de llorar por el panorama que tenía ante sí. Aun así, se llenó de entereza y siguió adelante.

Al rato, cuando ya se hallaba cerca de la zona donde residían los Carpenter, no podía pensar en otra cosa que no fuera comida. ¡Por todos los santos! Beverly estaría tan ocupada con sus fiestas que de seguro ni habría mirado el reloj y ella estaba desmayándose de hambre. Además, si no comía a esa hora, a la vuelta, todo estaría cerrado. Se dijo que, con tal de que las dichosas facturas estuvieran en mano de Campbell antes de la medianoche, se consideraría “hoy”, como ella misma le dijo. Aunque, por supuesto, su plan era entregárselas mucho antes, así que se entró al estacionamiento de un restaurante.

A Annie el servicio le pareció bastante lento. El arroz con camarones que ordenó tardó horas en llegar, aunque cuando le sirvieron el plato, tenía buen aspecto. El sabor dejaba mucho que desear, pero para entonces ella se sentía hambrienta. El arroz al menos le apaciguó el estómago. Comió rápido y pidió la cuenta. Se sentía más que satisfecha cuando se dirigió hacia la puerta.

Pero su satisfacción se esfumó cuando salió al estacionamiento. ¡Había una verdadera ventisca! Caían copos enormes y los caminos estaban cubiertos de nieve. El frío le atravesó la fina tela del traje cuando corrió hacia el auto con sus altos y puntiagudos tacones. Se sacudió lo mejor que pudo y se abrazó en busca de un poco de calor. Su sorpresa fue enorme al mirar el reloj del salpicadero. ¡Las 9:30 p. m! Sin perder más tiempo, encendió el motor y lo puso en marcha. Tras veinte minutos de conducir, se dio cuenta de que sus cálculos de tiempos estaban por completo equivocados.

El viento aullaba y la nieve caía espesa, haciendo que la visibilidad fuese casi nula. Como ella no tenía ninguna intención de ir a parar a una zanja, condujo a una velocidad mínima, casi a paso de tortuga. Tras otra media hora de conducción, estuvo tentada a dar la vuelta y regresar a su casa. Pero recordó que Beverly quería esas facturas. Y lo más importante era que ella quería, o mejor, necesitaba, conservar su empleo.

Annie se sentía mental y físicamente exhausta, pero siguió adelante. Sintió una tremenda alegría cuando se dio cuenta de que había llegado al lugar que buscaba. Se relajó un instante. Y fue un segundo fatal. El auto resbaló hacia el costado y se metió con una cerca a orilla de la acera. Tras pasar el susto, ella intentó sacarlo poniendo marcha atrás y acelerando con suavidad, pero los neumáticos patinaron sin conseguir moverse. Aunque sabía que era inútil, lo intentó durante casi diez minutos más. Sería necesario utilizar una grúa para sacar el auto de allí. Ni de lejos le apetecía salir porque hacía un frío terrible, pero entendió que si se quedaba en el auto

toda la noche, moriría congelada.

Annie no podía creer su suerte. Sentada detrás el volante, se sintió desgraciada. Intentaba mirar a su alrededor mientras los limpiaparabrisas luchaban pobremente por quitar la nieve. Era imposible, la ventisca había arreciado, tornándolo todo blanco.

Quedarse en el auto no era una opción, así que se ajustó el traje en un vano intento por cubrirse del frío y agarró la carpeta con las facturas que tantos problemas le habían causado y, con ellas en la mano, salió del auto. Comenzó a caminar hacia una luz que se veía en la distancia. Tras avanzar unos metros, se resbaló en una cuesta. Ahora tenía hasta el trasero mojado. No podía creer su suerte. En los alrededores no se avistaba a nadie. ¿Qué loco estaría afuera con tal ventisca? Solo ella, que estaba desesperada por mantener su trabajo. Logró ponerse de pie, aunque le costó bastante caminar sobre la capa de nieve con sus elegantes tacones de ir a la oficina.

Annie resbalaba a cada paso, pero logró mantener el equilibrio hasta llegar a la luz, que resultó ser la farola de una calle. Cerca había un cartel. Por fortuna, se encontraba en el sitio correcto. Si giraba a la izquierda, encontraría la casa de los Carpenter a unos cien metros de allí.

Continuó en medio de la tormenta, cada vez más calada, pero marchando obcecadamente adelante. ¿Para qué querría las facturas el fin de semana? ¿Creía que se aburriría en algún momento? Ojalá que Noah se hubiese dado cuenta de que Beverly estaba enredada con su esposa y la hubiera echado de su casa.

Por segunda vez se cayó y se volvió a levantarse. Estaba empapada hasta los huesos. Logró avanzar los últimos cincuenta metros pensando en los peores insultos para la insufrible mujer. Luego vio la luz. Al principio, borrosa, pero, a medida que se acercaba, la luz se hizo más intensa. Ya estaba en la casa. Se sentía a punto de desmayarse, sin embargo, siguió adelante. Pasó junto a los autos cubiertos de nieve pensando solo en una cama. En su cama. Se sentía demasiado cansada para pensar lo que sucedería una vez que entregara la carpeta que fue a llevar.

Annie subió los escalones. Logró tocar el timbre con los dedos insensibles por el frío. Dentro se oía música y voces. Quería irse a dormir; lo deseaba como nada en el mundo. La puerta se abrió. Ella reconoció a una sorprendida Helen. Estaba elegantísima, pero que se quedó muda, mirándola de arriba abajo.

—¡Adelante, por favor! —la invitó, mientras la nieve entraba al vestíbulo y se arremolinaba en la alfombra. Annie no necesitó que le dijera más. Se dio cuenta del aspecto que tendría, porque Helen la miró sin reconocerla, pero como era una persona de buen corazón, no quiso hacerla esperar fuera en semejante noche—. Pero… si eres Annie, ¿no? La Annie de Beverly.

Ella no entendió eso de “la Annie de Beverly”. Además, se sentía demasiado fatigada para explicar que no era la Annie de Beverly, ni de nadie más.

En ese momento, como si al oír su nombre hubiera aparecido por arte de magia, Beverly Campbell se materializó ante ellas.

Beverly vestía una impecable camisa blanca y una chaqueta de diseñador. Annie nunca la había visto más hermosa ni más sorprendida.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

## Capítulo 8

Si Annie hubiera tenido suficiente energía, la habría golpeado.

—¡Quería sus facturas! —masculló, conteniendo la rabia.

Beverly la miró como si hubiese dicho la cosa más estúpida del mundo. Helen puso su atención en ella también.

—¿No habrá conducido en esta tormenta para…? —Beverly se interrumpió, sin poder creer lo que sus ojos veían. Puso los brazos en jarra y tomó aire—. Solo una idiota hubiera… —comenzó a decir, pero cambió de opinión y miró a Helen—. ¿Te importa si usamos la biblioteca?

La anfitriona negó con la cabeza. Entonces ella la tomó del brazo y echó a andar dirigiéndola por un pasillo.

—¡Estás empapada! —masculló Beverly por lo bajo. Echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse que los invitaron no se percataran de la situación.

—Usted también lo estaría si hubiese caminado cinco kilómetros —respondió ella también con un gruñido.

—¿Caminó cinco kilómetros… con esta tormenta?

Pasaron junto a un espejo. Annie se detuvo y ella también.

—¿Soy yo? —preguntó, al ver el horror que se reflejaba en el espejo. Tenía el pelo mojado y la cara enrojecida por el frío. En especial, la nariz.

Beverly no respondió.

—¿Estás herida?

Annie se quedó mirándose.

—Solo el orgullo —murmuró.

Beverly sonrió. Ella vio su gesto a través del espejo y también sonrió.

—Estoy segura de que nadie ha tenido nunca una secretaria tan leal y digna de confianza —declaró la ejecutiva.

Sus miradas se encontraron en el espejo. El corazón de Annie comenzó a acelerarse. Los ojos de su jefa brillaron y la ligerísima sonrisa que curvaba sus labios le resultó en extremo atractiva. De pronto toda su rabia pareció desvanecerse. El silencio las rodeó, ninguna supo cuánto tiempo. Un silencio que fue interrumpido cuando Beverly volvió a tomarla del brazo, y la condujo hacia la biblioteca.

Al entrar en el amplio espacio, ella se dirigió a la chimenea. Como era a gas, la encendió de inmediato. Acercó a Annie para que entrara en calor.

—Quédate aquí un momento —le pidió—. Enseguida regreso.

En cuanto ella se fue, Annie se acercó más al fuego. Los dientes le castañeteaban. Esperaba entrar en calor pronto.

Beverly cumplió su palabra. En poco tiempo estaba de vuelta, con un albornoz y toallas.

—Helen quería venir a ocuparse ella misma de ti, pero es una fiesta especial para su esposo. Le dije que no te importaría soportarme un poco —le dijo, asomando una sonrisa a la vez que le tendía las cosas.

—Me las puedo arreglar sola —el mal humor estaba de vueltas, pues la tomó por sorpresa que Beverly se mostrara tan amable. No sabía cómo tomarlo, ni que sentir después de tantos inconvenientes entre ellas.

Beverly dejó las cosas en una silla cuando ella tardó en aceptarlas.

—Estoy segura de que sí, pero soy tu jefa y tienes que ser buena —intentó bromear para

calmarla. Los dientes le comenzaron a castañear—. Bien —dijo, dejando las bromas al ver su condición—. Quítate la ropa mojada, sécate y ponte el albornoz.

Annie quiso discutir con ella, pero se sentía demasiado débil. Levantó las manos heladas para desabrocharse la chaqueta, pero tenía los dedos congelados de frío. Además, la tela estaba tan mojada que no pudo.

Beverly se dio cuenta de la situación. Con la mayor naturalidad del mundo, se acercó a ella y comenzó a desabotonarle la chaqueta. Al instante advirtió la tensión de Annie por su cercanía. Supo que no protestó porque no podía hacerlo sola, así que fue cuidadosa con cada movimiento. En ese instante su conciencia le pesaba una tonelada. Aunque no la estaba ayudando por eso, sino porque desde la primera vez su instinto protector salía a flote cada vez que la tenía cerca. A esa escasa distancia buscó su mirada, pero los ojos castaños le fueron esquivos.

Con sumo cuidado, Beverly la ayudó también a quitarse la chaqueta. Luego la dejó en el suelo y se dispuso a continuar con la blusa que Annie tenía adherida al cuerpo.

—Yo puedo —dijo ella, deteniendo sus manos. Lo intentó, de verdad que lo hizo, pero las manos le temblaban demasiado. No podía ni siquiera soltar un botón.

Los ojos castaños por fin se encontraron con los verdes cuando Annie levantó la cabeza. Beverly la entendió. Asomó una sonrisa antes de volver a levantar las manos. Con la misma delicadeza que lo hizo con la chaqueta, fue soltando los botones de la blusa. Procuró no separar demasiado la tela y también que sus dedos no le rozaran la piel. Por su propio bien, más que el de Annie.

—Me parece que no estás acostumbrada a que alguien te desvista —dijo Beverly. Annie levantó de nuevo la vista. Otra vez, el silencio las acompañaba. No eran necesarias las palabras —. Annie, siempre seré cuidadosa contigo —murmuró casi con ternura.

A Annie el corazón se le disparó. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Y por qué su corazón reaccionaba así? ¿Y por qué le gustaba tanto su cercanía? Ella logró sonreír. Aunque se encontraba en una especie de nube y le parecía que eso le sucedía a alguien más, se dio cuenta de que era la primera vez que ella la llamaba Annie.

Beverly le desabrochó por completo la blusa y antes de que ella pudiera decir nada, le bajó el cierre de la falda.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó adoptando esta vez un tono impersonal.

Annie sabía que se refería al último problema que le quedaba; el broche del brassier, pero dio un paso atrás.

—No, gracias —respondió, mirándola a los ojos.

Ella aceptó su negativa sin comentarios.

—Rápido, entonces. Quítate eso mojado, sécate bien y ponte el albornoz —dijo. Al ver que no se movía, dio la vuelta y salió de la biblioteca, cerrando la puerta a su espalda.

Annie se quedó mirando la puerta unos instantes. ¿Era esa amable mujer la misma bruja con quien trabajaba?

No pudo secarse como debía porque la verdad era que no tenía fuerzas para nada. Después de decidir quedarse en pantys y brassier, y secarse con la toalla, se puso el enorme albornoz. Luego se secó el cabello. Al cabo de descansar media hora, todavía se sentía cansada. Sin embargo, su cerebro parecía que comenzaba a salir de su estado de hibernación en que se sumió por el frío.

Annie se quedó sentada en la alfombra, calentándose frente el fuego. Afuera se oía el escándalo de la fiesta. De pronto, comenzó a preguntarse si Helen le prestaría alguna ropa; la necesitaría para irse.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Se oyeron risas antes de que ella volteara y la puerta se cerrara de nuevo.

—Sopa —le anunció Beverly para explicar el tazón que llevaba en una bandeja—. Te puedes calentar por dentro mientras hablamos.

¿Hablar? ¿He qué iban a hablar?

—Supongo que no pretenderá dictarme una carta —dijo Annie, haciendo el gesto de levantarse, pero ella le indicó que se quedara sentada.

—Veo que estás recuperando el genio —comentó mientras acercaba una silla y se sentaba—. ¿Cenaste?

—Comí algo en el camino. No sabía que el tiempo se pondría tan malo —explicó—. Ya estoy entrando en calor.

Beverly asintió, complacida. Estaba preocupada por su estado.

—Bien, bébete la sopa.

Annie rodó los ojos. Ya estaba dándole órdenes de nuevo. Le gustaba más cuando era amable. ¡¿Qué?! Su pensamiento la sorprendió, así que se esforzó por recuperar la compostura. ¡Dios Santo! El frío le había afectado el cerebro.

—Lamento haber sido un estorbo —dijo—. Como dijo que quería las facturas hoy…

—No se me ocurrió que arriesgaría su vida para entregármelas —la interrumpió con un tono frío.

Annie no supo interpretar la naturaleza de la mirada de Beverly.

—Solo me salí del camino… Al dejar el auto estaba perfecta —respondió. No le gustaba nada su tono.

—Pues ese auto no irá a ninguna parte. Y tú tampoco.

Ella alzó las cejas, sorprendida. Luego arqueó una ceja.

—¿Sugiere que duerma en un rinconcito de este lugar hasta mañana?

Beverly la miró seria.

—Algo mejor que eso habrá. Con una noche como esta, nadie con dos dedos de frente saldrá a los caminos. Solo se irán los que han venido en un todoterreno.

—No... No era mi intención alterar los planes de la fiesta, ni incomodar a los invitados. Encontraré un sofá en algún lado y…

—Por si no lo has notado, hay una fiesta —la interrumpió—. Si quieres, puedes unirte a nosotros, pero por el aspecto que tienes, estás demasiado exhausta para hacer otra cosa que dormir. El tema es que ya no quedan habitaciones. Aunque…

—¿Aunque? —preguntó, a pesar de que la intuición ya le indicaba que la respuesta no le iba a gustar.

—Queda una cama libre. Lo que pasa es que está en mi habitación.

De nuevo las cejas de Annie se alzaron.

—¡Ni pensarlo!

Ahora fue una ceja de Beverly la que se arqueó. Luego asomó una sonrisa.

—Si quieres, puedes salir y hacer autostop —le dijo.

—No vi ni un auto desde que salí de un restaurante —le informó para indicarle que si tuviese alguna posibilidad de hacerlo, lo haría con tal de no dormir con ella.

—Ten confianza en mí, Annie —le dijo, con una expresión más suave—. Ya sé que nunca has compartido una habitación con alguien más, pero…

—¡Qué rápido cambió de opinión! Esta mañana pensaba que había llegado tarde porque me

lo estaba pasando bien en la cama con alguna…

—Es que esta mañana no tenía la certeza de que fueras virgen —la interrumpió.

Annie se quedó cortada y se sonrojó. Apartó la mirada. Supuso que había llegado a esa conclusión al anotar su rubor cuando la desvistió.

—¿Y Helen…? ¿La señora Carpenter? —preguntó para cambiar de tema—. ¿No puso ninguna objeción?

La miró, pero Beverly no dio señal de recordar que ella sabía lo de su aventura con la dueña de la casa.

—Le pareció perfecto. Hizo que te pusieran una bolsa de agua caliente y un pijama en la cama.

¡A Helen le pareció perfecto! A Helen, su amante, le parecía bien que compartiera su habitación con otra mujer. Annie se sintió aturdida, pero al recordar lo elegante que estaba Helen al abrirle la puerta, se ruborizó. Con el horrible aspecto que ella tenía al llegar, de seguro esta se echaría a reír si alguien sugiriese que ella le podía hacer la competencia. Le dio tanta vergüenza que dejó el tazón en la bandeja con un golpe seco.

—Si me llega a poner la mano encima, la mato —le advirtió entre dientes.

Beverly pareció impactada unos segundos con la amenaza, pero luego, cuando las palabras tomaron sentido en su cabeza, apretó los labios para ocultar su sonrisa, aunque no tuvo demasiado éxito.

—En el remoto caso de que me sienta tentada de hacerlo, me mataría yo misma.

## Capítulo 9

Annie la odió cuando dejaron la biblioteca. La odió cuando subieron la larga escalera y la odió con renovada fuerza cuando la escoltó hasta el dormitorio y le abrió la puerta. La luz de la mesa de noche se encontraba encendida entre las dos camas. Estaba a punto de preguntarle de mala manera cuál era su cama, cuando Beverly se metió en el cuarto de baño. Oyó el agua correr y luego regresó al dormitorio.

—Date un baño caliente antes de meterte en la cama —le dijo con un tono autoritario.

Annie estaba hasta el moño sus órdenes.

—No pienso tomarme la molestia.

Beverly respiró profundo. Parecía que también estaba harta de ella.

—O me das tu palabra de que tomarás un baño caliente, o me quedaré para meterte en la bañera yo misma.

Annie entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Usted y cuántos más?

Su jefa le dirigió una mirada dura. Luego, sin decir una palabra más, se quitó la chaqueta.

—¡Me niego a tener tu neumonía en mi conciencia! —gruñó, comenzando a arremangarse las mangas de la camisa.

—Pues, no sabía que tuviese una —la desafió, aunque retrocedió un paso—. Además… —comenzó a ceder cuando ella dio un paso en su dirección—, está científicamente comprobado que uno no se resfría por mojarse, sino que debe tener el virus antes… —se interrumpió cuando ella se dirigió de nuevo al cuarto de baño para comprobar la temperatura del agua. Annie la siguió—. ¡Está bien! ¡Vuelva a su fiesta! —le espetó, irritada.

Beverly la miró con severidad.

—¿Tengo su palabra?

—Sabe que sí —respondió, obligada a reconocer que la había vencido. Beverly salió del cuarto de baño. Ella la miró desenrollarse las mangas y tomar su chaqueta—. ¿De verdad me hubiese metido a la bañera a la fuerza?

—Realmente sabes aguarle la diversión a una mujer —le dijo antes de darse la vuelta y dejarla sola en la habitación.

¿Aguarle la diversión? Por lo poco que la conocía, seguro que le metía la cabeza bajo el agua y se la sujetaba un buen rato.

***

Helen había sido amabilísima, pues Annie encontró en el baño jabón junto a un cepillo de dientes nuevo y un tubo de crema dental. Para hacerla sentirse bien después del aspecto que tenía al llegar, la anfitriona también le proporcionó un camisón muy femenino, hecho de una tela que dejaba poco y nada a la imaginación. Se le ocurrió dejarle a Beverly el camisón y robarle su pijama, pero después pensó que de seguro dormiría desnuda, así que ni se molestó en ejecutar su plan.

La cama era una maravilla; la bolsa de agua caliente, un placer. Annie comenzó a acostumbrarse a la idea de que no tenía otra opción, que se veía obligada a compartir el dormitorio con la bruja, mujeriega y mentirosa. Aunque con ella no se había pasado ni un pelo. Y ella lo prefería así, rumió indignada. No tenía idea de por qué estaba tan enfadada.

A pesar de que se sentía tan cansada que no podía mantener los ojos abiertos, le costó

conciliar el sueño. Pensó que era probable que la fiesta se prolongara hasta la madrugada. Cuando Beverly subiese a dormir, ella se podría levantar. Entonces el sueño la invadió. Un sueño reparador y necesario.

Serían alrededor de las dos de la madrugada cuando Annie despertó de golpe con una horrible sensación de náuseas. La habitación estaba a oscuras. Se quedó quieta, procurando recordar dónde se encontraba y que hacía allí… ¡Dios santo! ¿Dónde estaba el cuarto de baño?

Cuando el estómago se le contrajo, ya no le dio tiempo de pensar en nadie. Por instinto, encontró el cuarto de baño, encendió la luz y llegó justo a tiempo.

Lo único en lo que Annie podía pensar al agacharse era en lo mal que se sentía. En lugar de alarmarse cuando un par de piernas desnudas se le acercaron, lo único que sintió fue agradecimiento. Levantó la vista para ver a Beverly atándose la bata.

—Oh, Annie, Annie —murmuró su jefa, con los ojos verdes fijos en su pálido rostro.

Pero ella se sentía demasiado enferma para sentirse avergonzada por la poca de ropa que llevaba puesta. Una mano le sujetó la cabeza. Beverly nunca sabría lo reconfortante que a Annie le resultó su gesto.

—Lo… Lo siento —logró articular cuando acabó de vomitar.

Beverly la sentó en un taburete que había en el baño.

—Pillaste un resfriado —afirmó, pero su tono no fue acusador, sino compasivo por lo mal que ella se sentía.

—Los camarones —negó Annie con la cabeza—. Tiene que haber sido los camarones.

—¿Comiste camarones?

—Con arroz —respondió—. De camino aquí. Uno tenía que estar en mal estado.

—¿Uno solo?

—Con uno basta —aclaró. Al instante su gesto se contrajo—. ¡Perdón! —exclamó antes de comenzar a vomitar de nuevo.

Durante las siguientes tres horas Annie estuvo terriblemente descompuesta. Dos veces regresó a la cama y dos veces Beverly, que había dejado la luz de la mesita encendida, la acompañó cuando salió disparada al baño.

Annie pensó en algún momento que el malestar nunca acabaría, pero pasó. Beverly pareció darse cuenta de lo mismo cuando la ayudó a sentarse en el taburete. Se sentía agotada, por lo que no opuso ninguna resistencia cuando su jefa le pidió que levantara la cabeza.

—Pobrecita Annie —susurró con dulzura. Le refrescó el rostro con una esponja—. ¿Cómo te sientes ahora?

—Bien —respondió con valentía e intentó ponerse de pie, pero sintió las piernas débiles.

Beverly la sujetó a tiempo.

—Apóyate en mí —le pidió.

Annie lo hizo con gusto. La llevó a la cama y la hizo sentarse. Ella sintió que lo retiró el pelo de la frente y supo que se sentía mejor cuando comenzó a pensar que debía tener un aspecto terrible.

—¡Estoy horrible! —exclamó sin poder controlarse.

—Está preciosa.

Annie se sobresaltó y el corazón le dio un vuelco.

—Está borracha —la acusó, pero le encantó oírla reír.

—Es evidente que te estás recuperando —le dijo y sonrió—. Quédate sentada —mientras Annie pensaba en acostarse y dormir hasta Navidad, ella se alejó un instante y volvió con una

camisa limpia—. Lo que llevas está empapado.

Annie bajó la vista, consciente de lo que había transpirado mientras era presa de la intoxicación. Se dio cuenta de que el camisón casi no la cubría.

—¡Oh! —gimió.

Los tirantes se le habían resbalado por los brazos. Sus senos, aunque no eran exageradamente grande, tampoco eran pequeño. Sus firmes pechos y la separación entre ellos, estaban expuestos, con las rosadas areolas, apenas velada por el delicado tejido. Annie se cruzó de brazos.

—Vamos, Doña Modestia. Quítate esa cosa húmeda y ponte esto. De acuerdo, de acuerdo —dijo a ver que ella no se movía, y le dio la espalda.

Annie se puso de pie y se quitó el camisón mojado para ponerse la camisa. Todavía no se había abrochado cuando Beverly se dio la vuelta, así que, con la mayor naturalidad del mundo, la ayudó. Luego retrocedió y la recorrió con los ojos, hasta llegar a las piernas.

—Te queda mucho mejor que a mí —comentó—. ¿Te portarás bien o tendré que meterte también en la cama? —le preguntó, antes de que ella pudiera pensar en una respuesta.

—Lo único que quiero es dormir.

***

Annie se quedó dormida en cuanto tocó la almohada. Durmió hasta las diez de la mañana del día siguiente. Cuando abrió los ojos, y recordó lo que había sucedido, se dio la vuelta para comprobar con alivio que la otra cama estaba vacía.

Ella levantó la vista. Se dio cuenta de que su traje y su camisa, secos y planchados, estaban colgados en la puerta del armario. También sus zapatos de tacón; aunque ya no serían nunca más los mismos, estaban secos.

Annie se sintió de lo más agradecida con Helen. Cuando más la conocía, más le gustaba. Aunque seguía sin explicarse como ella y Beverly podían comportarse de esa manera a espaldas de su marido.

## Capítulo 10

Como no quería pensar en la parte que le tocaba Beverly en ese tema, se levantó de la cama para vestirse. Se sentía débil, pero se dijo que estaba bien. Tenía muchas cosas importantes que hacer, así que debía ponerse en marcha. Se dirigió al baño a darse una ducha rápida.

Ya estaba vestida; se ponía los zapatos cuando la puerta se abrió. Beverly entró como si no quisiera despertarla. Se sorprendió al verla levantada. Se acercó a ella con los ojos clavados en los suyos, como si buscara en ellos algún indicio de su estado de ánimo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó con un tono suave.

—Bien —respondió ella con cierto matiz despectivo.

Su jefa respiró hondo a la vez que se cruzaba de brazos.

—Le pregunté cómo te sientes —dijo, dirigiéndole una mirada seria.

Annie rodó los ojos.

—¿Qué aspecto tengo? —la retó, un tanto avergonzada de molestarla cuando había sido tan buena con ella. Pero sonrió.

Beverly le escrutó el rostro. Fue cuando Annie se percató muy tarde de que no tenía ni una pizca de maquillaje en el rostro. Estaba pálida y ojerosa. Deseó no haberle sugerido que la mirase.

—Delicada —declaró ella al acabar la inspección.

Annie frunció el entrecejo, un tanto sorprendida por la respuesta.

—¿Cómo una orquídea? —preguntó con una sonrisa. Dejó de preocuparle en lo más mínimo que la viese en esas condiciones.

Beverly sonrió y negó con la cabeza.

—Ya veo que está recuperando las fuerzas —dijo—. ¿Quieres desayunar?

—¡No! —la mera mención de comida la hizo sentirse mal. Se llevó la mano al abdomen y su jefa sonrió de nuevo. El silencio las envolvió mientras sus miradas se mantenían entrelazadas. Annie sintió cierto cosquilleo en el estómago—. Gracias por quedarse conmigo y cuidarme. Pudo haberse cubierto la cabeza con el edredón y seguir durmiendo.

—¿Y qué, abandonar a una dama en apuros? —bromeó Beverly por primera vez desde que se conocían.

Annie descubrió que le gustaba. Y no solo ella, también su sonrisa y esa manera elegante que tenía de meter las manos en los bolsillos de sus pantalones cuando se impacientaba.

—Pues bien, gracias otra vez, señora Campbell —dijo con sinceridad. Su jefa rio—. ¿Qué?

—¿Dormimos juntas y sigo siendo la señora Campbell? En realidad creo, Anna, que nos conocemos lo suficiente para que me tutees, ¿no te parece?

—Sí, emmm… —¿por qué sentía que se ruborizaba? Retiró la vista hacia su cartera porque Beverly continuaba sonriendo de esa manera tan sexy que la turbaba, así que buscó con desesperación otra cosa en que pensar. No recordaba la última vez que tuvo en las manos las llaves del auto. Supuso que las había metido en su cartera—. Será mejor que vaya a buscar mi auto —anunció.

—Tu auto no puede ir a ningún lado hasta que se derrita un poco la nieve —le informó Beverly. Y, antes de que ella comenzara a discutir, continuó—. Ya fui a mirar.

—Pensé que podría conseguir que una grúa me sacara.

Su jefa torció la boca.

—Parece ser que tu auto no fue el único en salirse del camino anoche. Están dejando los

casos menos urgentes para el final. Si no se derrite la nieve, sacarán el tuyo el lunes.

—Pero el mío sí que es urgente —alegó—. Tengo que irme a casa…

—Yo te llevaré —ofreció.

¿Cómo podía Beverly tomárselo tan a la ligera?

—Pero tú estás aquí de visita —protestó, comenzando a sentirse molesta—. Ya hice bastante arruinándote la fiesta de anoche…

—Anna Landon, te llevaré a casa hoy y se acabó —sentenció—. Para conducir necesitarías toda tu concentración y, francamente, no me parece que estés demasiado bien para eso.

¿Cómo quería que estuviese después de pasar toda la noche vomitando? ¡No había tardado mucho en comenzar a dar órdenes otra vez! ¡Prefería caminar, antes que…! Aunque, pensándolo mejor, si la llevaba podría tomar un taxi para ir a buscar a Harriet.

—No me parece justo. Te ausentarás de la casa durante horas…

Beverly se encogió de hombros.

—Todo el mundo está durmiendo. No creo que nadie se levante antes del mediodía.

Anna se dio cuenta de que, si seguía discutiendo, lo único que lograría era retrasarle el regreso.

—De acuerdo, vamos. ¿Les dará las gracias de mi parte a los Carpenter y a su ama de llaves? —preguntó cuando su jefa abrió la puerta de la calle.

—Por supuesto —respondió, tomándola del brazo mientras caminaba por la crujiente nieve hasta el auto.

Se pusieron en marcha sin perder más tiempo. Annie cerró los ojos para evitar el reflejo de la nieve. Cuando los volvió a abrir, se dio cuenta de que estaba llegando a su casa.

—¡Me dormí! ¡Lo siento! —se disculpó.

—Lo necesitabas —dijo Beverly con naturalidad—. Tenemos que girar aquí, ¿no?

Annie despertó por completo para darle las indicaciones. Pronto, el elegante auto se detuvo frente al desvencijado edificio donde tenía su casa.

—¿Te gustaría tomar una taza de café antes de regresar? —le preguntó por pura cortesía, con la esperanza de que le dijera que no.

—Sí, gracias —aceptó, sorprendiéndola.

Beverly la acompañó hasta la puerta de la calle, sin hacer ningún comentario mientras sacaba las llaves de la cartera para abrir la vieja puerta de su piso.

—Adelante.

El pequeño apartamento era acogedor en contraste con el exterior. Ella la vio recorrer con la mirada la elegante alfombra, que eran las originales de la casa donde nació.

—¿Hace mucho que vives sola? —le preguntó Beverly, después de que su mirada se posara en los costosos muebles antes de hacerlo en sus ojos castaños.

La palabra “compromiso” llegó a su mente. ¡No tenía que enterarse de Harriet!

—Hace relativamente poco —respondió—. Emmm… Iré a hacer el café.

Annie estaba a punto de irse, pero su jefa le tomó el brazo y la detuvo.

—¿Qué dije?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué dijo?

—Algo te molestó —Beverly intentó aclarar sus palabras.

—Me parece que también dormiste mal —acotó. Sin decir más, se dirigió a la cocina.

Si Annie pensó que con eso la conversación terminaría, se equivocó, porque Beverly apareció

en la cocina antes de que ella comenzara a preparar la cafetera.

—¿Cuándo murieron tus padres, Annie? —su voz fue suave, casi tierna.

Ahora le molestaba que la llamara de esa manera. Le resultaba demasiado íntimo para un tema tan delicado. Sin embargo, no había nada de malo en responderle la pregunta.

—Mi padre murió cuando yo tenía diez y mi madre cinco años más tarde.

—No puede ser que vivas sola desde entonces.

—Tenía un padrastro.

—¿No se llevaban bien?

—Sí. Lo quería mucho —lo contradijo. Su enfado comenzó a desaparecer—. Él… Él murió hace aproximadamente un año —ella la miró, decidida a no hacer más mención de su familia. Su trabajo era demasiado importante como para decirle ahora que le mintió en la entrevista.

—Lo has pasado mal —comentó con suavidad—. ¿Tienes más familia?

¡Diablos! Le dio la espalda. La respuesta tenía que ser afirmativa o negativa. ¿Contaban las abuelastras? De repente, se dio cuenta de que titubeaba demasiado.

—¡No! —se apresuró a responder. Se dio la vuelta para dirigirle una rápida mirada. Captó la inquisitiva expresión de sus ojos—. Lo siento —se volvió a disculpar, intentando disimular la lentitud de su respuesta. Era rápido, demasiado rápido. No quería que Beverly metiera su nariz donde no le correspondía—. Creo que el numerito de anoche me ha afectado más de lo que pensé. Estoy… realmente cansada.

Beverly miró con detenimiento su pálido rostro.

—Tus ojos son preciosos —murmuró después de un instante. Luego, tan decidida como siempre, anunció—: Olvídate del café. Me voy. Y tú, Anna Landon, te vas directo a la cama.

Una vez dada las órdenes, inesperadamente su jefa la tomó de los brazos. Mientras Annie la miraba como hipnotizada, le dio un casto beso en la frente.

El corazón comenzó a latirle al doble de su velocidad normal. Annie se soltó de ella.

—¡No estuve tan enferma! —exclamó, turbada por los latinos de su corazón y sus palabras.

La respuesta de Beverly fue una sonrisa que le llegó al corazón. Sin mediar más palabras, se fue.

Annie se derrumbó en una silla. ¡Dios Santo! No era sorprendente que las mujeres se enamoraran de su jefa como bobas. Pero ella, por supuesto que no lo haría, ¡Bruja mujeriega!

## Capítulo 11

Annie no tenía ganas de irse a la cama como Beverly le ordenó; además, se sentía cada vez mejor. Se aseguró de que todo estuviese listo para Harriet y se fue a buscarla en un taxi.

—¿Y tu auto? —le preguntó la anciana al ver que subiría a un taxi.

—Anoche se salió del camino por la nieve —respondió. Harriet se preocupó, pero ella le aseguró que no había pasado nada grave.

Annie la encontró de lo más alerta cuando Harriet insistió en contarle de una anécdota cuando ella y su esposo se salieron una vez del camino por ir a alta velocidad en una motocicleta.

Al llegar al piso, Annie se encargó de preparar el almuerzo mientras Harriet le contaba algunas cosas que habían sucedido en la residencia. Rio con algunas anécdotas y con un par se preocupó, aunque sabía que en Heaven House la cuidaban bien.

A las seis de la tarde, a pesar de que ya había anochecido, Harriet decidió que quería ir a dar un paseo.

—Puede que las aceras estén heladas —Annie intentó disuadirla de su idea.

—Caminaremos por la calle.

Poco después daban un paseo alrededor de la manzana. Harriet se alegró cuando Annie le propuso ir al Museo de Motocicletas el sábado siguiente. Ella se sintió mejor después de la corta caminata, así que decidió hacer una cena temprana.

Estaban en la cocina recogiendo los platos después de comer cuando sonó el teléfono del piso. Annie fue a contestar; la adrenalina se disparó cuando oyó la voz de Beverly.

—Llamé antes y no estabas.

—Sí —respondió, recuperando la postura de inmediato—. ¿Algún problema con las facturas? —le preguntó. ¿Por qué la molestaba por cuestiones de trabajo cuando estaba pasando el fin de semana con sus amigos?

—Me preguntaba cómo estabas y si ya te recuperaste por completo de la intoxicación.

Annie sintió que una cálida ternura la cubrió por completo. Se recriminó por pensar que Beverly la llamaba por trabajo cuando se había comportado tan bien con ella.

—Qué amable, pero ya estoy bien. Gracias.

—Tenía miedo de que repitieras la escena sin nadie que te sujetara la cabeza.

Annie rio. Se sintió tan cómoda con ella que bajó la guardia.

—Oh, no estoy sola… —respondió, pero se interrumpió. ¡Su jefa no debería enterarse de Harriet!

—¿Tienes compañía? —le preguntó su jefa con un tono brusco.

¿Qué había pasado con las bromas? Ya era demasiado tarde para negarlo. Pero la compañía podía ser cualquiera. Lo importante era que no supiera quién.

—Sí —respondió—. Estoy acompañada.

Si hubiera querido decir algo más, Annie se habría quedado hablando sola, porque Beverly le cortó de inmediato.

¿Qué pasó?, se preguntó mirando el auricular. Luego se encogió de hombros y regresó a la cocina. Era obvio que Beverly se había molestado. En un segundo pasó de la broma al enfado. Quizás, al enterarse de que ella estaba acompañada, se arrepintió de haber molestado para preguntar por su salud.

Para compensarla por haber cancelado la cita del viernes, Annie subió al piso de Thesa y la invitó a comer el domingo al mediodía en su piso. Harriet insistió en llamar a su vecina Deborah

un par de veces, pero, aparte de eso, todo transcurrió tranquilamente. Thesa se ofreció a llevarla a buscar su coche la tarde siguiente cuando ella le contó lo que había sucedido.

—Parece una chica bastante agradable —le dijo Harriet luego que Thesa se fue.

—Sí, es agradable —respondió Annie. Aunque se dio cuenta de que a su abuela no le había gustado demasiado y lo decía por ser amable.

***

El lunes por la mañana Annie se encontraba recuperada por completo de la intoxicación, pero se levantó con dolor de cabeza. Se tomó un analgésico, estornudó un par de veces y se negó a considerar la posibilidad de tener un resfriado.

Llegó a la oficina a las nueve menos diez, contenta de que, a pesar del problema del viernes, su puntualidad era impecable.

Beverly y Martha se encontraban en la oficina que ambas compartían. Las saludó con cordialidad al llegar.

—¡Buenos días!

Martha le sonrió, mientras que Beverly la miró con cara de pocos amigos

¿Qué culpa tenía ella si iba a la oficina con resaca? Se lo tenía merecido, por pasarse el fin de semana de juerga; además de aprovecharse de la hospitalidad del esposo de su amante. ¿Cómo podía tener semejante cara dura?

A Annie el día se le pasó volando, concentrada como estaba en un complicado trabajo. De pronto, la puerta de comunicación con el despacho de su jefa se abrió. Beverly entró buscando a Martha. En ese instante sonó el teléfono.

Martha no estaba en el despacho, así que Annie contestó. La llamada era de Heaven House.

—La señora Harriet se fue otra vez sin decir dónde —le informaron.

Annie se dio cuenta de que Beverly la miraba con un gesto interrogante. Ella mantuvo la vista fija en su escritorio, haciendo un esfuerzo por conservar la calma.

—¿Cuánto hace?

—Parece que hace más de una hora. Nos dimos cuenta hace un rato. Pensamos que volvería en cualquier momento. Es lo que sucede generalmente. Hemos recorrido la zona, pero no está por aquí. ¿Cree que se habrá ido a su antiguo piso?

Su preocupación estaba por completo centrada en Harriet, que no se dio cuenta de que su jefa estaba en la misma habitación que ella.

—Es lo más probable. Yo me ocuparé. Iré a ver —respondió. Solo cuando cortó se dio cuenta de los fríos ojos verdes que la observaban.

¡Cielo Santo! Le iba a tener que pedir que la dejara salir.

—Lo siento, pero necesitaré un par de horas libres —le anunció, intentando controlar su ansiedad.

—¿Es algo urgente? —Annie se negó a responder; estaba preocupada—. No tienes auto —acotó Beverly.

—Tomaré un taxi.

—¿Tan urgente es?

Annie asintió con la cabeza. Sin hablar, aunque sentía que su trabajo peligraba, prefirió no decir que mintió en la entrevista. De repente, se dio cuenta, por la súbita expresión de su rostro, que su jefa había llegado a una decisión. Ella rogó que no la despidiera.

Su ruego fue respondido, pero casi se desmayó del susto cuando Beverly le reveló su

decisión.

—No es necesario que tomes un taxi, yo te llevaré —le ofreció.

—¡No! —exclamó asustada, sin poder disimularlo.

—Agarra tu abrigo —le pidió su jefa, esbozando una sonrisa forzada. La puerta se abrió para darle paso a Martha—. Tengo que salir —le anunció a su secretaria—. Me llevaré a Anna conmigo. Cualquier cosa, llámame al móvil. Juntas salieron de la oficina y luego del edificio—. ¿A su casa? —le preguntó con cortesía cuando estaban ya en el auto.

A Annie no le sentó nada bien el tono cortés. Sabía que le tenía que estar agradecida porque la llevara, pero el que lo hiciera la mortificaba. El único motivo porque lo hacía era por curiosidad, porque ella no le dijo la razón de su necesidad de salir.

—No —le respondió con un tono seco. Se vio obligada a darle las indicaciones para llegar hasta su antiguo hogar.

Mientras se acercaban, Annie encontró otra razón para preocuparse. Hacía solo una semana que Harriet se había escapado. ¿Y si la directora de Heaven House se cansaba de mandar a sus ayudantes cada dos o tres a buscarla? La adorable anciana estaba contenta de vivir en esa residencia. ¿Y si le pedían que se fuera?

Annie se dio cuenta de que estaban en una elegante zona de la ciudad, cerca de su destino.

—Baja la velocidad y gira a la derecha, por favor —le pidió—. Me bajaré aquí —anunció en voz baja. No había señales de Harriet por ninguna parte, pero se desharía de Beverly primero. Si no encontraba a la anciana en la zona, tomaría un taxi hasta su piso—. Gracias por traerme —dijo con amabilidad. Cruzó los dedos para no perder el empleo y se bajó para dirigirse a la entrada de su antiguo edificio.

Annie subió los escalones. Antes de que pudiera tocar el timbre, la puerta del edificio se abrió. Charles Davis, un hombre de más de treinta años, una de las personas más encantadoras que ella conocía, salió.

—¡Annie! —exclamó, encantado de verla y se inclinó para besarla en la mejilla—. Entra, Samantha y yo no fuimos a trabajar hoy.

Annie le explicó que solo se hallaba en la zona buscando a Harriet, que a veces se despistaba un poco. Ella buscó un papel en el bolso y escribió su dirección y su número de teléfono.

—¿Te importaría llamarme si la llegas a verla por aquí? —le pidió, segura de que él la invitaría a entrar para beber una taza de té.

—Con mucho gusto —respondió Charles con una sonrisa.

Annie le dio las gracias pensando que el hombre era encantador; él se acercó para despedirse con un beso en la mejilla. Antes de terminar de bajar la escalera, ya estaba pensando en Harriet otra vez. Echó una mirada alrededor, pero lo único que vio fue el elegante auto que le llevó hasta allí. ¡Dios Santo! Se había olvidado de Beverly.

¿Por qué se habría quedado? Por la fría expresión de su rostro, la espera no le había causado ningún placer. A Annie le hubiera gustado pasar a su lado, pero el pensamiento de que se sentiría humillada si ella la seguía con el auto, la hizo acercarse a la ventanilla del conductor.

La ventanilla bajó lentamente.

—¡Entra! —le ordenó Beverly.

—Yo… —balbució, luego miró a lo lejos.

Los ojos se le iluminaron a ver que Charles la saludaba con la mano y le sonreía. Ella también le sonrió y lo saludó con la mano. Rodeó el auto y subió. Beverly arrancó el motor y comenzó a rodar. Cuando llegó a la esquina, Annie había recuperado un poco la compostura.

—No… No he acabado todavía —le informó, tan calmada como pudo.
Beverly volteó a mirarla con un gesto duro.
—¿No ha sido suficiente? —le preguntó con un tono impaciente.

## Capítulo 12

A Annie le dieron ganas de pegarle.

—Tomaré un taxi —respondió.

Beverly no le prestó atención.

—Y ahora, ¿a dónde?

Ella inspiró profundo. Ya sabía que perdería el trabajo, así que ¿qué más daba?

—¿Podría hacerme el favor de dar la vuelta a la manzana?

Su jefa no le preguntó por qué.

—Extraño —comentó en su lugar.

Si ella no hubiese necesitado el trabajo con desesperación, la habría mandado al infierno, pero lo precisaba, así que se quedó callada. Mientras Beverly conducía, ella recorría con la vista las aceras, intentando parecer tranquila.

Minutos después volvieron al punto de partida. Su jefa volteó a mirarla.

—¿Otra vez? —preguntó, irónica.

—¿Me llevaría a casa? —pidió, al no ver señales de Harriet. Sospechó que sería una pérdida de tiempo decirle de nuevo que la dejara tomar un taxi—. ¿Podría conducir despacio, por favor?

—¿Te sientes mal? —preguntó, dirigiéndole una mirada.

Annie decidió ignorarla. Bruja sarcástica.

Beverly disminuyó la velocidad. No tardaron en acercarse a la zona donde Annie había vivido. Ella seguía recorriendo todo con la vista.

—¡Detente! —gritó al divisar a Harriet mirando una enorme moto aparcada en la orilla de la acera.

—¿Qué...?

—Lo siento —era tanto su alivio que se hubiese disculpado cuarenta veces—. ¿Podrías parar, por favor? —le pidió, más calmada.

Apenas Beverly encontró un sitio donde pararon, Annie salió del auto y se dirigió apresurada hacia donde se hallaba Harriet. Pero luego, para no asustarla, redujo el paso.

—Hola, Harriet —la saludó con calma al acercarse.

—Hola, querida —respondió la anciana, casi sin levantar la vista, ni inmutarse por su presencia—. Es una Harley-Davidson. ¿No es una maravilla?

—Hermosa —respondió Annie, Aunque jamás le interesaron las motocicletas.

Ella estaba a punto de sugerirle con delicadeza que se fueran, porque aunque ya no había nieve, seguía haciendo frío, cuando se dio cuenta de que tenían compañía. Alta, atractiva y sin articular palabra, su jefa se les acercó. ¿Por qué no se quedó en el auto? No se le ocurrió nada en ese momento; además, tenía que ser educada.

—Harriet —dijo, para distraer la atención de su querida abuela de la moto—, esta es Beverly Campbell. Emmm, Bever… Beverly —le resultaba imposible mirarla. Sintió que sus posibilidades de conservar el trabajo eran cada vez remotas—, esta es mi abuela política, la señora Harriet Wolf.

Si ella tenía buenas maneras, las de Beverly fueron impecables al extender la mano y estrechársela a Harriet.

—¿Me permite que la lleve a algún lado? Tengo el auto aquí mismo —le ofreció con una exquisita amabilidad.

—¿Usted es amiga de Annie? —le preguntó Harriet.

—Nos vemos mucho —respondió Beverly con una encantadora sonrisa antes de mirar a Annie, que todavía no se atrevía a verla a los ojos.

—¿No es su novia?

Annie casi se desmaya por la indiscreción de Harriet. Su rostro se puso de todos los colores posibles.

—Harriet, vas a resfriarte si nos quedamos en la calle… —dijo antes de que Beverly pudiese responder.

—No —le respondió la anciana con una sonrisa—. Recordé lo que me dijiste el sábado sobre abrigarse bien, así que me puse un montón de cosas —dijo mirándose las prendas que llevaba puestas.

—¿Usted estaba Anna el sábado por la noche? —le preguntó Beverly con verdadero interés.

Annie sintió que sus impetuosos instintos la volverían a dominar, aunque no supo explicarse para qué su jefa quería saber eso.

Pero parecía que Harriet no estaba con deseos de responder preguntas.

—¿Tiene usted hora? —le preguntó—. Me parece que tengo hambre —y sin esperar que le respondiera, añadió—: Creo que volveré.

—Yo te llevaré, tesoro —dijo Annie con dulzura. Si llevaba alrededor de dos horas en la calle, de seguro estaría muy cansada.

Beverly tomó a la señora del brazo, haciéndose cargo de la situación.

—Mi auto es el negro de allí —señaló, llevándola hacia él—. ¿Dónde vive?

—A unos cinco kilómetros de aquí —respondió Annie por ella.

Cuando abrió el auto, ya fuera por cortesía hacia la anciana o porque estaba harta de Annie, Beverly ayudó a Harriet a sentarse en el asiento delantero.

Annie se sentó detrás.

—¿Tiene usted motocicleta? —le preguntó Harriet a Beverly.

Las dos se enzarzaron en una conversación sobre el amor que la anciana le tenía a las motos. Cuando llegaron a Heaven House, Beverly volvió a tomar las riendas de la situación, así que Harriet entró de su brazo a la residencia. Al llegar al vestíbulo, la anciana la invitó a que pasase a tomar una taza de té cuando quisiese.

Después que Annie se despidió, sospechó que la anciana se estaba haciendo la despistada con toda la intención.

—Eres demasiado buena para esa Thesa —le dijo Harriet con afecto—. ¿Te piensas casar con ella?

—Te lo diré cuando me lo pida —respondió y le sonrió.

—Adiós, querida. Hasta el sábado.

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación? —ofreció, deseando ayudarla a quitarse el abrigo, la chaqueta y la bufanda, pero apreciando a la vez el espíritu independiente de Harriet.

—No, gracias, querida. Quiero ir a conversar un poco con otra de las residentes —respondió —. Muchas gracias por traerme —le dijo con cortesía a Beverly.

—¡Señora Wolf! ¡Nos tenía tan preocupados! —exclamó con cariño una de las empleadas de la residencia al verla.

—No era necesario, cariño —dijo Harriet von voz clara y firme mientras se dirigía a buscar a su amiga—. He estado con mi nieta y su prometida.

Annie se puso colorada como un tomate. Le resultó imposible mirar a Beverly para ver cómo se tomaba la novedad de que ella, una sagaz mujeriega, estaba comprometida con una mujer que

le arruinaría por completo el estilo.

Annie se metió en el auto automáticamente porque ella le sujetaba la puerta abierta. La alegría de oír por primera vez a Harriet llamarla nieta fue empañada por las circunstancias.

—Lo siento muchísimo —dijo en cuanto Beverly ocupó su lugar detrás del volante. La voz le salió como un graznido—. Harriet… a veces se confunde un poco. Ella…

—No te preocupes.

Annie se quedó más tranquila, pero comenzó a temer lo peor cuando, en lugar de dirigirse a la oficina, el auto tomó rumbo hacia su casa. Llevándola a casa, Beverly le indicaba que ya no había sitio para ella en la empresa. Allí se acababa todo. La echaba, la despedía.

Beverly frenó frente al viejo edificio donde ella vivía. Quizás debería despedirse, pero no le salía la voz. Sin pronunciar una palabra, se bajó del auto y se dirigió hacia la puerta de entrada, buscando las llaves en su bolso.

Annie se sobresaltó cuando, al llegar a la puerta, Beverly le quitó el llavero y abrió la puerta. Luego, empujándola, le indicó que entrara.

—Me debes una taza de café, ¿recuerdas? —le dijo con calma.

Entonces Annie lo comprendió todo. Ella quería despedirla verbalmente. Ya había comprobado que su jefa tenía una excelente educación, si dejaba de lado hecho de que era una mujeriega cuando se trataba de las esposas de sus amigos. Tal vez no quería despedirla en medio de la calle.

—Pasa —la invitó su jefa, entrando ella primero.

Beverly cerró la puerta del apartamento mientras Annie hacía un esfuerzo por no pensar en su peligrosa situación económica o en que lo más probable era que no le diese una carta de recomendación.

—¿Quieres sentarte? —le ofreció Annie, cuando llegaron al confortable salón.

—Después de ti —respondió. Annie se dio cuenta de que su jefa se encontraba tan interesada en una taza de café como ella. Tampoco tenía intenciones de perder más tiempo. Tomó asiento en silencio y se preparó para ser despedida—. ¿Toda la entrevista fue mentira? —le preguntó Beverly tomando asiento frente a ella.

Los ojos verdes se clavaron en los suyos.

—Mis estudios son verdaderos —respondió.

—Pero no el motivo de tomar trabajos temporales después que Foster Trading cerrara —dedujo Beverly.

Annie no quería ser más deshonesta con ella. Se dio cuenta de que no era necesario. Había descubierto su compromiso con Harriet, su mentira, y ahora recibía su merecido.

—No —respondió al fin.

—¿Tus empleos después de Foster Trading siempre acabaron en despido? —le preguntó.

¿Cómo lo sabía?, se preguntó.

—Se convirtió en hábito —le respondió sin poder mirarla a los ojos.

—No tengo quejas de tu trabajo —señaló ella, ignorando su tono—. Dijiste que eras buena y lo eres.

El reconocimiento la sorprendió y debilitó a la vez.

—No siempre me despidieron —aclaró—. A veces me fui yo.

—Ya sé que tienes un temperamento del demonio, pero ¿podría decirme por qué, si necesitas el trabajo, dejas que te domine?

Beverly era una mujeriega, así que no podía decírselo justo a ella.

—No —respondió—. Prefiero que no.

—Entonces, te lo diré yo —dijo—. Te echaron, en su mayoría, por ausentismo y una terrible impuntualidad.

—¡Lo adivinó! —exclamó con ironía.

Beverly negó con la cabeza. Se mantenía seria.

—Lo tengo por escrito —señaló—. El departamento de personal pensó que sería interesante que viera tus referencias.

—¿Desde cuándo?

—Las últimas llegaron el viernes. Según Scott & Wonder, demostraste ser una grosera al…

—¡¿Grosera?! —explotó—. El hijo del dueño estaba todo el tiempo insinuando, sin que yo le alentase en lo absoluto, que él y yo podríamos hacer cosas más interesantes fuera de la oficina que dentro. Cuando me acorraló e intentó tocarme, por supuesto que fui grosera —ella miró a Beverly furibunda—. Le pegué y salí corriendo y no volví. Lamento haberte mentido, pero…

—¿Te viste forzada a ello? —le preguntó ella con un tono suave.

—Por lo general, no miento, pero las circunstancias estaban en mi contra —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Y también sientes haber mentido sobre el motivo por el que dejaste los otros empleos? —la retó. Los ojos verdes brillaban de una manera increíble.

—Sí, también lo siento —se disculpó—. Cuando me preguntaste si tenía otros compromisos te dije que no —explicó—. No es que piense que mi abuela sea un compromiso —se apresuró a aclarar—. Sentí que si decía que sí, no tendría ninguna posibilidad de conseguir el trabajo.

—¿La señora es toda tu familia?

—Sí —reconoció en voz baja.

—¿Y ella es la razón de tu impuntualidad y el motivo por el cual llegaste tan tarde el viernes pasado?

Annie asintió.

—Pensé que estaba mejor. Harriet comenzó a estar un poquito mal después de que su hijo, mi padrastro, muriese —explicó—. Pero, últimamente, está mucho mejor. Desde que vive en Heaven House y está acompañada todo el día, parece que se encuentra en mejores condiciones.

—¿Hace poco que vive allí?

—Sí —respondió—. Se supone que tiene que apuntar en el libro a dónde va, pero el viernes, y otra vez hoy, se olvidó de hacerlo.

—¿Y por eso te llamaron?

—Sí. A veces se vuelve a nuestro antiguo apartamento.

—¿Al primer piso donde fuimos?

—Como pudiste ver, no estaba allí.

—¿Y quién era el portero besucón? —preguntó con un tono brusco.

—¿Te refieres a Charles?

—No fuimos presentados —señaló.

—Charles es un antiguo vecino. Le pedí que me llamase si mi abuela aparecía por allí.

—¿Cuánto hace que te mudaste de ese piso?

—Hace poco —respondió, comenzando a sentirse incómoda. Decidió que no respondería más preguntas de su jefa.

Beverly la estudió unos minutos. Le demostró que podía deducir lo que ella no le quería contar.

—Te cambiaste a la vez que la señora se fue a vivir a la residencia —decidió.

—¿Y? —cuestionó, desafiante.

—Así que dejaste tu hogar porque de ese modo podrías pagar la residencia de tu abuela si te mudabas a un sitio más barato.

—Estás equivocada —la interrumpió, poniéndose de pie. Miró los hermosos muebles de su madre—. Las paredes son distintas, pero sigo teniendo la casa en la que crecí. Y para que lo sepas, Harriet tiene su propio dinero con el que paga la residencia.

—¿Suficiente dinero? —preguntó, poniéndose de pie también. La miró desde su altura—. ¿No la ayudas en lo absoluto? —la retó una vez más.

¡Bruja!

—Te acompañaré hasta la puerta —fue lo único que se le ocurrió decir. Dio unos pasos, pero Beverly no se movió. Parecía que el interrogatorio aún no había terminado.

—¿Quién es Vanesa? —preguntó, con los ojos entornados.

—¿Vanesa? —la pregunta la tomó por sorpresa e hizo que se olvidase de su enfado.

—La mujer con que quizás te cases.

—¡Ah! —exclamó al comprender a quién se refería—. Thesa —corrigió—. Su nombre es Thesa, no Vanesa. Thesa me llevará a buscar el auto esta noche —explicó, mientras seguía caminando hacia la puerta.

—Será mejor que la llames para cancelar ese compromiso —dijo Beverly, haciéndola detenerse.

No tenía la menor intención de seguir obedeciéndole.

—¿Y por qué crees que haría algo por el estilo?

—Porque hoy tienes que recuperar las horas que hemos perdido, y no querrás tenerla esperando, ¿no? —esbozó una sonrisa que a Annie le gustó—. Yo te llevaré a buscar el auto cuando terminemos.

## Capítulo 13

Annie, increíblemente aliviada de que Beverly no la hubiera despedido, llamó a Thesa para decirle que, después de todo, su ayuda no sería necesaria. Luego trató de concentrarse en su trabajo, pero no podía evitar pensar en su jefa.

Beverly le gustaba otra vez, aunque no deseaba una repetición del interrogatorio que le hizo. Sin embargo, reconocía que había sido necesario, ya que ella no podía tener a nadie en el despacho, que no fuese digno de su confianza. Esperaba que ahora que sabía todo y las razones por las cuales le mintió, supiese también que era digna de confianza. Esperaba que sí.

No obstante, seguía sin comprender por qué para ella era tan importante, pues Beverly era la reina de las deshonestas con Noah Carpenter.

Martha interrumpió sus pensamientos.

—Son las cinco —le anunció—. A menos que necesites ayuda con algo, creo que me iré.

Annie le sonrió.

—Vete tranquila, estoy bien —le aseguró.

—¿Te acuerdas de que tengo cita con el médico mañana por la mañana y no vendré hasta las once?

Ella asintió tranquila, pues se sentía segura de saber manejar todo después de varias semanas trabajando allí. Martha se fue sin preocupación alguna.

Durante las siguientes dos horas y media, Annie se concentró en el trabajo. Sintió cierto ardor de garganta y estornudó un par de veces, pero no lo prestó mayor atención. Se sentía liberada al no tener que seguir escondiendo la existencia de Harriet. Con un poco de suerte, la anciana volvería a la normalidad.

Se hallaba ordenando su escritorio cuando Beverly salió del despacho.

—¿Falta mucho? —le preguntó con un tono amable.

—Acabo de terminar —respondió con el mismo tono.

Poco tiempo después, hacían el mismo camino que ella recorrió el viernes anterior, solo que la diferencia en las condiciones atmosféricas eran sorprendentes.

—Por cierto, sacaron tu auto de la nieve —le informó su jefa cuando salían de la autopista.

—¿Te ocupaste tú de eso?

—Me pareció que era lo mínimo que podía hacer, dado que arriesgaste tu vida por mi culpa —en la oscuridad su voz sonó como si ella estuviese sonriendo.

Eso le gustó a Annie.

—Al ver los caminos ahora, nadie pensaría en la pesadilla que era el viernes pasado —comentó.

—Pero la policía montada logró llegar —bromeó su jefa.

Annie sintió que los latidos del corazón se le aceleraron de gusto.

Encontraron el auto aparcado en la vereda del camino; al parecer, en perfectas condiciones. Beverly se quedó junto a ella cuando se subió al vehículo y lo arrancó a la primera.

—¿Qué te parece? Buen motor, ¿eh? —comentó feliz por la ventanilla.

Beverly se inclinó hacia ella. Annie pensó que lo había hecho para escuchar el motor, pero ella se quedó mirándola.

Ella se quedó hipnotizada.

—¿Sabes una cosa, Anna Landon? Creo que eres una persona encantadora —cuando le acercó los labios a su boca, Annie no pudo reaccionar. Fue un beso tierno y rápido, que no le dio

tiempo a protestar cuando ella se enderezó—. Conduce con cuidado, Annie.

Ella necesitó cinco minutos de camino para poder reaccionar. ¡Estúpida, más que estúpida! Pensó que la amante de Beverly vivía a pocos metros de donde encontraron el auto. Seguro que la estaba besando a ella en ese momento. Ojalá también pudiera decir de ella que era una bellísima persona.

Pero a la mañana siguiente, Annie descubrió que también podría decir lo mismo de Beverly Campbell.

***

Annie se levantó con fiebre; estornudó varias veces y pronto la cabeza le comenzó a doler. Se sentía morir, pero de igual manera se arrastró hasta la oficina. Acababa de llegar cuando su jefa llamó por el intercomunicador.

—No me pases ninguna llamada durante una hora —le ordenó.

O tenía algún alto ejecutivo con él o trabajaba en algo muy complejo, dedujo.

Durante la siguiente media hora, Annie tomó varios recados, hasta que Helen Carpenter llamó para hablar con Beverly. ¡Dios Santo! ¿Y ahora qué hacía?

—Lo siento, señora Carpenter, pero la señora Campbell pidió que no se le interrumpiese—. ¿Puedo…?

—No te preocupes —Helen parecía alegre y con ganas de charlar—. La casa está tan vacía ahora —se lamentó la mujer—. El último de los invitados se fue esta mañana. Es la primera oportunidad que tengo de hablar con Beverly. ¿Cómo estás tú, por cierto? ¿No te enfermaste por la gran mojadura del viernes?

—No. Estoy bien —respondió Annie, consciente de que tenía la voz ronca. Hizo lo mejor que pudo para disimularlo—. Muchas gracias por alojarme esa noche —añadió cortésmente. Agradeció a Beverly que no le hubiese contado de la intoxicación que le hizo vomitar la cena—. Estoy segura de que su fiesta fue un éxito. Yo…

—Con Beverly organizándolo, no podía ser de otra forma —la interrumpió Helen.

—¿Beverly?

—¿No lo sabías? Se tomó tantas molestias… Nunca hubiera podido darle la sorpresa a mi marido si Beverly no hubiera… —se interrumpió, pero luego retomó el tema—. Quería hacerle un cumpleaños sorpresa. El mejor de su vida —le confió—. Cumplía cincuenta. Estaba de lo más deprimido. Pobre cielo. Supongo que a mí me sucederá lo mismo cuando los cumpla. Y como tiene la oficina en casa, yo sabía que no tenía la más mínima oportunidad de mantener el secreto si mandaba las invitaciones. Hubo varios momentos en que pensé que nos descubriría. Clara casi echó todo a perder cuando llamó aquí en vez de llamar Beverly, pero por suerte Noah no se dio cuenta.

—¿La fiesta… fue una sorpresa para su marido? —preguntó Annie con la voz ahogada que no tenía nada que ver con el constipado.

—¡Total! —respondió Helen con evidente alegría—. El encanto de mi marido se quedó de piedra. Pensaba que lo celebraríamos tranquilamente en casa. Pero los amigos fueron apareciendo uno tras otro.

¡Por lo que parecía, Helen adoraba a su marido y no lo hubiera pasado por la cabeza engañarlo!

—Me alegra mucho —fue lo mejor que se le ocurrió decir, mientras fragmento de conversaciones y las interpretaciones que hizo de ellas le daban vueltas en la cabeza.

—¡Oh! Yo también. Noah dijo… —de repente, Helen se detuvo—. Te estoy interrumpiendo, perdona. Todo salió tan bien que podría… —se interrumpió de nuevo—. Ya corto —dijo con firmeza—. No es necesario que le digas a Beverly que llamé. Me comunicaré con ella más tarde cuando esté menos ocupada. Aunque Noah dijo que él… De acuerdo —dijo otra vez—. Adiós, Annie.

—Adiós, señora Carpenter.

¡Dios Santo! Quería morirse. Estornudó, pero su deseo de morir no tenía nada que ver con el resfriado. ¡Qué precipitada había sido al juzgar a Beverly! ¡Pensar que creyó que tenía una aventura! Por lo visto, probablemente porque pensó que estarían hartos de invitados, la noche anterior ni había pasado por la casa de los Carpenter.

Recordó los trozos de conversación que la condujeron a conclusiones tan equivocadas que ahora deseaba que la tierra se la tragase. “No tiene que saber que llamo”... “Probablemente sospecha”... “No creo que se divorcie de ti”, aseguró Beverly con confianza. ¿Qué hombre se divorciaría de una mujer cuyo único crimen fue organizarle una maravillosa fiesta para levantarle el ánimo porque cumplía cincuenta años?

Annie jamás se sintió más culpable en su vida. Hasta la promesa de hablar en el teatro tomó un nuevo sentido bajo la luz de la nueva información. No había sido un encuentro entre dos amantes, sino un momento para tranquilizar a Helen antes de que llegara el día de la fiesta.

Solo que ella, como idiota, interpretó todo mal. Trató de encontrar alguna justificación. Puede que Beverly no tuviese una aventura con la mujer de su amigo, pero seguía siendo una mujeriega. Bastaba contar el número de mujeres que la habían llamado: María, Patricia y Laura, sin contar a Clara…

¿Clara? ¿La Clara Porter que mencionó Helen? ¡Virgen Santísima! ¿Sería todas esas amigas de los Carpenter las que llamaron para confirmar que irían a la fiesta?

## Capítulo 14

¡Lo mejor sería que se disculpara cuanto antes! Cuántas conclusiones equivocadas había sacado. Tenía que aprender a ser menos prejuiciosa.

Annie ensayó su discurso varias veces, a pesar de que estaba estornudando bastante. De pronto, la puerta de intercomunicación se abrió para dar paso a Beverly. Ella le miró la nariz roja y los ojos llorosos. Dio un paso atrás cuando Annie agarró un pañuelo de papel para estornudar otra vez. Luego ella la miró, su jefa le sonrió, haciendo que se olvidara por completo de la disculpa.

—Bien, señorita sabelotodo —dijo Beverly intentando ocultar la sonrisa de burla que se le asomaba—. Creí que no podía resfriarse al mojarse. Pensé que era un dato científico que…

—¡Hay un virus dando vueltas! —se defendió con la voz totalmente ronca.

—Te vas a casita —decidió, haciendo que, de inmediato, Annie se enfadara.

—¡No! —protestó. Pero cuando volvió a estornudar Beverly agarró el abrigo y se lo sostuvo para que se lo pusiera.

—¿Quieres que Martha se contagie? ¿No te parece que tiene bastantes problemas con su embarazo?

¡Bruja!, pensó Annie, pero se puso de pie.

—Los mensajes —farfulló, señalando su libreta de notas. Se le habían acabado las ganas de disculparse.

Inesperadamente, ella se olvidó de todo, un escalofrío le recorrió la espalda cuando Beverly le tocó la nuca mientras le levantaba el cabello.

—¡Estás hirviendo! —exclamó mientras Annie se separaba de golpe—. ¿Podrás conducir? —le preguntó, preocupada por su estado.

—¡Tengo un resfriado, no neumonía!

Su jefa entornó los ojos.

—Asegúrate de que no llegue a ese punto. No quiero tu neumonía en mi conciencia.

Annie la miró; se dio se cuenta de que, en realidad, no tenía nada en su conciencia. Entonces a ella volvió la culpabilidad de ser prejuiciosa, así que comenzó a disculparse.

—Beverly…, yo… —se interrumpió. Rápido agarró un pañuelo y estornudó.

—Vete a casa y métete en la cama. ¡Y quédate allí! —le ordenó.

De repente, a Annie esa le pareció la mejor idea del mundo. Recogió sus cosas bajo la mirada atenta de su jefa y se fue.

***

Annie se pasó el resto del día en la cama. Despertó el miércoles con una terrible constipación de nariz, pero nada más. Si no hubiera sido por Martha, habría ido a la oficina.

Se quedó en casa y tuvo una larga, aunque disparatada, conversación con Harriet. Por la tarde apareció Thesa, pero solo se quedó un rato. Ni ella quería su compañía, ni su vecina contagiarse.

Martha la llamó el jueves por la mañana. Para entonces, la ronquera de Annie se había transformado en graznido.

—No trates de hablar. Ya oigo cómo estás —le dijo Martha.

—¿Y tú?

—Mucho mejor que tú, créeme —le aseguró.

Ambas rieron. Conversaron unos minutos más, mientras Martha la ponía al tanto de algunas cosas. Poco tiempo después de despedirse de ella, el teléfono volvió a sonar.

—¿Necesitas un doctor? —le preguntó Beverly sin preámbulos.

—¡Por Dios, no! —exclamó, mientras el corazón le daba un vuelco—. Me daría vergüenza —dijo con firmeza, aunque la voz le salió como un graznido y un estornudo la interrumpió.

—Parece que estás horrible.

—No sabes lo guapa que estoy.

—Sí que lo sé —afirmó Beverly.

A Annie se le atascaron las palabras. El silencio llenó la línea durante unos segundos, hasta que Beverly se despidió y ella apenas alcanzó a decir adiós.

Annie se arrebujó en el edredón. Estaba horrible y lo sabía. Cerró los ojos, tosió, estornudó durante un buen rato. Terminó sentada en la cama. Se sentía con deseos de dormir durante una semana, pero la tos se lo impedía.

Una hora más tarde, llamaron a la puerta. Annie estuvo a punto de no responder, pero llamaron otra vez. Se puso una bata de seda y fue a abrir.

La cara, que la tenía ruborizada de por sí, se le puso más roja todavía.

—¡Me mentiste! —la acusó Beverly. Era verdad, no estaba guapa. Annie le dio la espalda y se dirigió al salón—. Siéntate antes de que te desmayes —le ordenó. Puso los paquetes que traía sobre una mesa—. Pasé por la farmacia —anunció.

Annie estaba no solo sorprendida por la vista de su jefa, sino también por su gesto. Vio los medicamentos; los que necesitaba con urgencia. De repente sintió ganas de llorar.

—Hace años desde… —se interrumpió, porque necesitó hacer un esfuerzo para tragar.

Beverly la miró con interés.

—¿Desde qué? —Annie negó con la cabeza—. ¿Desde que alguien te cuidó un poco? —preguntó con dulzura.

—Estoy desvariando —comentó, buscando hacer un chiste. Su jefa la estudió durante un momento—. ¡Oh, Beverly! —murmuró arrepentida—, te debo una disculpa.

—¿Qué hiciste?

—Nunca tuviste… Nunca tuviste una aventura con Helen. Yo… —tragó saliva— nunca tuve que haber pensado eso. Cuando la señora Carpenter llamó el lunes, se refirió a tu parte en su fiesta sorpresa para su marido… Me siento muy mal.

—Elegiste el momento adecuado —le respondió Beverly—. En cualquier otro instante, te hubiera dicho unas cuantas verdades sobre llegar a conclusiones precipitadas. Pero con solo mirar esa nariz, que es la última moda en rojo y esos ojos hinchados, me desarmaste.

Annie bajó la cabeza y sonrió.

—Eres más considerada de lo que merezco —dijo con un tono de voz triste.

Beverly ladeó la cabeza. Su mirada se tornó tierna.

—Lo que no entiendo es cómo te las arreglas para estar tan atractiva con esa cara —dijo.

—Debe ser la ronquera —rio—. ¿Te parece que estoy desvariando? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—¿Sientes que estás desvariando?

—Siento como si… me gustaras.

Los ojos de Beverly se entornaron. La miró largamente. Luego, de repente, le sonrió.

—Tendré que traerte jarabe para la tos más seguido —comentó, poniéndose de pie—. ¿Tienes comida?

—Más que suficiente. Harriet y yo hacemos comida para congelar los fines de semana.

Su jefa asintió, conforme con esa información. Ambas se quedaron mirando, con el silencio

envolviéndolas, como siempre solía ser entre ellas. Eran sus ojos los que hablaban.

Fue Beverly quien decidió ser cauta. Annie estaba enferma, así que no podía tomar partido de eso.

—Que te mejores —le dijo y se fue. Aunque no deseaba irse.

***

Annie no se la pudo quitar de la cabeza durante el resto del día. Y tampoco al despertar la mañana siguiente. Se sentía mucho mejor. La amabilidad de Beverly al llevarle los medicamentos la emocionó mucho. Y también apreció que no la regañara cuando se disculpó por sus erradas conclusiones.

Beverly seguía en su cabeza cuando la llamó por la tarde.

—¿Cómo está mi segunda mejor secretaria?

—Qué amable al llamar —dijo, sin detenerse a pensar por qué estaba tan contenta de oírla.

—Parece que estás mejor.

Annie sonrió.

—Lo estoy. Estaré en la oficina el lunes.

—Solo si te sientes bien —decidió su jefa—. Y tendrás que tomártelo con calma este fin de semana.

—Sí, doctora —masculló ella, aunque con un tono burlón.

Beverly rio y para ella fue como música. El corazón se le agitó.

—Espero que no hayas planeado nada disparatado para este fin de semana.

—Nada demasiado loco —se encontró Annie confiándole—. Mañana tenía la intención de llevar a Harriet al Museo de la motocicleta.

—No estás recuperada todavía —objetó Beverly.

En otro momento, Annie se habría molestado por su comentario, pero el resfriado la había suavizado.

—Supongo que podría mandar un taxi a buscarla y dejar el viaje para la semana que viene.

—¿Y por qué no me dejas que la lleve yo?

Annie se quedó boquiabierta unos instantes.

—No lo puedo permitir —fue su primera reacción—. ¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Porque mi responsable secretaria se está poniendo nerviosa porque no puede ir a ver cómo está su abuela. Y resulta que da la casualidad que pasaré por esa zona mañana y tengo una media hora libre.

—Pero… no puedo permitir… —comenzó a protestar.

—Y también porque la señora me invitó el lunes pasado a que fuese a tomar una taza de té cuando quisiese.

—Sí, pero…

—¿Por qué discutes? —le preguntó con un tono de broma.

Annie frunció los labios.

—Es parte de mi naturaleza. Debo estar mejorando.

Beverly rio.

—Abrígate bien —le ordenó—. Fuera hace un frío para morirse —dijo antes de despedirse y acabar la llamada.

El sábado por la mañana, Annie se sentía recuperada, así que decidió que le dedicaría tiempo a Harriet. Cuando la llamó, esta no quiso que le llevase a ninguna parte.

—No has estado bien —alegó la anciana—. Además, esta noche tenemos una función. Son aficionados, por supuesto, pero nos ofrecen su tiempo libre. Me parece que lo menos que podemos hacer es escucharlos.

—Beverly Campbell, mi jefa —enfatizó, pues no fuera a ser que Harriet siguiera pensando que Beverly era su prometida—, quizás te vaya a ver hoy en algún momento.

—¡Qué bien! —respondió la anciana. Para probar que su memoria estaba bien, como siempre, añadió—: La invité a pasar cuando quisiera.

Annie se sintió mucho mejor después de la llamada; incluso, sintió que recobraba el apetito. Decidió dar un paseo hasta la tienda de la esquina a comprar un poco de fruta, verdura y leche.

Tal como Beverly le dijo, hacía muchísimo frío; regresó poco después y fue un placer volver a su casa. Annie pensó en llamar a Harriet para preguntarle si Beverly había ido a visitarla, pero decidió esperar al día siguiente.

En cuanto se hizo la hora en que consideró que su abuela estaría despierta, la llamó. Se llevó la sorpresa de su vida.

—¡Pasamos un día fenomenal! —le dijo Harriet, entusiasmada en cuanto le preguntó.

Durante un segundo Annie pensó que la memoria le fallaba de nuevo.

—¿Día? Emmm… ¿Fue a tomar el té o el café?

—No tuvimos tiempo cuando llegó. Tomamos café por el camino y comimos al llegar. ¿Sabías que su padre es coleccionista de autos antiguos y tiene varios?

Annie comenzó a preocuparse seriamente.

—¿Dónde comieron? —le preguntó.

—En el museo.

—¿En el museo? ¿Cuál? ¿El de las motos?

## Capítulo 15

—Por supuesto —respondió Harriet—. Fue maravilloso.

Su abuela se explayó hablando un rato sobre las motos que vio en el museo.

Annie quedó aturdida tras acabar la conversación. No sabía qué pensar. Se sentía recuperada; ya no tenía dolor de garganta y, en realidad, había llamado a Harriet para invitarla a comer, pero se le olvidó por completo. ¿Beverly la habría llevado en realidad o la pobre se lo imaginó?

Annie se puso a calentar lo que había sacado de la nevera con la mente hecha un lío. Sabía el número de teléfono de la casa de su jefa. ¿Debía llamar? Se sentía lo suficientemente preocupada para hacerlo, pero a la vez abrigaba una timidez terrible.

Después de pensarlo un rato más, se dirigió al teléfono varias veces, pero solo cuando se convenció de que lo más probable era que Harriet se hubiese imaginado todo y que tendría que buscarle ayuda especializada pronto, se decidió a hacerlo.

Llamó, pero no hubo respuesta. Se imaginó que Beverly estaría comiendo con algunas de las mujeres que conocía. ¿Qué le sucedía, que se sentía tan mal al imaginarlo? ¡Virgen Santa!

Lo que le sucedía era que estaba sin hacer nada, decidió. Se fue a la cocina a pelar unas papas para ponerlas a cocer. Luego preparó unas pechugas de pollo y algo de brócoli. En ese momento, llamaron a la puerta.

Pensando que era Harriet, se apresuró a ir a abrir. Su día era de sorpresas. Beverly estaba en la entrada.

Annie abrió la boca y luego la cerró. Su jefa entró a su apartamento.

—Veo que te levantaste —comentó con cierto tono de reprobación.

—Acabo de llamarte.

—¿Ah, sí? ¿Para qué? —se interesó—. Algo huele bien —dijo, olisqueando el aire.

—No te gustará.

—¿Siempre eres así de hospitalaria?

—Quédate a comer, entonces —la invitó de mala manera.

Annie casi se cae de bruces cuando ella aceptó. Dejó a Beverly en el salón mientras iba a mirar las papas.

—¿Qué querías? —volvió a preguntar, yendo tras ella.

¿Por qué la llamó? Le resultaba difícil preguntarle si había llevado a Harriet al museo. Sabía que fue amable con ella cuando la dejaron en la residencia el lunes. Y también cuando le llevó los medicamentos. Pero ¿habría sido tan amable de haberla llevado al museo? Lo dudaba.

—Llamé a Harriet esta mañana… —comenzó a decir.

—Está mucho mejor de lo que yo pensaba —comentó Beverly. Sus ojos verdes estaban fijos en los castaños que brillaban de pura ansiedad—. Estás mucho mejor. Recuperaste tu belleza por completo.

Por un momento Annie se quedó en blanco. ¿Estaba tomándole el pelo? Si era sincera, deseaba que ella la encontrara hermosa. Los ojos de Beverly parecían sonreír mientras esperaba su respuesta.

—Es un don —dijo bromeando—. ¿Fuiste a Heaven House ayer? —por fin se atrevió a preguntarle.

—Me pareció una pena desilusionar a Harriet.

Annie se ruborizó al adivinar cómo sucedieron las cosas en realidad.

—Cuando llegaste ella creyó que era para llevarle al museo, ¿no? Dios mío —se tapó la cara

con las manos—. ¡Me muero de vergüenza!

Beverly rio.

—No te creo —dijo con un tono divertido—. ¿Qué hay de comer?

Pero Annie no se dejó distraer.

—Un momento. Fuiste a verla con la intención de quedarte media hora, pero Harriet...

—Me lo pasé muy bien. Los conocimientos de tu querida Harriet sobre mecánica son asombrosos. Conversamos todo el viaje —le dirigió una mirada—. ¿No estará ya esa pechuga? —preguntó mirando hacia la estufa.

Aunque Beverly era su jefa y se había autoinvitado, la comida no resultó lo desagradable que podría haber sido, ya que, excepto por la mención del viaje a Londres que tenía planeado para dentro de dos semanas, el trabajo no se mencionó en absoluto.

Beverly derrochó el encanto que sabía que tenía, aunque nunca estuviese dirigido a ella.

—¿Tu padre era científico? —le preguntó su jefa.

¡Harriet había estado hablando más de la cuenta!

—¿Tu padre tiene varios autos antiguos? —Annie le devolvió la pelota.

Le encantó cuando Beverly estalló en carcajadas.

—¿Te acuerdas de tu padre? —le preguntó con delicadeza unos minutos más tarde—. Tenías diez años, ¿verdad?

En Annie se dibujó una dulce sonrisa mezclada con pesar.

—Mi padre era un hombre muy pacífico —cedió ella—. Silencioso, preocupado por su trabajo, pero también dispuesto a escucharme.

—Igual que tu padrastro —adivinó la otra mujer.

—Andy era adorable, pero exactamente lo opuesto a mi padre.

—¿No se preocupaba tanto por su trabajo?

Annie se preguntó cuánto habría hablado Harriet.

—Era divertido —respondió, evadiendo un poco la pregunta.

—¿A qué se dedicaba?

—Estaba… siempre… ocupado —intentó evadirse.

—Era jugador. No te pongas nerviosa —le pidió—. Yo no hice preguntas. Harriet dijo que hacía días que no tenía una conversación decente. Habló de todo lo que se le ocurrió de camino al museo. Según ella, su hijo vendió muchas de las antigüedades de tu madre.

—Pero me quedan algunas piezas todavía. Nos las hemos arreglado…

Beverly estudió sus ojos, como si intentara adivinar lo que en realidad sentía respecto al tema.

—Me da la impresión de que siempre te las arreglarás. Te mudaste de una zona mucho mejor cuando lo consideraste necesario.

—Tengo que trabajar. Me gusta —añadió, no fuera a pensar que no le gustaba trabajar para ella—. Pero eso significa que tengo que dejar a Harriet sola mucho rato, cinco días de la semana. Un poco tarde me di cuenta, después de que tuviera los primeros síntomas, que mi abuela estaría mucho mejor acompañada durante el día.

—Así que para tener seguridad económica te mudaste.

Annie asintió.

—Lo dices como si fuera un enorme sacrificio, pero no lo es. Ella paga con su pensión casi toda la cuota. Y en lo que respeta a la seguridad económica, creo que comenzó mucho antes.

—¿Cuándo comenzó?

—No te das por vencida, ¿verdad?

—¿Qué te parece? —le dijo, con una sonrisa tan encantadora, que ella se encontró pensando cuándo comenzó a darle valor a la seguridad.

—Creo que fue después de que mi madre muriera. Cuando sentí que mi seguridad se sentía amenazada por primera vez… Sí, creo que fue cuando Andy vendió el piso.

—¿Era suyo?

—Lo heredó de mi madre.

—Oh, Annie —dijo Beverly con cariño.

—¿Qué?

—No me sorprende que estés desilusionada de las personas.

La sorpresa se reflejó en los ojos de Annie, que se puso de pie y se entretuvo recogiendo los platos.

—No estoy desilusionada de las personas en absoluto —negó.

Beverly se puso de pie también.

—¿Cuándo fue la última vez que permitiste que alguien te besara? —preguntó, como si ello fuera evidencia de su desilusión por las personas.

—Si la memoria no me falla… el lunes pasado —le respondió.

Los ojos de Beverly se ampliaron. Y su gesto se tornó duro.

—¿Quién? —exigió saber.

Annie sonrió.

—Por lo visto dejé una impresión indeleble —respondió con un tono irónico.

Unos segundos después, ella se dio cuenta de que Beverly recordó. Su sonrisa se torció a la vez que sus ojos fueron a sus labios.

—¿Está segura de que ya no contagias?

—Segurísima —respondió Annie.

Se dio el susto de su vida cuando ella le quitó los platos de las manos y los puso sobre la mesa. Luego la tomó entre sus brazos. Su mirada verde se clavó en la de Annie; su brillo la hipnotizó. En esos segundos de anticipación, en los que el silencio las rodeó, los latidos de sus corazones se aceleraron de una manera vertiginosa, casi peligrosa.

—Me arriesgaré —susurró Beverly, luego de bajar la vista a sus labios. Ella inclinó la cabeza, y sus labios se unieron como piezas de un rompecabezas.

Fue un beso profundo, pero tierno. Sus lenguas se enredaron, provocando que ambas contuvieran la respiración.

Agitadas, tuvieron que romper el maravilloso beso. Annie se quedó muda por la sorpresa. Sin embargo, no se apartó de inmediato, se quedó con las manos posadas en los hombros de su jefa. Aspiró su perfume que tanto le encantaba y absorbió su calor. Sintió las manos de ella explorar su estrecha cintura.

—Si esta fue la forma de agradecerme la comida, no es necesario que me ayudes a lavar los platos —le dijo con voz ronca. Fue entonces cuando se separó de ella.

—¿Qué tipo de bruja te crees que soy? —gruñó.

Ambas terminaron riendo.

Juntas recogieron la cocina. Annie se alegró de que al terminar Beverly se fuera, porque sentía las rodillas temblorosas.

***

El lunes Annie volvió al trabajo. Cuando vio a Beverly, el corazón le dio un vuelco. Ella la saludó amistosamente, pero no más que a los demás.

Más tarde, en la oficina, cuando planeaban la agenda de la semana, Annie se quedó mirando la boca de su jefa; esos labios que la habían besado con tanta ternura. Rápido retiró la vista y la dirigió a los ojos verdes. Ella la atrapó también mirándole los labios.

Beverly dirigió su atención a los papeles que tenía sobre su escritorio.

—Parece que tendré que viajar el jueves por la tarde. Necesitaré que vengas conmigo.

A Annie el corazón se le aceleró.

—De acuerdo —dijo con calma.

Así inició una activa semana de trabajo.

El jueves partieron a las dos de la tarde y llegaron a eso de las cuatro. Beverly parecía preocupada en el viaje. O bien su pensamiento estaba en el trabajo o en Ronna, la mujer de voz sensual con quien había quedado esa mañana por teléfono. Iba a salir con ella la noche siguiente.

Terminaron el trabajo a las seis y media. Cuando salieron de la reunión, Clarissa Tom, una de las directivas de la empresa con la que se reunieron, los acompañó al auto de Beverly. Pero se acercó a Annie.

—Esta semana no será tan complicada —comentó, caminando a su lado—. Lo que quiero decir es que tengo algo de tiempo libre. Pensaba que…

—No me importaría llegar antes de medianoche —cortó la voz impaciente de Beverly.

¡Bruja! ¿Acaso trataba de avergonzarla?

—Hasta pronto, Clarissa —se despidió Annie con una sonrisa. Se contuvo de decirle que la llamara solo para molestar a su jefa.

Beverly le abrió la puerta del auto y ella lo abordó. Segundos después, ocupó el lugar detrás del volante.

—¿De qué te hablaba Clarissa?

—De que tenía tiempo libre para salir —le respondió con un tono seco—. ¿Te molestaría ponernos en marcha ya? Tengo una cita esta noche.

Beverly volteó a mirarla, pero ella se negó a hacer contacto visual. Segundos después, la otra mujer puso en marcha el auto y no volvió a hablar hasta que llegaron a su edificio. Allí pareció recordar sus modales y le abrió la puerta del auto otra vez. Una vez más, le quitó las llaves y abrió la puerta del edificio.

Tal vez sería la prisa de Beverly por irse, pero el caso fue que se enganchó en una astilla de la deteriorada puerta y en su reacción al dolor, solo logró romperla, dejando la mitad de la astilla dentro de la carne de su dedo.

Automáticamente, Annie le tomó la mano. El dedo comenzó a sangrar, pero estuvo segura de que no podría sacar la astilla con facilidad.

—Será mejor que entres. No veo nada con esta luz.

¡Ojalá le doliera mucho!

Entraron al piso y ella dejó el abrigo sobre el sofá.

—No tardo nada —dijo, dejándola en el salón mientras iba a buscar las pinzas de depilar. Volvió con una aguja esterilizada y le agarró de nuevo la mano para inspeccionarle la herida—. Si no miras, te dolerá la mitad —prometió. De repente se avergonzó de haber deseado que le doliera.

—¿Y si no lloro me darás un caramelito? —preguntó su jefa.

Annie recuperó su buen humor. El resto de la astilla salió limpiamente. Oh, como la que

quería. ¿Quería? Sorprendida por su pensamiento, levantó la cabeza de golpe justo cuando ella trataba de inspeccionar su trabajo. Sus cabezas se rozaron y se separaron de golpe. Y luego, sin saber cómo, Annie se encontró en sus brazos de nuevo.

El beso fue tan tierno y apasionado como el del sábado, pero esta vez Beverly la estrechó más contra sí. Ella se apretó un poquito más y la besó con mayor intensidad. El beso se profundizó más. Ambas bocas buscando, buscando y dando. De repente, una llamita comenzó a arder dentro de ella.

Annie la abrazó por debajo de la chaqueta. Quería estar más cerca. El calor de su cuerpo a través de las finas telas era embriagante. Nunca se imaginó que la sensación de tocar y sentirse abrazada por la seguridad de los brazos de la mujer de la que se enamoró, sería tan cautivadora.

Annie sintió las manos de Beverly acariciarle el torso por encima de su blusa y creyó que perdía el sentido. La volvió a besar. Su jefa le recorrió el cuello con los labios, mientras sus manos, siguieron subiendo.

Cuando Annie sintió que le envolvía los senos y que le rozaban con suavidad los endurecidos pezones, pensó que era una experiencia como ninguna otra.

—No —dijo, aunque sentía que sus manos estaban donde tenían que estar. Beverly se detuvo de inmediato—. No, por favor —se oyó decir.

Beverly retiró las manos, pero la rodeó por la cintura; levantó la cabeza para mirarla. Pero ella no pudo soportar su escrutinio y le dio la espalda.

Beverly la tomó entonces de los hombros.

—Eso no tenía que pasar —le dijo al oído.

Ella no supo si se había arrepentido.

—No ha pasado —respondió, agradeciendo la ayuda que le brindaba su orgullo.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz ronca.

—Sí —respondió con voz ligera, pero tuvo que alejarse unos pasos para evitar su contacto.

Annie oyó que ella se movía, mientras luchaba por recuperar la compostura. Luego se dio cuenta de que su jefa le tomó la palabra, porque el siguiente sonido que oyó fue cuando cerró la puerta al irse.

¿Bien? ¡Nada iba a volver a estar bien nunca!

## Capítulo 16

La mañana siguiente, Annie se levantó segura de que amaba a Beverly. Mientras se duchaba intentó encontrar el motivo, pero cuando salió del baño seguía sin hallarlo. Quizás no había explicación para saber por qué se ama a quien que no se quiere amar. Lo único que sabía era que la amaba y que su jefa a ella no; que era probable que nunca la amaría.

Lo que sí podía explicar eran esos instantes que en su momento no tuvieron sentido, pero que ahora estaban claros. Por ejemplo, la sensación de sentirse turbada cuando creía que ella tenía una aventura con Helen. O lo poco que le gustaba creerla una mujeriega.

Y, aunque no lo fuera, eso no quitaba que saliese con mujeres. Esa misma noche Beverly tenía la cita con Ronna. El verde monstruo de los celos apareció y eso la puso de mal humor.

Annie condujo hasta el trabajo decidida a superarlo; a superar su amor por su jefa. Comenzaría a salir. Hasta Harriet tenía una vida social más activa que la suya. Todo el mundo tenía con quién salir, excepto ella. Por lo menos estaba Thesa. Decidió en ese instante que saldría con la primera que se lo pidiera.

Ella quedó pensando en si su subconsciente no la alertó cuando estaba en los brazos de Beverly, sintiendo esas maravillosas emociones. ¿Le estaría diciendo que no se convirtiera en otra de sus aventuras porque si lo hacía, cuando acabara corría el riesgo de perder su trabajo y con él la seguridad que tanto deseaba?

Al llegar al trabajo, se cruzó con Simona, una de las subgerentes de la empresa.

—¿Te gustaría salir a cenar el martes? —le preguntó la mujer mientras subían en el ascensor, después de intercambiar saludos.

—Encantada —respondió ella, pensando en la una resolución que había tomado.

La subgerente pareció complacida con la cita cuando se despidieron al llegar al piso.

—Buenos días —la saludó Martha con alegría, contenta de verla mejor que en los últimos días.

Cuando Beverly salió de su despacho, Annie logró mirarla a los ojos, pero sintió que ella percibió su rubor.

—¿Podrías traer las notas de la última reunión, por favor? —le pidió.

Ambas trabajaron todo el día como si nunca se hubiesen besado. Cuando Annie volvió a su escritorio, sintió deseos de no haberle sacado la astilla nunca, que se le engangrenara el dedo. Por supuesto, al final del día ya se había arrepentido de haberlo pensado. Beverly era buena y amable; y muchas de las cosas que pensó de ella habían cambiado. Ahora no la vería en dos días enteros. Era terrible.

***

El sábado Annie se levantó con un largo y vacío día por delante. Harriet tenía una actividad social en la residencia y no iría hasta el domingo a mediodía. Decidida a no perder un segundo pensando en Beverly, limpió, cambió sábanas, puso la lavadora e hizo una tarta. Luego, cansada físicamente pero con la mente alerta, se fue a la cama.

Aunque estaba cansada, no podía dormir. Trató de leer una novela, pero no podía sacarse a su jefa de la cabeza. De repente, se sobresaltó cuando el timbre de la puerta sonó.

¡Harriet! Un vistazo al reloj le indicó que eran las once y cuarenta de la noche. Preocupada, pensando que la anciana hubiera decidido no esperar hasta el día siguiente, se puso una bata de seda y corrió hacia la puerta.

No era Harriet quien estaba en la puerta, sino Beverly. Vestía de traje y camisa. Annie se quedó boquiabierta al verla. Su corazón comenzó a martillarle en el pecho. Muda, se la quedó mirando.

—Tengo una migraña —le dijo Beverly—. No creo poder llegar a casa antes de que me afecte la visión.

¡Oh, pobrecita! Annie enseguida se puso en acción. Se dio cuenta de que Beverly no tenía el mejor de color.

—Estás un poco pálida —dijo, esforzándose para que no se le notará la preocupación al verla tan mal—. Pasa.

Beverly se dirigió directo al salón mientras ella cerraba la puerta.

—¿Me prestas un sofá un rato?

—Tienes aspectos de necesitar más una cama que un sofá. Tienes suerte, porque la cama de Harriet está recién hecha.

—¿No vino este fin de semana?

—Te estás tambaleando. Ven —dijo Annie, tomándola del brazo para guiarla—. ¿Tomaste algo? —le preguntó mientras la ayudaba a sentarse en la cama.

—No las tengo con mucha frecuencia, gracias a Dios, así que no llevo medicación, pero tomaré cualquier cosa que tengas.

Annie fue a buscar unos analgésicos y un vaso de agua.

—¿Bebiste mucho? —se le ocurrió preguntar mientras le daba los comprimidos.

—Una copa de vino tinto tan malo que rechacé una segunda.

—No me parece que te lo hayas pasado demasiado bien —comentó, pensando si habría sido el vino el causante de la migraña.

—Una fiesta —respondió. Annie se dio cuenta de que le costaba concentrarse—. Volvía en el auto cerca de aquí cuando me di cuenta de que tenía problemas.

—No hables más —la hizo callar.

Con cuidado, ella le quitó los zapatos. Luego se enderezó y la ayudó con la chaqueta. Cada movimiento parecía causarle dolor. Cerró los ojos, así que le quitó la chaqueta casi sin ayuda. Sintió cómo ella le apoyaba la cara en el busto.

La sujetó mientras terminaba de desvestirla. Tarde se dio cuenta de que la bata se le había abierto al inclinarse y le dejó los senos expuestos.

—Espero que no tengas intenciones de violarme —dijo Beverly en broma, con la cara hundida entre sus senos.

Annie sonrió. ¡Herida, pero no vencida! Una oleada de amor y ternura la recorrió. Eso le hizo darle un beso en la cabeza. Luego le quitó la camisa.

—Acuéstate —le ordenó.

Annie le desabrochó el botón de los pantalones. Si se sentía mejor, se podría terminar de desvestir más tarde. A continuación, la cubrió con el edredón y le puso una mano en la frente para comprobar que no tenía fiebre.

Beverly tenía los ojos abiertos.

—Bésame, Annie —le pidió, pero parecía no tener energía.

¡Oh, cómo la quería!

—¿Me prometes que no eres peligrosa?

—Por ahora soy por completa inofensiva —respondió. Annie la miró a los ojos unos instantes antes de inclinarse. Le dio un dulce beso en los labios—. Buenas noches —murmuró ella.

Annie se enderezó. Beverly no parecía estar mejor. Esperaba que cayera pronto en un sueño reparador.

Ella se fue a su habitación; se quedó alerta, esperando oír ruidos. Finalmente, sucumbió al sueño a eso de las cuatro de la mañana.

***

A Annie no le sorprendió despertarse más tarde de lo normal un día domingo. Lo que sí le sorprendió, fue encontrarse a la mujer que amaba en su habitación.

Tal como ella supuso, Beverly se había quitado la ropa y ahora llevaba una bata de Harriet. Las mangas le quedaban cortas y no le cubría las rodillas. Tenía mucha mejor cara.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, por decir algo, porque le daba vergüenza que la viera en la cama con el pelo revuelto.

La respuesta de su jefa fue recorrerla con los ojos, y luego esbozar esa fascinante sonrisa que le aflojaba las rodillas.

—Nunca me he sentido mejor —respondió, apoyándose en la cómoda—. Aunque… —titubeó.

—¿Aunque? —quiso saber, captando su aire travieso.

—Aunque me parece que te destruí la vida sentimental.

Annie arqueó una ceja. Primero, porque no tenía idea de qué hablaba y, segundo, porque en realidad no parecía estar demasiado preocupada por ello.

—¿Qué?

—¿Conoces a alguien de nombre Thesa? —le preguntó Beverly.

Ella sabía que sí. Y no era raro que Thesa bajase un domingo por la mañana para pedir leche, azúcar o el periódico del día anterior.

Annie miró a la alta y delgada mujer con la bata de señora, el pelo algo revuelto y los pies descalzos.

—¿Atendiste la puerta con ese aspecto?

—Pensé que preferirías que me pusiera algo —respondió, confirmando su sospecha de que debajo no llevaba nada.

—¿Te das cuenta de que me has arruinado la reputación? —le dijo con severidad, para disimular lo maravilloso que era tenerla allí, cuando ella pensó que no la vería hasta el lunes.

Beverly la miró unos segundos.

—¿No estarás sugiriendo que me case contigo? —dijo con burla.

Annie se enfadó. Era evidente que ella era la última persona con la que Beverly se casaría. ¿Quién se pensaba que era?

—¡No tendrás nunca esa suerte! —le contestó con rabia. ¡Aunque se lo pidiera de rodilla, le diría que no!—. Es obvio que estás recuperada —dijo enfadada—, así que hazme el favor de irte.

—¿Me dejas que me quede a desayunar?

—¡Lárgate! —explotó, lo cual le provocó la risa.

Beverly se quedó quieta mirando su cara feliz y ojos alegres. Luego se dirigió a la puerta. Entonces, se dio la vuelta y sus ojos se llenaron de malicia.

—Permítame que le diga, señorita Landon, que tiene usted un busto de lo más suave.

Annie se sonrojó y ella pareció disfrutar de ello. Pensaba que Beverly estaba fuera de juego cuando la acunó contra sus semidesnudos pechos la noche anterior.

¿Qué podía hacer? Annie hizo lo único posible.

—¡¿Fuera de aquí, Campbell?! —gritó, aunque fuera su jefa.

Para su sorpresa, Beverly se fue. Annie se quedó en la cama hasta que la oyó irse.

Cuando se levantó y fue al cuarto contiguo, vio que había hecho la cama y se volvió a enamorar de ella.

***

Más tarde, Harriet estaba conversadora cuando Annie fue a buscarla; la anciana le contó sobre la obra de teatro que había visto. El sábado siguiente, tampoco iba a ir a dormir. Tenían una partida de whist y era probable que terminaran bastante tarde.

Después de comer, Harriet se fue a dormir la siesta. Annie se quedó leyendo el periódico, pero no pudo concentrarse demasiado. Se encontró sonriendo al recordar el comentario de Beverly sobre su busto. Pero la sonrisa se le borró de los labios al pensar que se iría a Londres dentro de una semana y estaría fuera durante dos. ¿Cómo podría soportar dos semanas enteras en verla?

## Capítulo 17

—¿Cómo está la bella Annie esta mañana? —le preguntó Beverly con alegría el lunes por la mañana, cuando le llevó unos documentos.

—Muy bien —respondió. Se sentía rebosar de amor—. ¿Y tú?

—Nunca me habían cuidado tan bien —declaró ella, con cara inexpresiva.

Annie se ruborizó un poco; volvió a su escritorio casi convencida de que se refería a su "suave busto".

Al día siguiente, Beverly estaba igual de alegre, lo que la hizo amarla más todavía. De no ser porque se cruzó con Simona en uno de los pasillos, no se hubiese acordado que tenía una cita con ella esa noche. ¡Auch!

***

No fue una salida agradable. Simona era una esnob. Se le notaba en la cara que puso cuando pasó a buscarla porque no le gustó la zona donde ella vivía.

—Me alegro de que estés lista —la saludó cuando ella abrió la puerta—. No me gustaría dejar mi auto sin vigilancia aquí más de un minuto.

—Sería lo más sensato —contestó, decidiendo en ese instante que no la invitaría a tomar un café.

Annie sintió que su amor por Beverly crecía. Jamás hizo ningún comentario despectivo sobre la zona donde vivía.

—¿Quieres que vayamos a mi piso? —la invitó Simona al acabar la velada que, durante toda la cena, se la pasó hablando de sí misma.

—Ha sido una noche encantadora —dijo sonriendo Annie. Sabía que no soportaría mucho más en su compañía—, pero es bastante tarde y mañana hay que rendir en el trabajo.

Simona intentó besarla cuando se despidieron, lo cual resultó de lo más desagradable. La habría golpeado si lo hubiese hecho.

—Buenas noches —le dijo con firmeza, dándole un empujón.

—¿Volveremos a salir?

"Puedes estar segura de que no"

—Seguro que sí —logró decir—. En el trabajo. Buenas noches —se despidió y entró a su edificio.

El miércoles también comenzó a las mil maravillas. Parecía que el embarazo de Martha por fin se había estabilizado. Además, se le veía más confiada al darle trabajo a su ayudante.

Así que Annie organizó casi todo el papeleo que su jefa necesitaría durante el viaje a Londres. Ella seguía sin saber cómo haría para soportar no verla durante dos semanas. Dieciséis días, contando el fin de semana anterior.

Annie decidió vivir el día a día. Entró a la oficina de Beverly con una alegre sonrisa. Ella levantó la vista y la miró. La auxiliar le dio la espalda para cerrar la puerta e intentar controlar la tristeza que la embargó al verla y pensar que se iría pronto.

—Las cifras de… —comenzó a sentarse, pero en ese momento Beverly no tenía interés en la información que tenía para ella.

—Espero que tu vida amorosa no se haya visto afectada —le dijo.

Annie tuvo que pensar para entender que se refería a haberle abierto la puerta a Thesa en bata, por lo que esta de seguro supuso que ella se quedó a pasar la noche.

—Parece que no —respondió Annie con calma.

—¿Has vuelto a salir con ella desde el jueves?

¡El jueves! Recordó que le había dicho cuando viajaron que tenía una cita esa noche y al llegar, ella la besó.

—Estoy intentando olvidarme del jueves —dijo.

—¿A ella o a mí?

—Ninguna de las dos tendría que hacerse ilusiones —respondió con arrogancia. Aunque Thesa fuese solo una amiga, era mejor que Beverly creyera lo contrario—. Anoche salí con Simona.

Cuando su jefa le dirigió una mirada de enojo, Annie sintió que se había pasado un poco y que a ella le disgustó que se tomara la libertad de decirle que no se hiciese ilusiones, pues era obvio que no tenía ningún interés en ella. Pero ¿qué pretendía? ¿Que se quedara como una tonta sin decir nada? Además, fue ella quien inició la conversación. Pero Beverly pareció aburrirse del tema.

—A ver esos papeles —le pidió con autoridad.

A Annie le dieron deseos de tirárselo por la cabeza.

El miércoles terminó mal. Beverly estuvo de mal humor el resto del día. Annie se fue a casa pensando que si ella se iba a Londres y no volvía nunca más, estaría encantada. Pero el sentimiento no le duró. Media hora después de llegar al piso, tenía deseos de estar con ella, aunque estuviese enfadada.

***

Harriet llamó esa noche para preguntarle si no le importaba que tampoco fuese el domingo a comer, demostrando así lo independiente y encantada que se hallaba en la residencia.

Al día siguiente, Beverly pareció recuperar el buen humor. Y al otro, Annie rogó que fuera así también, porque mientras Martha estaba con ella, llamaron de Heaven House para decir que Harriet había salido sin decir a dónde iba y hacía un buen rato que faltaba.

Annie acababa de colgar cuando la puerta de comunicación se abrió. Dejando pasar primero a Martha, Beverly entró en el despacho. Su mirada se dirigió directo a ella.

—¿Algún problema, Anna? —le preguntó con calma, al observar su expresión ansiosa.

—Harriet… se fue…

—De paseo —acabó en la frase. Annie asintió con la cabeza—. ¿Tienes el auto?

—Sí.

—Vete, entonces —le dijo con amabilidad.

—Lo siento —dijo, sintiéndose mal.

—No lo sientas. Esta noche te quedarás hasta las ocho —le aclaró.

Beverly le sonrió y ella le devolvió el gesto.

—Buena suerte —le deseó Martha, que ya se había enterado de los “paseos” de la anciana.

***

Annie la encontró en el apartamento, a donde entró con su llave.

—Vine a verte porque no nos veremos el fin de semana —anunció, sin acordarse, en absoluto, que ella trabajaba—. ¿Estuviste de compras?

Annie llamó por teléfono a la residencia para informar que ya había localizado a su abuela; luego hizo café y charlaron un rato antes de llevarla de vuelta.

Cuando regresó al despacho, Beverly estaba muy ocupada. Sin embargo, tuvo tiempo para preguntarle si todo estaba bien. Annie le contó que encontró a Harriet en el piso.

—Es una buena señal que recuerde la nueva dirección. Es una pena que sea tan independiente y rebelde que se olvide de anotar dónde va.

—Así es —le concedió.

Annie trabajó durante un largo rato, hasta que su jefa entró en la oficina, haciendo que levantase la vista a la espera de recibir alguna orden. Pero no fueron instrucciones lo que iba a comunicarle.

—He pensado si querrías acompañarnos a tu abuela y a mí al museo. Si te portas bien, te dejaremos venir.

Annie sintió ganas de llorar. Era injusto. La amaba y era injusto.

—Estoy segura de que a Harriet le habría encantado —sonrió para no llorar—, pero no viene este fin de semana. Es el motivo por el que fue al piso a verme esta mañana. Se olvidó de que trabajo —hizo un esfuerzo para que no se le notara la desilusión—. Muchas gracias por la invitación, pero Harriet tiene otros planes este fin de semana y no vendrá a casa.

—Era una idea —dijo Beverly y volvió a meterse en su oficina.

Annie se quedó trabajando hasta que a las siete le llevó el último de los documentos a su jefa.

—Esto es todo —le confirmó—. Espero que tengas un buen viaje. Te veré a la vuelta —le dijo con un tono de voz alegre. Ella nunca adivinaría lo pesado que sentía el corazón.

—Pórtate bien, Anna Landon —respondió Beverly con una expresión solemne.

—Tú también —ella le sonrió y le dio la espalda para que no advirtiera el dolor que sentía en el pecho.

## Capítulo 18

El sábado fue un día horrible. Thesa, discretísima, no hizo ningún comentario sobre la mujer que le abrió la puerta el fin de semana anterior, apareció a tomar un café.

El domingo Annie se levantó temprano decidida a mantenerse ocupada, pero había dejado el piso hecho un espejo al día anterior, por lo que enseguida terminó lo poco que quedaba por hacer.

Por la tarde, cuando por fin fueron las seis de la tarde, sonó el teléfono. Le dio un susto de muerte.

—¿Dígame? —contestó. Se asustó otra vez cuando oyó la voz de Beverly.

—No está acompañada, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Por qué? —quiso saber, porque no estaba dispuesta a decirle que no estaba con una mujer.

—Me preguntaba si podrías venir a tomar unas notas. Te daré de comer —trató de convencerla con un tono de voz alegre.

—¿Cocinas tú? —le preguntó bromeando.

—Mi ama de llaves.

—Será mejor que me indiques cómo llegar —le dijo cuando decidió aceptar la propuesta.

Annie se dio una ducha y se puso un poco de maquillaje antes de revisar el guardarropa. El vestido rojo de lana fue el elegido. Era de mangas cortas; el escote redondo le sentaba como un guante. Se miró al espejo antes de ponerse el abrigo. El espejo brillaba, al igual que sus ojos. Era trabajo, pero Beverly la estaba esperando.

El corazón le latió acelerado todo el camino. Y pareció acelerarse aún más cuando entró en el camino de la casa. Una mansión estilo regencia llamada Witanhurst.

Beverly misma le abrió la puerta.

—¿Tu ama de llaves está en la cocina? —le preguntó Annie con un tono ligero, luego se sintió idiota por haber hecho un comentario tan insulso.

—La cena está lista —le anunció ella—. Adelante, Annie. Comenzaba a pensar que te había dado instrucciones poco claras.

Annie entró a un vestíbulo cubierto con una gruesa alfombra. Sonrió al pensar que, a pesar de que ella le pareció que llegaba demasiado temprano, a su jefa le resultó tarde.

—Permíteme el abrigo —pidió, yendo con ella hasta una puerta que abrió para revelar un armario, donde colgó el abrigo. Ella le recorrió el cuerpo con los ojos—. Nunca te has puesto eso en la oficina —comentó.

—¿Lo habrías recordado? —no fue su intención sonar provocativa, las palabras se le escaparon—. Quie… quiero decir que yo no recuerdo todo tus trajes.

—Pero yo nunca estoy tan atractiva como tú —respondió ella, sonriendo.

—Ahora que me doy cuenta, no traje mi libreta de notas.

—No hay problema.

Beverly sonrió, haciendo que Annie se derritiese por dentro. Su jefa la tocó en el codo y la guio hasta una especie de despacho pequeño, con un sofá, un sillón y varias mesas. Una de ellas tenía una pila de papeles y un teléfono.

—Pensé que podríamos trabajar aquí. Menos formal para un domingo que en el estudio.

—Lo que digas —dijo Annie, encantada.

—Sentémonos allí —señaló el sofá—. Te puedo dar el esquema antes de que comamos, así me haces las preguntas durante la cena.

—Estupendo.

Se sentaron las dos en el sofá, bastante cerca, para poder leer el mismo papel.

—Esta es una lista de…

Annie levantó la mano para sujetar la página para poder leerla, pero sus dedos tocaron los de Beverly. Los retiró, echándose hacia atrás, pero chocó con ella. Estaba demasiado cerca.

—Estás nerviosa —comentó Beverly con un tono tierno y sorprendido.

—No —dijo. Aunque intentaba mantener una imagen profesional, la voz le salió ronca, demostrando que estaba lejos de sentirse tranquila.

—Lo siento, Annie —habló Beverly con una suave expresión mientras le acariciaba el rostro con la punta de los dedos—. Quizás no fuese tan buena idea venir a trabajar aquí. Hay una química entre nosotras que prefiero mantener controlada —concluyó, como si eligiese sus palabras.

Annie se puso roja.

—¡Me iré a casa! —decidió, furiosa e intentó levantarse.

Pero el profundo sofá pareció no querer despedirse de ella. Necesitó hacer fuerza con las manos para levantarse, pero, sin querer, apoyó una en un sólido muslo. La retiró como si quemara. Beverly alargó la suya para ayudarla. Sin querer, estaban más juntas que antes.

—No nos separemos enfadadas —le pidió con suavidad.

Annie volvió a sentir que se derretía.

—Beverly… —murmuró. En lo único que podía pensar era en que ella se iba durante dos semanas. No quería esperar dos larguísimas semanas enfadada con ella.

—¿Nos besamos para hacer las paces? —le propuso bromeando. Esa era la mejor sugerencia que había oído en años. De pronto, Beverly se acercó más a ella y la rodeó por la cintura—. Te echaré mucho de menos cuando no esté —susurró casi contra su boca.

Para Annie fue lo más bonito que le habían dicho en la vida. Quiso decirle que ella también, pero no se atrevió. Luego ella volvió a besarla y ya no pudo hacerlo. Sus bocas se unieron con urgente necesidad; Beverly la estrechó contra su cuerpo con fuerza, mientras su lengua invadía su boca. El gemido que brotó de ambas no fue para nada pudoroso.

Annie la rodeó por el cuello, deleitándose en la manera como sus labios se encontraban.

—Beverly… —dijo sin aliento cuando acabó el beso.

—Annie, cariño —murmuró Beverly. La miró profundamente a sus aterciopelados ojos castaños, que brillaban de excitación.

Beverly la besó otra vez; primero con ternura, pero luego ganó intensidad ante su respuesta. Annie se aferró a ella y separó los labios, haciendo que la pasión ardiera. Ella no podía pensar en nada más que no fuera en cómo la hacía sentir.

La deseaba. La deseaba con cada fibra de su cuerpo. Cuando las dos se recostaron entre los cojines y apretaron su cuerpo, ella sintió su calor, la fuerza de su cuerpo. Con suavidad, sin prisas, Beverly la acarició. Cuando sus manos se dirigieron a la cremallera del vestido, Annie no sintió ninguna alarma. Confió en ella.

La besó con pasión mientras Beverly le quitaba el vestido. Mirándola a los ojos, ella le desabotonó la camisa. Recordó vagamente que cuando llegó, ella tenía una chaqueta, pero en algún momento se lo había quitado.

—Eres hermosa, Annie. Tan hermosa —declaró, mirándola. La besó mientras le deslizaba por el hombro al tiro del sujetador.

Beverly le acarició la piel del hombro y la recorrió con los labios hasta el pecho. Annie sintió

timidez de nuevo cuando ella acarició su pecho y luego le desabrochó el sujetador.

—Beverly… —jadeó con voz ahogada.

Los ojos verdes se clavaron en ella.

—¿Quieres decir no? —le preguntó en voz baja.

—Creo… que no estoy acostumbrada a esto —respondió ella, sintiendo su rostro sonrojarse.

—Ya lo sé —respondió ella, comprensiva.

—Oh, Beverly —suspiró.

Beverly volvió a besarla. Con delicadeza, le quitó el sujetador.

—¿Me permite mirar? —le preguntó. Annie asintió con los ojos cerrados—. Oh, Annie —murmuró—. Annie, cielo mío.

Beverly bajó la cabeza hacia sus senos. Se retorció debajo de ella y sus labios, que sabían muy bien qué hacer. Y su lengua también. Su cuerpo era fuego puro, pero no temió. Al contrario, se entregó a los besos de su jefa, a sus caricias. Ella no supo cuando sucedió, pero de pronto se dio cuenta de que Beverly estaba medio desnuda.

También le pareció que jadeó su nombre, pero perdió la noción de lo que sucedía, porque mientras la besaba, ella le acariciaba los inflamados y sensibles pechos, provocando que el deseo que sentía se intensificara. La deseaba. La amaba y la deseaba más que a nada.

Poco a poco el resto de las prendas fueron echadas a un lado. Para Annie fue explosivo sentirla desnuda encima de ella. El calor de su cuerpo se mezcló con el suyo, provocando que la pasión se desatara.

Beverly la miró a los ojos, esperando su reacción cuando acarició su intimidad. El que se aferrara a ella fue la mejor sensación. Las caricias íntimas la elevaron al cielo y más allá cuando la poseyó.

—Tócame —jadeó Beverly contra su boca.

Con dedos temblorosos, Annie se deslizó entre sus pliegues. La necesidad las condujo a una velocidad inconcebible a la búsqueda del clímax. Los gemidos rebotaron en las paredes del lugar, provocando que sus orgasmos fueran parte de un concierto de pasión.

Jadeantes, se acomodaron de lado en el estrecho sofá. Beverly le sonrió cuando su respiración se normalizó y la besó con ternura.

—Eso fue maravilloso —declaró.

—Sí —le concedió, sintiendo el rubor apoderarse una vez más de su rostro.

De pronto, el teléfono sonó. El repique parecía venir de muy lejos, como si no tuviera que ver nada con ellas. Annie siguió besándola, recorriéndole los labios con la lengua como ella se lo había hecho antes.

El teléfono continuó sonando. Annie se detuvo.

—No le presté atención —le pidió Beverly—. Vuelve a hacer eso.

Annie obedeció con gusto; se apretó contra ella mientras la besaba. Fue recompensada con un gemido que era decididamente el sonido de una mujer deseosa de hacer el amor hasta perder las energías.

Pero el teléfono, cerca de ellas, seguía sonando. Annie lo agarró con la idea de hacerlo callar, pero se quedó sin aire al levantar el auricular.

—Si ya sedujiste a tu secretaria, Beverly, contéstame —dijo una mujer con un tono divertido.

Como si le hubieran echado un cubo de agua fría, Annie recuperó el sentido. ¡Beverly debía haber hecho eso mismo, miles de veces!

Beverly era una mujeriega. ¡Había planeado su seducción! ¡Ella no significaba nada en su

vida!

## Capítulo 19

Si hubiese podido, Annie se habría ido de la casa de Beverly en ese instante. Pero estaba el pequeño detalle de vestirse y recoger el abrigo. Apenas acabó de subirse la cremallera del vestido cuando ella ya colgaba el teléfono.

—Te llamaré yo —dijo a quien llamó, colgó y se levantó del sofá, intentando tomarla del brazo.

—¡No me toques! —gritó, retrocediendo. Estaba tan desesperada que en su lucha con la cremallera, esta se le trabó—. ¡Y ponte la ropa! —no quería seguir viendo su tentadora desnudez.

Cuando ella acabó de subirse la cremallera, Beverly ya se había puesto la camisa y los pantalones.

—¡No te vayas! —intentó detenerla en la puerta.

—¿Te importaría quitarte del medio? —su voz sonó helada. Tenía que irse, necesitaba pensar.

—No estás en condiciones de conducir —le advirtió ella, rehusándose a abrirle la puerta—. Quédate.

—¡Ni muerta! —exclamó. Con una fuerza que ignoraba poseer, forcejeó con ella hasta apartarla de la puerta, la abrió y corrió por el vestíbulo hacia el armario para ponerse el abrigo.

Se lo estaba poniendo cuando Beverly la tomó por la muñeca con la mano.

—Estás asustada —dijo suavemente, tratando de calmarla—. Te asusté. Lo siento, yo no…

Annie apartó la muñeca de un tirón y salió con el abrigo puesto a medias. Al abrir la puerta, se tropezó con una preciosa rubia que estaba a punto de tocar el timbre.

—¡Ronna! —exclamó Beverly, sorprendida.

Annie no esperó a escuchar más. Salió de la casa y se fue directo al auto, lo abordó y encendió el motor. Se dio cuenta de que tenía reservas de fuerza que nunca imaginó, porque todavía no había derramado ni una lágrima. Alguien le golpeó la ventanilla. Beverly le exigió que le abriera la ventanilla.

—Hazme un favor, ¿quieres? ¡Píllate una neumonía! —le gritó, abriendo apenas para que la pudiera oír.

***

Annie condujo hasta su casa sin saber lo que hacía. Los pensamientos se le agolpaban en la mente. Pensar que Beverly lo había planeado de tal modo que hasta le dijo al ama de llaves que se fuera, le dolía en lo más profundo de su corazón y su orgullo. De seguro, ahora Ronna la estaría reemplazando en el sofá. Pensarlo le hizo sentir náuseas.

Para cuando llegó a su casa, estaba convencida de que Beverly Campbell estaba celebrando su ida a Londres con alguien más.

Acababa de entrar a su piso, cuando el teléfono sonó. Solo el pensamiento de que podría haberle sucedido algo a su querida Harriet la hizo levantar el auricular, aunque no dijo ni una palabra. Tampoco lo hizo quién llamaba, lo que le indicó que no era su abuela.

—¡Que te aproveche esa cena! —gritó.

La otra persona cortó la llamada sin pronunciar una palabra.

Annie se fue a la cama convencida de que era Beverly y odiándola. Pensar que le dijo que quería controlar la química entre ellas cuando lo que pretendía era crear una farsa sensación de seguridad, era desolador. Lo veía clarísimo ahora.

No quiso pensar en lo que la hermosa Ronna hacía llamando a su puerta, pero no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Beverly habría pensado que sus “notas” no llevarían tanto tiempo? Pero ella la había invitado a cenar, ¿y entonces?

Annie tuvo que reconocer que Beverly no estaba esperando a la tal Ronna. Aunque si la rubia apareció en su casa sin avisar, delataba que eran muy amigas. El “¡Ronna!”, que su jefa exclamó, sonó muy auténtico.

Ella pasó una muy mala noche; se levantó sin una pizca de ganas de ir al despacho. Pero se arregló de todas formas; faltando diez minutos para salir de casa, sonó el teléfono. Sabía que no sería Beverly, pues debía estar de camino al aeropuerto.

—¿Dígame? —respondió. Casi se desmayó al oír su voz.

—Tenía la esperanza de encontrarte antes de que te fueras al despacho —le dijo, con su habitual calma. Era evidente que no había perdido ni un instante de sueño.

¡No era justo! El orgullo la invadió, rehusándose a ser controlado, cuando la lógica recomendaba cautela.

—No voy al despacho —le anunció con arrogancia.

—Con que no —su voz sonó con cierta dureza.

—¡No! —se negaba a volverse atrás y el orgullo la expolió más todavía—. Me marcho —declaró, aunque sabía que no podía permitirse perder un trabajo con tan buen salario.

Antes de que pudiera retractarse, Beverly se había enfurecido.

—Corrección, señorita Landon, usted se marcha.

—¿Me estás despidiendo? —la desafió. Su enfado estaba tan fuera de control como el de ella —. ¿Con qué motivos?

—¿Qué tal mentir en una entrevista de trabajo? ¿O te parece mejor impuntualidad?

—¡Solo llegué tarde una vez!

—Por no mencionar el absentismo.

—¡Bruja! Sabes perfectamente…

—Parece que no quiere irse, Anna —se mofó de ella.

Eso era lo único que faltaba para que Annie perdiera la compostura por completo.

—Puedes quedarte con tu trabajo, Campbell. ¡No trabajaría para ti aunque me pagaras el triple en diamantes!

Hubiera sido difícil de determinar quién acabó la llamada, porque cortaron las dos a la vez. Eso sí, Annie estaba encantada de haberle dicho primero que se iba. Consideró la idea de llamar a Martha para disculparse por marcharse de esa manera, pero prefería no tener que responder las preguntas que seguramente le haría.

En vez de llamar a Martha, se comunicó con una agencia de trabajo temporal. Para su suerte, consiguió un empleo que la tendría ocupada por el resto de la semana.

Más tarde, invitó a Thesa a comer; esta le contó que se había encontrado con su exnovia y que esperaba arreglarse con ella. Annie le deseó suerte. Era agradable pensar que al menos a alguien le iba bien en su vida amorosa, ya que la suya había tocado fondo. No encontró un trabajo mejor en los anuncios, pero decidida a no dejarse vencer, llamó a Harriet el miércoles por la noche para que pasara el fin de semana con ella.

—¿No tienes nada planeado para este fin de semana? —logró bromear Annie.

—Me gustaría el sábado a mediodía, si te parece bien. Me vendrá bien salir de aquí un poco.

Aunque se quejaba, Harriet no parecía triste. Cuando Annie colgó, decidió ser más positiva. Marcó tres posibilidades en los anuncios. Acababa de hacerlo, cuando el teléfono volvió a sonar.

Supuso que sería Harriet que quería decirle algo que se le olvidó.

Pero la llamada era internacional.

—Hola, Annie —la saludó Beverly con frialdad—. Creo que el otro día nos precipitamos las dos.

¿Qué quería decir? Annie logró reunir el poco orgullo que le quedaba.

—Puede que tú, pero yo no.

—Vamos, Annie. Sabes que necesitas trabajar.

¿Le daba pena? ¡¿Cómo se atrevía?! Quería su amor, no su pena.

—¡Estoy trabajando! —le informó, orgullosa. Comenzaba a enfurecerse.

—¿Dónde?

—¿Y a ti qué te importa? ¡No te pediré referencias!

Por temor a que su voz delatara su dolor, Annie cortó la comunicación. Se quedó dándole vueltas al tema. Las solicitudes que había llenado, quedaron abandonadas. Hizo lo único que podía, pero eso no le hizo sentir mejor. La lógica le repetía que no podía rechazar la oferta. Ojalá Beverly no hubiese llamado. Sin embargo, sabía que era el amor la que la convertía en una masa de contradicciones. Deseaba con todo su corazón oír su voz.

Pero no podía soportar su compasión. Adivinaba que el motivo por el que llamó se debía a su buen corazón. Durante unos minutos se quedó pensando en su bondad; luego recordó lo maravilloso que fue estar en sus brazos el domingo. Se dio cuenta de que no lo hizo por su buen corazón, sino por seducirla, y volvió a odiarla.

Beverly se podía olvidar de ella, porque no sería una de sus tantas mujeres. No volvería a trabajar para ella.

¿Y si se equivocaba y no quería tener una aventura con ella? No tenía ni idea. Lo que sí sabía era que ella la amaba y que, por la forma en que cortaron, no habría posibilidades de una aventura en el futuro.

***

El fin de semana llegó y el sábado Annie se fue a hacer las compras. Al volver se encontró con Thesa en los escalones de la entrada. Estaba feliz.

—¡Te vi desde la ventana! —exclamó, agarrando algunas de sus bolsas—. Acabo de hablar con mi exnovia. ¡Accedió a salir conmigo esta noche!

Si Annie no hubiese tenido las manos ocupadas, la habría abrazado, pero se contentó con sonreírle. Thesa estaba tan ilusionada que se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Te apetece un café? —le preguntó a Annie, sorprendida por su propia reacción.

—Será mejor que lo haga yo. Estás tan atontada, que terminarás haciendo un desastre.

Ambas rieron. Thesa la ayudó a llevar las bolsas. No paró de hablar ni un instante sobre su buena suerte al volver con su ex. Y seguía ilusionada cuando se fue a su piso. Annie se alegró por ella, pero sus pensamientos volvieron de inmediato a Beverly en cuanto ella se fue.

Aunque no tenía mucha hambre, se forzó a comer algo antes de ir a buscar a su abuela. El tiempo había mejorado; a pesar de que el frío continuaba, hacía sol cuando estacionó el auto y llamó al timbre de Heaven House.

Una empleada que Annie no había visto nunca le abrió la puerta.

—La señora Wolf me espera —anunció.

—Ella salió —le informó la mujer.

—¿Dejó dicho dónde iba? —preguntó, intentando mantener la calma. Quizás Harriet había

decidido tomar un taxi.

—Pues sí —respondió la mujer. Annie se tranquilizó. Al menos no había montado uno de sus números—. Escribió la dirección en el libro.

Esperando que la mujer le diera su dirección, Annie recibió un terrible sobresalto. Porque en su lugar, la empleada leyó una dirección distinta.

—Se ha ido a… No entiendo la letra. Witanhurst —leyó en el libro—. Sí, Witanhurst. ¿Vive usted allí?

## Capítulo 20

—¡Witanhurst! —exclamó—. Permítame ver.

En efecto, allí estaba la dirección de Beverly.

—¿Está todo bien? —se preocupó la empleada—. Dejó dicho que la invitaron a comer.

—Sí. Sí. No se preocupe —respondió Annie y salió de la residencia en cuanto pudo.

Condujo rápido, intentando no asustarse. Mientras tanto, pensaba de dónde habría sacado la anciana la dirección. Probablemente, ella misma se la dio. Hablaban de montones de trivialidades cuando estaban juntas. O la misma Beverly, el día en que se la llevó al museo.

Llegó a Witanhurst con la mente hecha un lío. Aparcó el auto; miró en el parque que rodeaba la mansión, a ver si divisaba a su abuela, pero esta no se veía por ningún lado. Se acercó a la puerta. Parecía que hacía años que estuvo allí y en realidad, solo había sido el domingo anterior. Quizás el ama de llaves le pudiera informar si Harriet había ido. O tal vez le pudiese dar una nota por si aparecía más tarde.

Annie alargó la mano para llamar al timbre. Su único alivio era que, gracias a Dios, Beverly estaba de viaje. Con un poco de suerte, ella nunca se enteraría de que estuvo allí.

La puerta se abrió y los ojos de Annie se abrieron como platos cuando se encontró frente a frente con los ojos verdes que amaba. ¿Qué hacía Beverly allí? ¿No se suponía que tenía que estar del otro lado del Atlántico?

Tragó saliva y tomó aire. El corazón le latía a mil. Esperaba no desmayarse allí mismo.

—¿Está Harriet? —preguntó con un tono seco. Sentía el rubor, cubrirle el rostro.

Beverly no le respondió. Aunque tampoco la ignoró.

—Pasa —le dijo, con los ojos fijos en su piel ruborizada. Una media sonrisa torció su boca.

Beverly la llevó a un salón magnífico que tenía varias pinturas al óleo que parecían originales. El suelo estaba cubierto con una gruesa alfombra y había varios sofás similares al que había visto… o más bien usado… en el despachito.

Annie necesitaba conservar la cabeza clara. No quería pensar en la experiencia del sofá.

—Harriet… —comenzó.

Beverly cerró la puerta del salón.

—Ella está bien —respondió, tranquilizándola de inmediato.

—¿La viste? ¿Estuvo aquí? ¿Está bien? ¿Dónde?

La sonrisa que parecía prometedora no llegó a cuajar. Beverly la miró seria unos instantes.

—En realidad, Harriet salió con mi padre. La llevó a dar un paseo en su Austin Healey —explicó ella, aturdiéndola más todavía.

¡Virgen Santa! ¡Qué vergüenza! Seguro que el padre de Beverly estaba de visita cuando Harriet llegó y vio el auto aparcado fuera.

—Lo siento —murmuró, aunque la lealtad a su adorada abuela le impidió decir nada más—. ¿Sabes cuánto tardarán?

Beverly miró al reloj.

—Alrededor de una hora, creo —le respondió en el mismo tono afable.

—Gracias —dijo Annie con exagerada cortesía dirigiéndose a la puerta. Esperando que ella se mantuviera alejada—. Volveré más tarde, si me lo permites.

Beverly sacudió la cabeza. No se movió ni un centímetro de la puerta.

—No, me parece que no.

Annie entornó los ojos.

—No pondrás objeción a que la espere afuera —la desafió con firmeza.

—Me opongo por completo —respondió. Los ojos de Annie se abrieron como platos otra vez —. No hice todo ese montaje para que tú…

—¿Un montaje? —la noción de que volviese a intentar seducirla voló pronto a su cabeza.

—Esto es muy importante para mí, así que llamé a mi padre y le pedí que viniese en uno de sus autos antiguos para que…

—Se llevase a Harriet…

—... Y así poder conversar —concluyó ella.

—¿A conversar?

—Necesitamos discutir un par de cosas. Tú y yo. Nuestra discusión ha esperado demasiado tiempo, según como lo veo.

Annie luchó por recobrar el habla.

—Pero si tú no… no volvías hasta dentro de una semana —le recordó.

—He vuelto —respondió ella—. Volví porque tenía que verte.

—¿Tú has vuelto para verme? —cuestionó, mirándola boquiabierta. Beverly asintió—. ¡Pues, bien! ¡Yo no vine a verte a ti! Vine a buscar a Harriet —si le gustaba jugar, que jugase ella sola —. No sé por qué llegaste a pensar que… —fue incapaz de terminar, así que omitió esa parte— si yo no estoy interesada en lo más mínimo.

—Mira —dijo Beverly—, ya que Harriet tardará un rato, ¿por qué no aprovechamos para aclarar algunas malinterpretaciones?

Annie no le gustó nada el tema. Ella no había malinterpretado nada. ¡Por el amor del cielo! Si habían hecho el amor porque ella lo planeó todo.

—¿Cómo llegó Harriet aquí? —muy bien, si quería aclarar temas, lo mejor sería comenzar por allí.

—La traje yo.

—¿Tú?

—Como te dije, quería aclarar ciertas cosas contigo —dijo, dudando, como si estuviese eligiendo las palabras—. Pasé por tu casa esta mañana, pero no estabas.

—Salí… de compras —explicó, mientras trataba de encontrar el motivo por el que Beverly había regresado de Londres tan pronto. No podía ser por tener una aventura con ella, con todas las mujeres que podía tener si quería.

—Ya lo sé —dijo Beverly, sin aclarar qué sabía—. Necesitaba verte con urgencia, así que como no estabas, fui a ver a Harriet.

—¿Le fuiste a preguntar dónde estaba? —parecía que el cerebro le comenzaba a funcionar de nuevo.

—No conseguí verla porque tenía una reunión que la empleada no quería interrumpir. Por suerte, me recordó de la vez que llevamos a Harriet. Me preguntó si quería esperar a que mi prometida la pasara a recoger por la tarde.

Annie se volvió a ruborizar.

—¿Quieres que me vuelva a disculpar por ello?

Los ojos verdes brillaron cuando se quedó mirándola unos segundos.

—¿Cómo puede ser que te ruborices de una forma tan hermosa?

Annie casi sonrió. Luego se dio cuenta de que la estaba seduciendo.

—¡Basta ya, Campbell! —le respondió, decidida a no ruborizarse nunca más.

Beverly tomó aire. La desconfianza de Annie era descomunal.

—Tengo una reunión en Londres el lunes y es importante que esté allí.
—¿Te vuelves a Londres? —le preguntó con un tono serio.
—Volví solo para verte, Annie —le respondió, mirándola a los ojos.

## Capítulo 21

El corazón de Annie, que desde que Beverly le abrió la puerta le latía bastante deprisa, le dio un vuelco.

—¿Cu… cuándo llegaste?

—Anoche tomé el Concorde.

Había dicho que tenía urgencia por verla, pero ¿tanta urgencia? Se sentía cada vez más confusa.

—¿Y volaste para… para hablar conmigo?

—Consideraba que era vital que habláramos.

—¿No tienen teléfono en Londres?

—Sí. Recuerdo que lo intenté, pero me colgaron.

Se miraron en silencio unos instantes.

—Si viniste para ofrecerme el empleo otra vez porque me tienes pena, puedes…

—¡¿Pena?! —la interrumpió, asombrada de que ella le hubiese malinterpretado de esa manera—. No me das pena, boba orgullosa.

—Gracias —masculló.

Beverly sonrió con ternura.

—Eres dulce y buena. No te quejas de lo que te ha tocado en la vida. Te admiro tremendamente, pero no te tengo pena —declaró—. Te llamé porque quería hablar contigo. Hablar sobre el trabajo parecía en ese momento una buena introducción… pero esa llamada fue un desastre. Entonces me di cuenta de que además de hablarte necesitaba verte.

—¿Necesitabas verme? —la miró inquieta.

Beverly asintió.

—Necesitaba verte para decirte que lo del trabajo no me importaba, que quería verte porque eras tú —le dijo en voz baja, buceó con sus ojos en las profundidades de los de ella—. Por eso vine anoche. Para verte y hablarte.

Annie tosió para aclararse la garganta.

—¿No tiene nada que ver con el trabajo?

—Nada en absoluto —respondió Beverly con serenidad.

De repente, Annie se dio cuenta de que había supuesto correctamente.

—Lamento desilusionarte, Beverly —comenzó tan firme como pudo, haciendo lo posible por mantener el tono educado y correcto.

—¿Desilusionarme? —parecía que la palabra la estrangulaba, incluso sus ojos perdieron color—. ¿Me estás diciendo que no estás interesada en…?

—Pues no me interesa —la interrumpió, amándola tanto que dolía; del mismo modo que dolía verla apretar las mandíbulas como si tratara de ejercer un poco de control—. No puedo tener una aventura contigo.

—¡¿Aventura?! —cuestionó, sobresaltándola con el tono—. ¿Y quién dice que te pido una aventura?

Ese fue el fin para Annie. Lo había interpretado todo mal y, aunque decidió no ruborizarse nunca más, se puso colorada y se dirigió a la puerta.

—¡Lo siento! Iré a esperar en el auto.

Cuando Beverly logró detenerla ya estaba en la puerta. Forcejeó para liberarse, pero ella le impidió que se fuera.

—No te avergüences, amor mío —le pidió con dulzura. Annie agradeció que la sujetara, porque sentía que las rodillas se le derretían.

—Lo siento. Lo entendí todo mal —confesó con toda la dignidad que logró reunir.

—El error ha sido mío —aceptó Beverly—. Este es un territorio nuevo para mí. Entre eso y los nervios, estoy echando por la borda todo lo que vengo ensayando desde que me decidí a venir a… verte —Annie la miró—. Sé paciente conmigo —le pidió—. Y dame la oportunidad de pedirte lo que quiero.

¿Si no era trabajo y tampoco una aventura…? El cerebro se le paralizó. Se negaba a seguir pensando. Pero como ya no forcejeaba, Beverly la llevó hasta el sofá, se sentó a su lado y la rodeó con un brazo.

—Primero, déjame decirte, a riego de que te dé un ataque de risa, que… —inhaló profundo, ante su estupefacción—. Te amo.

Por tercera vez, los ojos de Annie parecieron platos. Y esta vez su corazón dio tres vuelcos seguidos. Y supo también lo que era sentir mariposas en el estómago.

La amaba. Oh, ¡qué alegría si era verdad! Entonces… ¿lo que pretendía era una aventura? Había algo de lo que estaba segura y era que no quería ser otra de sus conquistas.

—No te rías —le pidió Beverly.

—Lo siento. No tengo demasiada experiencia en estos temas —declaró, por no demostrar demasiado lo que ella sentía hasta averiguar qué quería decir con que la amaba.

—Entonces, somos dos —susurró la otra mujer.

—¿Cuándo…? —preguntó, sintiéndose en arenas movedizas—. Este… —tosió. La palabra “amor” se le atragantó—. ¿Cariño?

Beverly tomó las riendas.

—Desde el momento en que te contraté. Mentías tan mal que era evidente que cuando dijiste que no tenías compromisos no decías la verdad. Tendría que haberte descartado en ese momento. Cuando iba en contra de mi sentido común, me creaba complicaciones.

—¿Lo que quieres decir es que te traje complicaciones?

—Desde el primer día —respondió sin dudarlo—. Podía soportar tu distanciamiento, pero lo que me resultaba intolerable era tu arrogancia.

—¿Te refieres a cuando creí que Helen y tú estaban enredadas? Pensé que me ibas a despedir en ese momento.

—En lo único en lo que podía pensar era en por qué no lo había hecho. Aunque ahora ya lo sé.

Annie le dirigió una mirada inquieta. ¿Se refería a que la amaba? Tenía que estar segura. Tenía que preguntar mucho más.

—Me parece que finalmente me disculpé, pero… —sintió la necesidad de explicarse—, estaba harta de jefes mujeriegos. Y tú resultaste ser también una. Con todas esas mujeres que llamaban, además de que estaba segura de que tenías una aventura con la mujer de tu amigo…

—Pensaste que yo estaba hecha con el mismo molde.

Annie recordó a Ronna y dudó si en realidad no sería así.

—Ronna —dijo, sin poder evitarlo.

Beverly torció la boca.

—Ya no… —le aseguró—. ¿Estás celosa?

—¡En absoluto! —respondió cortante.

Vio como que ella se puso seria. La paciencia que ya había notado que tenía hizo acto de

presencia.

—¿Te ayudaría saber que a mí me han comido los celos? —le preguntó Beverly.

—¡No! —exclamó, incrédula—. ¿Quién?

—¿Quieres creerme? —pidió—. Primero Clarissa, que te pidió el número de teléfono en cuanto te conoció. Luego…

—¡Pero hace un montón de eso! —se justificó—. ¿No estarás diciendo que tenía celos de Clarissa?

—La lógica, querida mía, desapareció el día en que apareciste en mi vida.

—¡Pero tú eres la mujer más racional que conozco!

—¿Cómo quieres que te lo explique? Los pensamientos se me mezclaban en la cabeza. A veces me quedaba de piedra ante tu bondad y dulzura, y otra te odiaba porque era una sabionda o doña Modestia.

—Pensaba que estabas engañando a tu amigo y luego, cuando todas esas mujeres llamaban, que estabas engañando a Helen.

—¿No estabas un poquito celosa? —le preguntó con la ilusión de la posibilidad de ser correspondida.

—Estaba enfadada —después de reflexionar un poco, añadió—: Y también un poquito celosa.

—Cielo mío —dijo, tomándole la mano para darle un beso—. Todas esas llamadas, a excepción de una, eran para aceptar la invitación a la fiesta de Noah. ¿No te diste cuenta de que también llamaron hombres?

Annie rio. Pensó que los hombres llamaban por negocios.

Pero Beverly había dicho, “con excepción de una”.

—Ronna —dijo, sin reír.

—Ronna y yo salimos un par de veces —admitió—. Tuve que decirle el domingo pasado cuando apareció en mi casa sin que la invitara, que no volveríamos a vernos.

—¿Terminaste con ella?

—Si quieres que sea franca, y eso es lo que me gustaría que hubiera entre nosotras, no hay nada que acabar. Nunca inicié nada con ella. Salimos un par de veces, pero para entonces, tú habías tomado posesión de todos mis pensamientos. Te amo.

—Oh, Beverly —susurró trémula.

—¿Me amas? —le preguntó ella, mirándola a los ojos. Annie no podía decírselo. Los nervios la dominaban por completo. Beverly lo adivinó—. No estás preparada todavía. No me extraña. Con la forma como te he tratado… Cuando te hice llevarme esas facturas y casi pillas una pulmonía…

—Pulmonía es un poco exagerado. ¿No las necesitabas?

—Nunca me olvidaré cuando apareciste, morada de frío, en la puerta. Tu lealtad compensó con creces, esas horribles referencias que recibí de ti —le dio un delicado beso en la mejilla. Annie sintió que templaba por dentro; no podía articular palabra. Beverly, reuniendo más coraje al ver que ella no rechazó su beso, le dijo—: Creo que fue entonces cuando comencé a enamorarme de ti.

—Y esa noche te desperté con los vómitos.

Beverly sonrió.

—Nunca en la vida pensé que sostenerle la cabeza a alguien que vomitaba me iba a hacer sentir tan protectora. Y ese sentimiento me duró al día siguiente, aunque lo atribuí a que te

sentiste tan mal.

—Naturalmente —murmuró ella. Comenzó a sentir que le creía.

—Y sabía, porque eras una mentirosa, que me estabas escondiendo algo.

—Harriet —supuso.

—Harriet. Ojalá hubiese sabido que estabas con ella cuando llamé para ver cómo estabas y me dijiste que tenías compañía. Me puse verde de celos.

—¿En serio?

—Por supuesto que no me di cuenta entonces, pero el lunes siguiente, cuando pediste salir, pensé que era una mujer otra vez. ¿Por qué si no me sentí tan rabiosa cuando te vi con tu antigua vecina dándote un beso? Y luego me presentaste a Harriet y me di cuenta de lo maravillosa que eras.

—Oh, Beverly —dijo, sintiendo que rebosaba de amor.

Algo se debió reflejar en su mirada porque Beverly, siempre alerta, la miró con una nueva luz en los ojos.

—¿Cuándo lo supiste? —le preguntó.

—Fue cuando… —se interrumpió, horrorizada, pero ella no le permitió que se quedara en silencio.

—¡Me amas! —exclamó—. Dilo, amor mío, y acaba con mi angustia de una vez por todas —imploró.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Te amo —respondió trémula, y fue recompensada con el más tierno de los besos.

—¿Cuándo comenzaste a darte cuenta? —insistió Beverly en saber.

Annie se encogió de hombros.

—Supongo que desde el principio, aunque fueras una bruja autoritaria.

Beverly rio.

—No sé si quiero enterarme de eso.

—Pero adorable a la vez.

—Eso sí que me gusta —murmuró ella.

Annie se inclinó. Haciendo acopio de coraje, le dio un beso.

—¡Oh, Annie, Annie, te amo tanto! —declaró contra su boca. Ella pensó que se echaría a llorar de gozo—. No puedo dejar de pensar en ti, no puedo vivir sin ti. Vente conmigo.

—¿A Londres? —preguntó, con el corazón galopándole en el pecho—. Pe… pero te vas mañana.

—Si no puedes estar lista a tiempo, tomaremos el concorde del lunes por la mañana. Llegaré a tiempo para la reunión de las once.

Annie tragó.

—Quería tanto que me llevaras contigo el viernes, no podía soportar la idea de no verte durante… —se interrumpió. La alegría que comenzaba a manifestarse en la cara de Beverly—. Pero no puedo ir —se vio forzada a decir.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No me amas lo suficiente? Annie, yo…

—Harriet —la interrumpió—. Oh, Beverly. Te amo tanto. Pero tengo que encontrar trabajo. No me puedo ir así como así. No soy solo yo. Necesito la seguridad…

—¿No escuchaste lo que te dije? —le preguntó—. Te adoro, Annie. Cielo mío. Como mi esposa, tú y Harriet tendrán toda la seguridad que necesiten.

¡¿Como esposa?!

—¿Esposa? —preguntó, inspirando profundo.

—He pensado, soñado, comido, dormido contigo toda la semana. Juro que ahora que me has declarado tu amor, no me separaré de ti nunca más. No necesitas traer nada. Puedes dedicarte a hacer compras mientras yo estoy en las reuniones. Mis padres se ocuparán de Harriet mientras estamos fuera. Y si no quieres, nos la traemos con nosotras. Por favor, por favor, amor mío, di que vendrás conmigo. Di que te casarás conmigo.

Annie la miró con ojos llenos de amor. ¿Qué podía decir después de semejante declaración? Tuvo que tragar para que le salieran las palabras,

—¿No crees que será demasiado que diga que sí a ambas preguntas?

## Capítulo 22

Los ojos de Annie brillaban de orgullo. Tenía una copa de champaña en la mano. Beverly se encontraba parada detrás de la cinta que iba a contar para inaugurar las instalaciones de un orfanato que Perfect Machine subsidiaría. Junto a ella se encontraban Helen y Noah, que como buenos amigos de su esposa, la acompañaban en todo.

—Ella es increíble —le susurró Noah.

Annie no pudo hacer otra cosa que asentir con una enorme sonrisa porque el nudo que tenía en la garganta era gigantesco. Intentaba mantener las lágrimas a raya, pero no le resultaba fácil.

Al fin Beverly cortó la cinta y el sonido de los aplausos llenó el lugar. Ella fue agradeciendo a los presentes mientras se acercaba a Annie.

—Desaparezcamos unos minutos —le dijo al llegar hasta ella. La tomó de la mano y la guio entre la gente hacia los jardines que rodeaban la estructura.

Hacía frío, pero a ninguna de las dos les importó. Annie, en especial, podía soportar cualquier cosa si estaba al lado de Beverly. Se habían casado cuatro meses después de aquella conversación. Aclararon todas las malas suposiciones que Annie hizo sobre algunas cosas y ella se olvidó del resto de las mujeres del mundo.

Beverly se detuvo debajo de un enorme árbol, cerca del límite de la propiedad que era el orfanato.

—¿Qué sucede? —le preguntó Annie.

Beverly sonrió. La rodeó por la cintura y la pegó a ella.

—¿Tiene que suceder algo para que quiera estar a solas con mi esposa?

—No.

La mujer de ojos verdes también tenía una copa en la mano. Sonrió al verla sonrojarse. Annie continuaba siendo tímida con ella y eso le encantaba.

—Solo quería darte un beso —dijo antes de unir sus labios.

Fue un beso profundo, como casi todos los que solían darse cuando no era el momento para ser tiernas. Sus lenguas se enredaron y por unos instantes se olvidaron del frío que hacía. Sus corazones enamorados se agitaron.

La necesidad de un poco de aire frío separó sus bocas.

—De acuerdo —jadeó Annie.

Beverly sonrió. La besó en la frente con dulzura.

—Otra cosa que quería hacer era brindar por nosotras —ofreció, separándose de ella un poco para que pudieran alzar sus copas—. Pronto será nuestro primer aniversario, así que quiero que elijas el lugar donde lo celebraremos.

—¿Un lugar?

—Sí. Cualquiera en el mundo. Solo elige.

—Oh, Beverly.

—¿Qué? Quiero complacerte. Me haces feliz, así que quiero hacer todo lo que esté en mis manos para que tú lo seas también.

Annie no pudo hacer otra cosa que mirar sus brillantes ojos verdes. Su corazón se derretía un poco más en ese momento por sus hermosas palabras. Ella solo se acercó, la rodeó por el cuello con un brazo y posó los labios en los suyos.

—Ya soy feliz, Beverly. Tú me haces inmensamente feliz —declaró—. Y estoy segura de que Harriet también.

Su esposa soltó una carcajada.

—Pues me alegra saberlo.

—Y el lugar al que quiero ir en nuestro primer aniversario es a tus brazos —Beverly alzó las cejas, sin comprender—. Quiero pasar el día entero entre tus brazos.

*Fin*